Almanzor Amrani

El Príncipe

Entre el yihadismo y la marginación

PENÍNSULA

Índice

Portada
Prólogo
1. La realidad tras la ficción y los noticiarios
2. El Príncipe, un barrio olvidado
3. Delincuencia y marginación
4. De El Príncipe a la yihad
5. La visión institucional
6. La influencia yihadista de Marruecos
7. Desmitificando el barrio
Créditos

PRÓLOGO

Escribo este prólogo bajo el impacto de los atentados de hace unos días en Bruselas, la capital administrativa de Europa. El autodenominado Estado Islámico, el Dáesh, ha golpeado de nuevo en el corazón del viejo continente, como lo hace casi a diario en Oriente, en Asia, en cualquier rincón de África, allí donde considera que anidan infieles, apóstatas, sean estos musulmanes, judíos, cristianos o de cualquier otra confesión ajena a su fundamentalismo. Desde los territorios conquistados en Siria e Irak que forman su Califato, que tratan de expandir a toda costa, lanzan sus amenazas a través de un sistema de propaganda que encuentra en internet y las redes sociales a sus máximos aliados.

Y a través de esos tentáculos multimedia han entrado en los hogares y en las mentes a menudo frágiles —por desarraigadas, por marginadas— de musulmanes que viven en Europa, algunos incluso ya nacidos aquí, hijos y nietos de inmigrantes que, mecidos por un discurso que les promete una vida mejor, una vida de aventuras, de dinero, de fortuna, se dejan seducir y viajan hasta los frentes controlados por el Dáesh para recibir formación militar y terrorista, para participar en la guerra de Siria, para atentar en nombre del Califato. Muchos vuelven a sus ciudades convertidos en seres sugestionados y llenos de odio, miembros de una secta cuyo único objetivo es el imperio del terror fundamentalista. Y regresan a sus barrios o se refugian en auténticos reductos musulmanes, lugares como Molenbeek, en pleno centro de Bruselas, un gueto musulmán en el que viven cien mil personas, principalmente turcos y marroquíes de segunda y tercera generación, donde hay veintidós mezquitas y donde cinco veces al día se oye la llamada a la oración del muecín. El nombre de Molenbeek se ha relacionado con atentados como el del 11-M en Madrid, el del Museo Judío de

Bélgica, el de París.

También el área de Roubaix, en la región francesa de Nord-Pas-de-Calais, o Rosengård, un barrio de Malmö, la tercera ciudad de Suecia, se han convertido en auténticos avisperos debido a la miseria y la marginación que viven sus habitantes, principalmente inmigrantes musulmanes de origen diverso. A ellos se une el barrio del Príncipe Alfonso de Ceuta, un inmenso arrabal junto a la frontera del Tarajal, que separa España de Marruecos, convertido en el enclave con mayor índice de delincuencia de nuestro país, según las últimas estadísticas del Ministerio del Interior. Más o menos controlada desde hace años la otrora rampante actividad de los narcos de la droga, han aparecido bandas dedicadas a la trata de personas y la inmigración irregular, y ahora hay firmes sospechas de una intensa actividad yihadista, como ocurre en otros barrios deprimidos de Europa. Durante algunas redadas llevadas a cabo por los cuerpos de seguridad del Estado, la policía ha tenido que enfrentarse a apedreamientos y violencia al grito de *Allahu akbar*, Alá es grande.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿A qué se debe la fuerza de los herederos de la temida Al Qaeda, de los terroristas del Dáesh? ¿Qué está pasando en barrios como El Príncipe? En cada atentado terrorista, los muyahidines, sobre todo los de origen europeo, exhiben un odio visceral hacia todo lo que Europa simboliza: la libertad individual, la democracia, la tolerancia religiosa. Para ellos, cualquiera que defienda esas ideas es un objetivo potencial de su yihad, aunque sea musulmán. Los terroristas que masacraron el Teatro Bataclan de París en noviembre de 2015 no pensaron en la nacionalidad o religión de las mil quinientas personas que allí estaban, las etiquetaron como objetivos de su guerra santa, igual que han hecho con las víctimas del metro y el aeropuerto de Bruselas, igual que en Atocha o Nueva York. O que en Túnez, Londres, Ankara, Estambul, Costa de Marfil y continuamente en Siria, Irak, Somalia o Kenia. ¿Cómo es posible que haya tantos jóvenes musulmanes en Europa que crean la distorsión del islam que propaga el Estado Islámico?

El problema, en parte, nace de que desde los años ochenta el islam en Europa ha estado representado fundamentalmente por la escuela salafista y la de los Hermanos Musulmanes, que propugna

un integrismo radical cuyo objetivo es aislar a los musulmanes del resto de la sociedad. Los imanes aquí actúan como si estuvieran en Arabia Saudí, imponiendo edictos como que dar la mano a una mujer o decir «Feliz Navidad» significa ser un infiel. Ese discurso sesgado es el que llega a muchos jóvenes de estos barrios deprimidos, ese es el islam, aunque no sea más que una versión del mismo. Y sobre ese caldo de cultivo actúan luego los reclutadores, a través del entorno próximo, o de internet y las redes sociales.

Se han escrito infinidad de artículos y de libros tratando de analizar cómo ha sido posible el nacimiento de ese monstruo llamado Dáesh. A modo de breve introducción, anotaremos aquí que nace de los restos de los servicios secretos iraquíes y de una escisión de Al Qaeda. El 29 de junio de 2014, el autoproclamado califa Abu Bakr al Baghdadi anunciaba solemnemente la reconversión del Estado Islámico de Irak y Levante, el ISIS, en el Estado Islámico. El Califato se ha erigido como la máxima autoridad religiosa sobre los musulmanes y se ha marcado como objetivos extender su dominio sobre todos los territorios en los que viven musulmanes y la implantación en ellos de la ley islámica, la sharía. Desde los territorios dominados por el Dáesh se lanza al mundo un mensaje amenazador a través de un sistema de propaganda perfectamente medido, que retransmite ejecuciones públicas, asesinatos o decapitaciones salvajes; también pretenden la destrucción del patrimonio arquitectónico y artístico que consideran profano, y la expulsión de los cristianos que se niegan a convertirse a *su* islam. Su ejército se nutre de más de treinta mil combatientes, procedentes de más de noventa países diferentes, muchos de ellos europeos, y de unos ingresos de cerca de dos millones de euros diarios, derivados del contrabando de petróleo, el tráfico de órganos, la droga, los impuestos y chantajes, o los botines de secuestros y extorsiones. Una hidra en parte propiciada por Occidente, que se le ha ido a todo el mundo de las manos y que será muy difícil controlar.

Y mientras tanto, barrios como el del Príncipe Alfonso en Ceuta se han convertido de la noche a la mañana en el hervidero perfecto donde captadores del Estado Islámico reclutan a jóvenes musulmanes marginados a los que radicalizar para enviar a Siria e Irak a luchar en nombre de una yihad en la que la mayoría de las

veces solo encuentran una muerte segura.

¿Por qué Ceuta se ha convertido en uno de los principales graneros de yihadistas para el Estado Islámico en España? ¿Cómo afecta a la seguridad del Estado el peligro de los retornados? ¿Es El Príncipe un modelo exportable a otras barriadas marginales del resto de las ciudades españolas?

La imagen que trasciende de El Príncipe es la de la serie de televisión, colorista y bastante peliculera, que en poco se parece a la realidad. El Príncipe ni siquiera cuenta con una comisaría de policía, sus calles no están limpias y en las casas no viven familias musulmanas tan liberales como la de Fátima. En la ficción televisiva se vive rodeado de hachís, se reza en mezquitas oscuras y clandestinas en las que se promulga el odio al infiel y la guerra santa, y la policía es corrupta. En la barriada hay islamistas radicales y narcotraficantes, pero también personas honradas que luchan duramente por cambiar una realidad que cada vez se parece más a la serie de televisión.

Este libro pretende iniciar un viaje que nos lleve al corazón del barrio del Príncipe para conocer historias como la de un veinteañero seducido por la yihad, uno de los muchos jóvenes captados por los reclutadores que merodean la barriada del Príncipe Alfonso; la de Mohamed, hermano de Munir, un chico asesinado por error en un ajuste de cuentas entre bandas de narcotraficantes; la de Kamal, el joven presidente de la asociación del barrio, que desde su pequeña oficina trata de cambiar la realidad de sus habitantes, o la de Sanaa, la viuda del primer yihadista español muerto en Siria.

Madrid, abril de 2016

1

LA REALIDAD TRAS LA FICCIÓN Y LOS NOTICIARIOS

La barriada del Príncipe Alfonso, en la Ciudad Autónoma de Ceuta, ha sido considerada en los últimos años una de las zonas más peligrosas de España. Tráfico de drogas, actividad yihadista, inseguridad, paro... Pero ¿qué hay realmente detrás de este barrio de calles laberínticas y callejuelas claustrofóbicas en el que las fuerzas de seguridad se lo piensan dos veces antes de entrar? El Príncipe se ha hecho famoso por las detenciones de presuntos yihadistas transmitidas por televisión, el mismo medio que lo ha dado a conocer a través de una serie convertida en líder de audiencia, y que habla de delincuencia, redes de captación de muyahidines y narcotráfico, una imagen que a sus habitantes no les gusta. Porque hay una realidad más allá de todo esto: El Príncipe es uno de los barrios más pobres de España y el único con una población casi totalmente musulmana, un gueto multicolor colgado de la ladera sur del Monte Chico donde viven cerca de quince mil personas, de las cuales unas tres mil no tienen papeles y, por tanto, carecen de acceso a los servicios sociales y a las ayudas de la Administración. El índice de paro es altísimo, el analfabetismo llega al 90 por ciento y muchas familias subsisten con la renta mínima de inserción de 400 euros.

En El Príncipe el tiempo parece haberse detenido. Los vecinos contemplan con cierta indefensión el estancamiento del barrio en esa dinámica de marginación, pobreza y frustración. Es como si vivieran una realidad paralela en la que alrededor todo evolucionase menos ellos. Nawal Abdesalam, prima del futbolista más famoso de Ceuta, Nayim, me recordaba en una conversación telefónica antes de embarcarme en este viaje que El Príncipe está cada vez más aislado de Ceuta. Y tiene razón; el modelo de Ceuta como símbolo de interculturalidad y convivencia entre religiones ha

dejado de tener validez, por lo menos en El Príncipe, y ese icono de tolerancia es solo eso: un símbolo caduco y equívoco bajo el que se esconde una obligada coexistencia entre culturas.

Entre los quince mil musulmanes que viven en El Príncipe, la mitad de todos los que hay en Ceuta, apenas quedan diez personas cristianas. La familia que regenta el estanco situado frente a la puerta de la iglesia de San Ildefonso es de las pocas cristianas que todavía no se han marchado. Dentro de poco, el único vestigio que quedará de la convivencia entre las culturas cristiana y musulmana que durante tanto tiempo compartieron las calles será la vieja iglesia de San Ildefonso y un solitario párroco guardando una parroquia sin feligreses.

Se tarda poco en cruzar los cuatro kilómetros que separan el centro de la Ciudad Autónoma de Ceuta del corazón de El Príncipe, pero la distancia y el tiempo en la barriada son tan relativos que tengo la impresión de que esa ordenada e impoluta ciudad que acabo de dejar está a cientos de kilómetros de aquí, y que las empinadas y caóticas cuestas por las que ahora camino están en un país diferente. La sensación de que esto no parece España me acompaña a cada paso que doy por este enclave marginal en el que abundan el chabolismo, el desempleo, el analfabetismo, la delincuencia y el deterioro social.

Quiero comprobar por mí mismo si son ciertas las evidencias sobre las actividades del radicalismo islamista que describen los medios de comunicación cuando hablan de El Príncipe. Necesito saber por qué se están marchando jóvenes dispuestos a coger las armas en nombre del islam o por qué niñas adolescentes deciden dejar sus hogares seguros en la Ciudad Autónoma para sumarse al Dáesh, el acrónimo en árabe del Estado Islámico. Comprobar si es verdad que sus callejuelas se han convertido en un gueto en el que ha desaparecido por completo el control del Estado español o cómo influye la proximidad de Marruecos en la destrucción de su arquitectura social.

Recién llegado, apenas percibo presencia institucional en las calles, pese a que existe un grave problema de inseguridad ciudadana y deterioro social; es lo que los criminólogos definen

como «teoría de las ventanas rotas», que explica que un entorno urbano descuidado transmite el erróneo mensaje de que se está fuera de la ley y provoca que se instale en el inconsciente de los habitantes de la barriada el mensaje de que todo vale. Y casi es así. Solo una o dos parejas de policía local patrullan el barrio, los llamados «lobos», y en todo El Príncipe no hay siquiera una comisaría de la Policía Nacional.

El barrio es un ejemplo de lo que las instituciones jamás deberían permitir. No se puede consentir la segregación, voluntaria o no, de un territorio y de un grupo de personas y dejarlas olvidadas a su suerte durante décadas, en un entorno sin control que se deteriora progresivamente esperando que todo vaya bien. Al parecer, el Ayuntamiento de Ceuta tiene previsto invertir cerca de veinte millones de euros en el barrio con el fin de regenerar las infraestructuras urbanas, pero de momento las mejoras avanzan lentamente. Los vecinos han perdido la esperanza y sienten con frustración que sus problemas son invisibles para las autoridades. Son españoles, eso dice el pasaporte de buena parte de ellos, pero tienen la certeza de que en ningún territorio español se habría permitido un abandono institucional de esta magnitud.

Los atentados de *Charlie Hebdo* en una cafetería de El Príncipe

Uno de los espacios más representativos de un barrio son sus bares. Conforman un auténtico termómetro social del lugar y en ellos la gente normalmente se expresa sin tapujos. En El Príncipe hay pocos bares, o mejor dicho, teterías, puesto que aquí no se bebe alcohol. Uno de ellos está al comienzo de la calle Rafael Orozco, y no tiene nada que ver con una cafetería española: las mesas y las sillas están colocadas sin ningún tipo de orden, y al entrar el olor a hachís y a pipa de kif te golpea por sorpresa. Está claro que la ley antitabaco aquí todavía no ha llegado y que el consumo de marihuana es algo habitual.

El lugar recuerda a un típico bar marroquí, un lugar reservado solo para los hombres, donde se charla, se juega al dominó o se ve el fútbol durante horas, alargando el café con leche o el té de menta hasta que la vergüenza o el orgullo te hacen pedir otra consumición

o largarte a casa de una vez. El televisor está colocado en lo alto de una esquina, junto a la entrada. La gente mira atentamente el informativo del Canal 24 Horas, y mientras tanto yo los observo tomándome a pequeños sorbos un té hirviendo. Son las dos de la tarde y el aforo está completo. En el barrio no hay muchas alternativas para el ocio, y en un lugar en el que la tasa de desempleo llega a más del 65 por ciento de la población y el fracaso escolar está por encima del 90 por ciento es perfectamente comprensible que el bar esté lleno de una clientela que bascula sin pudor entre chavales de poco más de veinte años y septuagenarios.

De repente, el rumor ininteligible de las conversaciones y el repiqueteo de los vasos de cristal se convierten en un silencio casi absoluto. Solo se oye la voz de la presentadora, que en tono grave relata una pieza informativa sobre el atentado yihadista contra Charlie Hebdo en París. Dos hombres enmascarados y armados con fusiles de asalto han entrado en las oficinas del semanario satírico francés y al grito de *Allahu akbar* (Alá es grande) han asesinado a doce personas y herido a otras once, matando también en su huida a un policía. La rama de Al Qaeda en Yemen ha reivindicado el ataque terrorista, perpetrado por los hermanos Said y Cherif Kouachi. Al parecer, los dos yihadistas están acorralados en una zona forestal en el norte de Francia. También informan de que uno de los dos hermanos fue entrenado en Yemen por Al Qaeda.

Al acabar la noticia, el silencio deja paso a multitud de comentarios. Mi compañero de mesa, al que no conozco en absoluto y que se ha sentado a mi lado al ver una silla libre, no para de negar con la cabeza.

—A estos, seguro que los matan para que no hablen —murmura en *dariya*, un batiburrillo entre el español y el árabe hablado con acento andaluz.

—¿Por qué dices eso? ¿No crees que hayan sido ellos? —le pregunto intentando que mi acento parezca lo más marroquí norteño posible.

—Parecen dos profesionales, no dos chavales de París —me contesta el hombre, que no tendrá más de treinta años.

—Pero dicen que los entrenaron en Yemen —comento, intentando conocer las razones de su incredulidad.

—¿Si tú llevases un pasamontañas en la cabeza dejarías tu

documentación en el coche para que supieran quién eres? ¡Esto es un montaje para culpar a los musulmanes de todo, como siempre!

Me acabo mi té de menta mientras sigo escuchando opiniones sobre los atentados de París. Pocos creen la versión oficial, la teoría conspirativa es la que más se oye y en la que la mayoría coincide. Solo unos pocos justifican los ataques terroristas. Un grupo de tres jóvenes sentados delante de mí manifiestan su alegría y apoyo a los atacantes, considerándolos héroes y un ejemplo para que otros sigan sus pasos. Me resulta llamativo que los que opinan de una manera radical no vistan chilaba, ni lleven *taqiyah* en la cabeza, ni tengan una barba poblada. Son chicos jóvenes vestidos con vaqueros, zapatillas deportivas y chaquetas con capucha de colores llamativos. Sus opiniones, igual que su actitud, demuestran un creciente desprecio hacia lo europeo, un sentimiento de odio hacia lo que les gustaría ser pero no pueden, como si pensaran algo parecido a «no me dejas ser como tú, no me aceptas, pues atente a las consecuencias».

UN LUGAR PERFECTO PARA RECLUTAR YIHADISTAS

Ese es el germen del odio, la miseria y la incultura que se están haciendo fuertes en barrios marginales de toda Europa, como el de El Príncipe en Ceuta, el de Barbès en París o el de Newham en Londres, y que los reclutadores de la yihad aprovechan como auténticos caladeros de jóvenes desencantados y sin horizontes. Jóvenes musulmanes, pero muchos también europeos. Ahí radica parte del drama, al que los gobiernos deberán plantar cara.

Me despido de mi accidental compañero de mesa y salgo a la calle. El tiempo es frío y húmedo, y se te mete muy dentro aunque vayas bien abrigado. Le pregunto a una señora por el zoco y me dice que estoy en él, que la pequeña plaza y las calles aledañas donde decenas de mujeres marroquíes ponen en el suelo sus frutas y verduras traídas del otro lado de la frontera es el mercado del barrio.

Cuanto más camino por las calles de El Príncipe, más me recuerdan a un barrio de cualquier ciudad árabe: callejuelas estrechas, fachadas coloridas y edificaciones a las que sus

habitantes van añadiendo plantas en función del dinero que tenga la familia en ese momento. Cuanto más camino por estas calles, más me doy cuenta de que esto no parece España, aunque lo sea; es más bien como una tierra de nadie fronteriza, que no pertenece ni al Estado español ni al marroquí, pero que de ambos se sustenta, y así me imagino que se deben sentir sus vecinos, como ciudadanos sin una patria definida pero con documento de identidad español.

Una pintada en la pared amarilla de una fachada me hace detenerme al instante. En ella se lee en castellano: «Lo de *Charlie Hebdo* es poco, el Estado Islámico está de camino...». Incrédulo, me pregunto si el grafiti es una gamberrada de mal gusto de unos cuantos sin nada mejor que hacer o es realmente un mensaje de advertencia de los simpatizantes que hay en el barrio, esos de los que nadie se atreve a hablar. Junto a mí se detiene un hombre mayor vestido con chilaba gris de lana gruesa y capucha; me mira con curiosidad sabiendo que no soy vecino del barrio.

—*Salam aleikum* —le saludo en árabe para demostrar respeto.

—*Aleikum salam* —me responde con mirada seria.

—¿Qué le parece lo que pone aquí? —le pregunto una vez roto el hielo.

—Me parece muy mal. ¿Quién puede estar de lado de asesinos que matan a sus propios hermanos musulmanes? —me responde en un perfecto español.

—¿Y quién pinta estas cosas? —insisto.

El hombre comienza a caminar y me hace un ademán para que le acompañe.

—Aquí la mayor parte de la gente es pacífica y no quiere meterse en líos, pero como en todos lados hay personas malas, y esas hacen más ruido que los buenos —comenta mientras caminamos uno junto a otro por entre las estrechas e intrincadas calles sin nombre del barrio, bajando con cuidado la pendiente de la colina en la que se asienta el barrio, vigilando para no tropezar con los socavones que hay por todos lados, en un suelo que los propios vecinos cimentan y parchean cuando el deterioro se hace insoportable—. ¿De dónde vienes, hijo? —me pregunta el viejo.

—De la península, he venido para escribir sobre la situación del barrio.

—Aquí hay mucho sobre lo que escribir, hay muchos problemas

y cada vez se hacen más grandes —me responde con un tono de voz que refleja resignación.

—¿Se sabe quién hace esas pintadas a favor del Dáesh?

—Hay muchos jóvenes que no tienen nada que hacer y que son fáciles de enganchar; están perdidos y acaban en pandillas.

—¿Entonces los jóvenes de las bandas se llegan a radicalizar hasta el punto de caer en las redes del Estado Islámico?

—Los chicos son fáciles de enganchar, viene gente de Marruecos y habla con ellos, y de vez en cuando convencen a alguno. —Me asombra la naturalidad con la que habla del tema, como si la cotidianidad de esa realidad la hubiera convertido en lo más normal del mundo.

—¿Y conoce a alguien que haya sido captado? —le pregunto, sorprendido por haber podido romper la red de silencio y de complicidades que parece respirarse en el barrio.

El hombre se detiene unos instantes y coge un poco de aire; vuelve hacia mí su rostro arrugado y curtido por el sol, me mira fijamente y una leve sonrisa de condescendencia aparece en sus labios.

—Aquí todos conocemos a alguien al que se han acercado o que ha viajado a Siria; este es un sitio pequeño y nos conocemos todos.

Es bastante fácil captar a los jóvenes del barrio para la yihad, para el narcotráfico o para cualquier otra causa. La pobreza, la incultura y un futuro muy poco esperanzador son los mejores aliados de los captadores, que aprovechan la permeabilidad de la frontera entre Ceuta y Marruecos para entrar a su antojo y difundir su mensaje radical entre los jóvenes más vulnerables del barrio del Príncipe. Todo el mundo conoce lo sencillo que puede resultar cruzar la frontera del Tarajal para un marroquí afincado en la zona cercana a Ceuta y pasar inadvertido entre los más de quince mil habitantes que tiene la barriada, la mayor parte de ellos sin censar.

Puede resultar razonablemente fácil para cualquier célula yihadista esconderse en este enclave marginal lleno de chabolas y edificaciones sin permisos, donde el urbanismo descontrolado y el deterioro de las viviendas y del mobiliario urbano manda un mensaje a la gente del barrio de que aquí todo vale.

Una facilidad añadida para los grupos terroristas que quieran instalarse en el barrio y captar nuevos adeptos es el escaso control

policial que hay en sus calles. Resulta sumamente sencillo propagar el mensaje radical cuando no hay nadie que observe y controle los primeros brotes de radicalismo. Es prácticamente imposible saber qué pasa en una sociedad tan hermética como la de El Príncipe si no estás dentro o no están acostumbrados a verte. Solo una pareja de policías locales patrullan por las calles, aunque normalmente se quedan en el edificio polifuncional del barrio, y su cometido no es combatir la criminalidad sino mediar entre los vecinos. Desde hace unos meses vienen de vez en cuando un par de furgones de la Policía Nacional, pero es una presencia simbólica. Los cuerpos de seguridad del Estado aparecen realmente cuando hay una redada grande o un operativo antiterrorista. Eso lo saben bien los radicales que se han instalado aquí, por eso se sienten cómodos entre las callejuelas del barrio; nadie se va a atrever a denunciarlos porque ni siquiera hay comisaría. Aunque haya mucha gente que está en contra de las doctrinas salafistas y de sus principios radicales y violentos, aunque el islam que promulgan esté muy alejado del islam moderado que la mayoría profesa, impera una ley del silencio obligada porque El Príncipe es un barrio sin ley y todo el mundo lo sabe.

—¿Conoces a alguien que haya ido a combatir a Siria? —le pregunto intuyendo la respuesta.

El hombre me mira ahora con rostro más serio.

—Sí, conocía a un chico que viajó a Siria. Pero ha muerto allí.

—¿Cuál era su nombre?

El hombre permanece callado unos segundos, que me parecen eternos.

—Fue de los primeros que viajaron a la guerra de Siria, se llamaba Rachid Wahbi. Yo le conocía desde muy pequeño; era un buen hombre.

Al escuchar su nombre me vienen a la mente las imágenes del vídeo en el que un joven ceutí vestido de negro con un chaleco militar verde empuña un Kalashnikov, mira a la cámara mientras recita versículos del Corán y explica los motivos que le han llevado a Siria para luchar contra el régimen de Bashar al Asad. En el vídeo de los preparativos del ataque suicida que va a cometer se ve cómo se sube a un camión cargado de explosivos y se dirige a un campamento militar sirio en Al-Nayrab, donde hace detonar su

carga. La explosión crea una bola de fuego y humo que se eleva cientos de metros y refleja el poder destructivo de los cientos de kilos de explosivos que llevaba el camión. En esa acción suicida, Rachid se llevó por delante la vida de más de ciento treinta soldados del ejército sirio, en el peor ataque sufrido por las tropas de Al Asad hasta el momento.

Muchas preguntas me vienen a la cabeza mientras continúo caminando con el agradable señor de chilaba gris, al que por cierto todavía no le he preguntado su nombre.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Abdelkader, hijo —responde con una sonrisa.

—Abdelkader, ¿qué opinión tienes sobre lo que hizo Rachid?

—Creo que su intención al principio era buena, que él quería ayudar a la gente de Siria que estaba siendo asesinada, pero también creo que una vez en Siria lo engañaron o le lavaron el cerebro.

—¿Así que crees que lo que hizo no está bien?

—Lo que esa gente entiende por yihad está equivocado. Hay dos tipos de yihad en el islam, la yihad al-akbar, que es el esfuerzo que hay que tener contra las malas inclinaciones y tentaciones para mantener el alma pura, es seguir los preceptos de nuestra fe, y la yihad al-asghar, que es la lucha contra los que atacan a los musulmanes y que solo se permite en defensa propia. Los chicos que van allí van equivocados; la guerra de Siria no tiene nada que ver con la yihad.

Nos detenemos junto a la entrada de una mezquita de color ocre. Por los altavoces del minarete comienza a sonar la llamada a la oración. A ambos lados de la calle unos pocos fieles se van acercando al lugar donde nos encontramos, dejan su calzado en la estantería y entran en el sagrado templo de los musulmanes.

—Es la hora del *Asr*, la oración de la tarde. Si quieres, ya continuaremos hablando en otro momento.

—Me encantaría volver a charlar contigo. ¿Cuándo podemos vernos otra vez?

—Rezo aquí todos los días a esta hora. Esta mezquita se llama La Caracola, aquí me puedes encontrar.

—*Shukran,* Abdelkader.

—De nada. Si te puedo ayudar en algo más, aquí estaré.

Me despido del amable Abdelkader y vuelvo sobre mis pasos intentando recordar el camino por el que hemos venido. Una pregunta se repite en mi cabeza una y otra vez mientras subo por las callejuelas de la barriada: ¿qué hace que el barrio del Príncipe sea un lugar tan propicio para la captación de yihadistas?

El taxi me deja en la plaza de la Independencia. Salgo del automóvil a toda prisa y voy en dirección al paseo de Revellín, donde le pregunto a un hombre por el bar Vicentino; él, amablemente, me acompaña hasta la misma calle. Estoy llegando tarde a mi cita. Entro en el bar y al fondo veo a un hombre que levanta la mano para advertirme de su presencia. Me acerco a su mesa y lo saludo.

—Llegas tarde —me dice con voz ronca de fumador.

—Lo siento. Vengo de El Príncipe y no encontraba taxi.

El hombre, que es policía, debe de tener unos cincuenta años y es de aspecto fuerte. Ocupa un puesto de responsabilidad en el cuerpo, es experto en antiterrorismo yihadista y ha insistido en que, por motivos de seguridad, su identidad debe quedar en el anonimato. Me siento frente a él; su gran mano sujeta una copa de cerveza y me da la sensación de que en cualquier momento la va a hacer añicos.

—Bueno, querías hablar con un policía, pues aquí tienes uno bastante veterano. No soy tan bien parecido como José Coronado, pero te puedo servir igual. ¿De qué quieres que hablemos? —me dice el hombre sonriendo.

—Hombre, ya que has sacado el tema, ¿en qué se parece la serie de televisión al barrio del Príncipe? —le pregunto con curiosidad.

—A mí personalmente no me gusta la serie, creo que da una imagen de la ciudad no demasiado buena. Es cierto que todos los problemas que aparecen en la serie existen realmente. Para todos es conocido que la barriada era un hervidero de delincuentes y mafias del narcotráfico, y que ha habido numerosos ajustes de cuentas con muertes, pero el problema de la delincuencia afortunadamente se ha reducido. El tema del yihadismo en el barrio... pues es algo parecido, se ha detenido a numerosos sujetos que habían creado células de captación y de envío de yihadistas a Siria, y también es cierto que muchos jóvenes del barrio se han hecho yihadistas, pero

la imagen que se da es exageradísima. Claro que El Príncipe es una barriada muy complicada, pero no tanto como la pintan.

»¡Ah! Y los policías de Ceuta no somos corruptos; la corrupción puede afectar a algún individuo del cuerpo, en todas las profesiones hay manzanas podridas, pero nada de grupos organizados dentro de la policía; eso es una fantasía que encima perjudica a nuestra imagen. Bastante difícil lo tenemos aquí para realizar nuestra labor policial como para que encima se piense que somos corruptos. Por eso te he dicho antes que a mí personalmente no me gusta la serie. Es todo una exageración; ya nos gustaría ser tan guapos como Morey y vestir tan bien como él —me dice el veterano policía sonriendo.

—Cuando hablamos por teléfono me dijiste que llevabas en Ceuta alrededor de quince años; seguro que conoces muy bien esto. ¿Crees que hay una amenaza real de yihadismo en El Príncipe?

—La amenaza existe, no hay duda de que ha habido gente en El Príncipe que se ha marchado a hacer la yihad, pero dudo de que esas redes de captación tengan relación con redes terroristas internacionales. Hay grupos locales en El Príncipe, y en Castillejos sobre todo, que captan a los jóvenes y les facilitan el viaje a Siria. Aquí en Ceuta no se entrenan ni aprenden nada relacionado con explosivos, aquí los captan y los adoctrinan, y cuando llegan a Siria los entrenan para cometer atentados. Lo del yihadismo ahora vende mucho y en el Ministerio del Interior lo que quieren es ponerse medallitas con esas operaciones a gran escala. Hay detenidos que estaban muy controlados ya, tipos que ya habían sido detenidos más veces y que son sobradamente conocidos por su radicalización. De repente se monta un operativo de cojones para desmantelar una célula que ya estaba controlada... A veces se montan estos espectáculos de cara a la galería, para que salga en la prensa lo bien que trabaja Interior. Si contáramos con más medios no haría falta montar esas superactuaciones.

—¿Es El Príncipe un caldo de cultivo para captar yihadistas?

—Sin duda alguna es un lugar muy propicio, pero no olvidemos que en Cataluña, Levante y Madrid también se han desarticulado redes de captación importantes. Lo que sucede en El Príncipe es que se han alineado los astros para crear una atmósfera más propicia: la marginación, la pobreza, el desempleo influyen, pero la cercanía

con un foco de radicales como es Castillejos ya es la gota que colma el vaso. Hay una frontera por la que cualquier residente de la provincia de Tetuán puede entrar sin visado; entre los trabajadores que vienen a Ceuta, los porteadores y la gente de bien que viene a hacer sus compras desde Marruecos, pues tranquilamente pasan también elementos radicales sin ningún tipo de problemas. El caso del imán radical Omar Hadouchi, que estuvo dando sermones en una mezquita del barrio, es solo la punta del iceberg, porque lo que no se ve es muchísimo más grande y más preocupante.

Escucho a este hombre y sus palabras confirman, punto por punto, lo que ya había leído en diversos medios. Él prosigue su reflexión.

—Otro factor importante para la radicalización de parte de la población es la islamización que ha sufrido la población musulmana de la ciudad, sobre todo los jóvenes. En los últimos diez años ha habido en la ciudad una vuelta a un islam más rigorista debido a la influencia del Tabligh, que se ha hecho con el control mayoritario de las mezquitas.

El Tabligh wa Daawa, o congregación para la propagación del islam, es un movimiento dentro de esta religión que busca una reforma espiritual, aunque en algunos sectores occidentales se contempla como una secta. Su objetivo es la reislamización de la comunidad musulmana, a través de la imitación de la vida del profeta Mahoma, y pretende organizar a los musulmanes de Europa y del resto del mundo occidental en comunidades separadas, segregadas.

En España, los miembros del Tabligh son sobre todo de origen marroquí y pakistaní, y fuentes policiales consideran que la organización cuenta con cerca de dos mil miembros. Trabajan para levantar la mezquita más grande de Europa en Londres, y en España recibieron ayudas públicas del Gobierno de Zapatero, que propició además la creación de una red de asociaciones Tabligh en Madrid, Ceuta o Cataluña. En principio, el Tabligh no promueve la violencia, al contrario, pero una de sus máximas es extender su doctrina en grandes ciudades europeas y en zonas fronterizas, lugares considerados estratégicos para propagar sus ideas, y se ha observado en algunos líderes una radicalización de su discurso que en determinados predicadores roza la violencia.

—No quiero decir que el Tabligh promueva la yihad ni el terrorismo, se supone que promueven la paz y están en contra de la violencia; lo que sucede es que confluyen ideológicamente: tanto el Tabligh como los grupos salafistas y yihadistas quieren una vuelta a los orígenes del islam. Las reuniones y los viajes que periódicamente realizan los miembros del grupo podrían ser utilizados por las redes yihadistas para captar a personas que puedan cumplir los requisitos para ser adoctrinados y reclutados; no digo que eso sea la generalidad, pero puede haber casos.

»En El Príncipe está también el problema del urbanismo ilegal y descontrolado que se ha consentido desde las instituciones desde hace décadas, y que en parte está en el origen del problema que tenemos ahora; jamás se debió consentir urbanizar de la manera en que se hizo, porque ahora ¿qué se hace con todas esas casas que no cumplen ninguna normativa de edificación ni de seguridad, con el peligro que ello conlleva? Dios no quiera que pase algo allí, pero si hubiera un incendio, los bomberos no podrían hacer nada... Si ni siquiera puede pasar un camión por esas callejuelas... son un auténtico laberinto. El barrio se ha convertido en un gueto donde el 99 por ciento de la población es musulmana; la decena de cristianos que quedan son demasiado mayores para irse del barrio, pero pronto todo será al cien por cien musulmán, algo verdaderamente llamativo en el territorio español.

El hombre se detiene un instante para dar un pequeño sorbo a su copa de cerveza, como un conferenciante que bebe cuando la boca se le seca de tanto hablar.

—Aún hay más —dice con ironía el policía antes de continuar con su explicación—. Aparte tenemos a una población joven con escasa preparación: los índices de fracaso escolar rondan el 40 por ciento, y eso, junto a unas tasas de paro entre los menores de veinticinco años de Ceuta del 72 por ciento, hace que los jóvenes estén más disponibles y sean más receptivos a los cantos de sirena de los reclutadores yihadistas y de las pandillas locales. Estos chicos en situación de vulnerabilidad social y exclusión son más propensos a caer en redes, sean yihadistas o sean de los grupos que se dedican al tráfico de droga. Para mí, hay un factor fundamental para que estos jóvenes puedan ser reclutados: se sienten excluidos de la sociedad, no saben a qué lugar pertenecen. No se sienten europeos

pero tampoco marroquíes, tienen una grave crisis de identidad que los lleva a acercarse a un islam más rigorista para luego, en algunos casos, dar el paso a ser reclutados por grupos islamistas de corte yihadista. Digamos que así consiguen reforzar su identidad. Tal vez por primera vez en sus vidas consiguen formar parte de algo más grande que ellos mismos; por fin tienen un motivo por el que vivir y por el que morir.

Me quedo pensativo y pienso en cuánta razón tiene. ¿Cuántos yihadistas que han atentado en Europa son hijos de barrios suburbiales, como ocurre en París, en Bruselas o en Madrid? ¿Cuántos, realmente, se han sentido excluidos de una u otra forma? El desarraigo y la no integración pueden ser poderosos motivos cuando no hay más horizonte. Un verdadero peligro del que quizá Europa no quiere ser demasiado consciente. Mientas yo medito sobre ello, el policía sigue analizando lo que ocurre en su ciudad.

—Las mafias y los jóvenes delincuentes se han hecho fuertes en El Príncipe... Dicen que este es un barrio sin ley, y en parte llevan razón, porque para la policía es muy difícil trabajar en la barriada. Muchas veces, cuando vamos a hacer una redada, los chicos del barrio nos reciben a pedradas... Solo tienes que ver cómo quedan los coches patrulla, llenos de impactos de piedras.

—Me lo puedo imaginar... Hace años se desmantelaron las mafias del narcotráfico de la zona, ¿cómo afectó esto al barrio?

—La operación Marina hizo mucho daño en la barriada. Entonces desmantelamos las redes de narcotráfico que campaban a sus anchas en Ceuta, decomisamos más de cincuenta lanchas rápidas que las mafias locales utilizaban para llevar hachís a la península. Ahora los narcotraficantes lo tienen más difícil para cruzar con las lanchas desde aquí, porque con el SIVE controlamos todas las embarcaciones que cruzan el Estrecho, así que ahora Ceuta se ha quedado fuera y tienen que cargar el hachís en las playas del Rif y descargar por la zona de Málaga.

El SIVE es el sistema integrado de vigilancia exterior de la Guardia Civil, unas instalaciones costeras que cuentan con sensores, radares, antenas y cámaras de vídeo cuya función es detectar las embarcaciones que se aproximen al litoral, identificarlas e interceptar, si fuera el caso, a presuntos delincuentes o auxiliar a los inmigrantes irregulares. A través de la efectividad de SIVE, y gracias

a la intensa labor desarrollada por la Unidad de Drogas y Crimen Organizado (UDyCO) de Ceuta, la actividad de los narcotraficantes en la zona ha menguado, aunque no desaparecido, pues ahora actúan desde Marruecos. Una muestra de la intensa actividad policial que se viene desplegando en la zona la tenemos en las detenciones practicadas en marzo de 2016 en Ceuta, en una operación saldada con doce detenidos entre los que se encontraban tres guardias civiles relacionados con una red de contrabando y tráfico de estupefacientes que transportaba droga desde Marruecos hasta Ceuta, introduciéndola en pequeñas cantidades oculta en vehículos que pasaban por la frontera del Tarajal, para almacenarla y enviarla a continuación a la península oculta en camiones. El testimonio del veterano policía no hace sino ratificar la información que ya tenía.

—Que se haya cortado el grifo a los narcotraficantes de Ceuta ha provocado que haya más tensión entre las diferentes bandas y se hayan producido más ajustes de cuentas. Antes el pastel de la droga era muy grande, había para todos; ahora se ha reducido considerablemente y los que quedan tienen que luchar por su trozo. Por eso hubo un aumento considerable de la violencia tras el desmantelamiento de las lanchas planeadoras. En los últimos años hemos dado caña a las bandas que quedan y ha habido muchas detenciones; creo que ahora el barrio es mucho más seguro que hace unos años, pero aún queda mucho por hacer.

—Los vecinos llevan demandando desde hace mucho tiempo que haya una comisaría en el barrio. ¿Por qué no hay una en El Príncipe?

—Son muchas las dificultades que conlleva poner una comisaría en el barrio; desde la jefatura de policía no se piensa que eso vaya a reducir significativamente la delincuencia. Desde la llegada del nuevo comisario de Ceuta ha aumentado considerablemente la presencia policial en la barriada y ha habido una disminución de los tiroteos y de acciones delictivas en la ciudad. En 2014 en Ceuta disminuyó más de un 9 por ciento el número de delitos y faltas con respecto a 2013. Esto quiere decir que se está trabajando para hacer de Ceuta una ciudad cada vez más segura; las cifras están ahí. Yo

personalmente no creo que sea necesaria una comisaría en El Príncipe, pero sí es necesaria una presencia permanente de la policía en el barrio.

—Oye, me llama la atención todo lo que se dice acerca de que Ceuta es un nido de yihadistas. ¿Cómo lo ves tú, que conoces bien la ciudad? ¿Existe un perfil del yihadista que ha salido de Ceuta?

—No existe un perfil definido de yihadista; hay casos de personas socialmente integradas, personas con mujer e hijos, con trabajos estables y bien remunerados. Recuerdo el caso de Rachid Wahbi, el taxista que se hizo explotar en un camión bomba; esa persona estaba perfectamente integrada en la sociedad, no tenía ningún problema económico, ni problemas de exclusión social ni nada de eso, y mira qué desastre.

Rachid Wahbi es el yihadista al que se refirió Abdelkader en la conversación que tuve con él caminando por El Príncipe. Rachid tenía treinta y dos años y vivía en El Príncipe; estaba casado y tenía dos hijos de corta edad. Llevaba una vida bastante acomodada en el barrio, poseía una licencia de taxi que le daba para vivir más que sobradamente y estaba considerado por sus vecinos como un ciudadano modélico y un buen musulmán. Ante la sorpresa de sus allegados, abandonó su ciudad y su vida ejemplar para cometer un atentado suicida al volante de un camión bomba. El policía se queda pensativo unos segundos antes de proseguir.

—Luego, claro está, hay chicos marginales, gente con trabajos precarios o desempleados, con recursos económicos muy limitados, en muchos casos con antecedentes penales. Por lo general son varones de entre veinte y cuarenta años, personas de segunda generación en España, que han sufrido en poco tiempo un acercamiento a la religión muy acentuado; lo que destacaría también es que suelen ser personas fácilmente influenciables. Pero como te decía antes, ahora el mayor riesgo lo tenemos con los jóvenes que se radicalizan a través de internet y de las redes sociales; estos son los más difíciles de detectar y pueden convertirse en el mayor peligro para la seguridad de nuestro país.

—¿Qué puede llevar a una persona con una estabilidad familiar y una vida aparentemente ordenada a dejarlo todo e irse a inmolar a Siria?

—Es una pregunta difícil de responder; ojalá pudiéramos

conocer la respuesta con exactitud. Principalmente, una convicción muy fuerte en sus ideales, influenciados o no por terceras personas. Se pueden diferenciar dos generaciones distintas de yihadistas residentes en España que tienen motivaciones diferentes para convertirse en muyahidines. La primera generación de combatientes que viajaron a siria lo hicieron poco tiempo después de comenzar la revolución siria, en 2011 y 2012, y una segunda generación se unieron a la yihad a partir de 2013. La primera generación de combatientes viajó a Siria sensibilizada por el sufrimiento del pueblo sirio y las imágenes de las matanzas perpetradas por el ejército de Bashar al Asad. Estos primeros yihadistas querían luchar por una causa que consideraban justa, y una vez en Siria terminaron cayendo en las redes de grupos radicales; muchos de ellos perecieron en ataques suicidas.

»La segunda generación la forman jóvenes musulmanes con problemas para integrarse en la sociedad y a la que probablemente culpan de su situación marginal. Estos jóvenes son fácilmente influenciables y encuentran atractivos los grupos yihadistas como Estado Islámico por las grabaciones propagandísticas que encuentran con facilidad en internet o que se distribuyen entre ellos, en las que pueden ver sus acciones militares, su derroche de violencia gratuita y las imágenes de la vida acomodada que transmiten conduciendo coches de lujo, viviendo en mansiones ocupadas y acumulando botines de guerra. Tenemos a un referente para los jóvenes de El Príncipe y Castillejos en el famoso Kokito, una persona que era un don nadie en su ciudad natal de Castillejos y que debido a las fotos que subía a las redes sociales, en las que aparecía con las cabezas decapitadas de soldados sirios, con vestimenta militar y armado hasta los dientes, viviendo en mansiones ocupadas, se hizo tremendamente popular, una especie de héroe local. Este chico ha sido un ejemplo a seguir para otros jóvenes de la zona; les ha mandado el mensaje de que si se unen a la yihad van a vivir una vida llena de aventuras y acción, y que encima van a disfrutar de una vida más feliz que la que tienen en sus barrios. Luego, claro, todo eso se revela como un espejismo momentáneo, y caen en las redes y en los métodos casi de secta de esos fanáticos. Esta segunda generación ha sido reclutada por las redes de captación de la zona de Ceuta y de Castillejos, y sobre todo

a través de internet y las redes sociales.

—¿Tan importante es la influencia de internet y las redes sociales en el proceso de radicalización y captación de los futuros yihadistas? —le planteo.

—Los procesos de radicalización son muy rápidos; en dos meses una persona puede ser adoctrinada y radicalizada. Internet es hoy el lugar donde se realizan las captaciones y donde se radicalizan, es un medio rápido y directo. Hasta el transporte y la facilitación del viaje se pueden hacer a través de internet. Estado Islámico tiene hasta una guía que te puedes descargar en internet con lo que necesitas llevar en la maleta para ir a Siria a luchar con ellos. Hasta el año 2012, el 80 por ciento de las captaciones de los grupos yihadistas se hacían en el entorno de las mezquitas, pero desde entonces internet y las redes sociales son la principal vía de captación y adoctrinamiento, y la proporción se ha invertido: calculamos que actualmente el 80 por ciento lo hace así, mientras que el resto lo hace a través de la influencia de mezquitas, imanes y personal diverso. Es en internet donde vamos a centrar nuestros esfuerzos, sobre todo para prevenir y atajar desde un principio este tipo de propaganda que alienta a unirse al yihadismo salafista.

—¿Se sabe cuántos yihadistas españoles están en Siria e Irak?

—No existe una cifra exacta del número de yihadistas españoles que han partido con destino a Siria e Irak. Según el Ministerio del Interior son más de un centenar, y la cifra es preocupante, no tanto por la partida sino por su futuro retorno. Lo que nos preocupa son los que puedan volver adoctrinados, con experiencia en el combate y siendo expertos en el manejo de armas y de explosivos.

—¿Existe riesgo de atentado terrorista yihadista en territorio español, como se viene diciendo desde hace años?

—El nivel de alerta antiterrorista ante la amenaza yihadista es alto; no se trata de si va a haber un atentado o no; es una cuestión de tiempo: tarde o temprano uno de estos chiflados va a querer atentar. Nosotros debemos intentar adelantarnos a esa amenaza y desarticular las células que se vayan formando. Aunque para mí la mayor amenaza y lo que más me preocupa son los que llamamos lobos solitarios, personas radicalizadas y adoctrinadas que no tienen por qué haber viajado a Siria o a Irak, ni pertenecer a la estructura de un grupo organizado. Estas personas pueden atacar en cualquier

momento y en cualquier lugar sin ser previamente interceptadas. Como antes te he comentado, Ceuta tiene una frontera muy permeable, es fácil que uno de estos sujetos la cruce o que un joven al que hayan radicalizado en El Príncipe se plante en cualquier parte de España para cometer un atentado. Ese es el terrorismo al que tendremos que enfrentarnos en un futuro. Desgraciadamente, insisto, es solo cuestión de tiempo.

2

EL PRÍNCIPE, UN BARRIO OLVIDADO

En casa de Abdelkader

Abdelkader vive en una casa de una sola planta en lo alto del barrio, en una de las muchas callejuelas de difícil acceso en los alrededores de la calle Agrupación Este. Su casa antes era un chamizo, pero ahora se la ha arreglado un poco. En los años noventa, los años de bonanza económica del barrio, cuando el dinero del narcotráfico corría a destajo por la zona, Abdelkader pudo ganar lo suficiente como para poner paredes de ladrillo y cubrir el techo para que su familia pudiera soportar en condiciones más dignas el frío y húmedo invierno ceutí.

La casa es pequeña y humilde, pero se nota que han intentado adecentarla todo lo que su pobre economía les ha dejado. El salón está decorado al estilo marroquí y por la noche se convierte en el dormitorio de sus tres hijos varones, donde cada uno ocupa una de las gruesas colchonetas de espuma que recorren las paredes de la habitación y que forman una U.

Aicha, su mujer, hierve agua en una cazuela de aluminio sobre una cocina de butano de dos fuegos, haciéndose un hueco entre viejos cacharros y los numerosos enseres para cocinar que por todas partes abarrotan la diminuta estancia. En el único seno del fregadero hay un enorme barreño en el que se acumulan los platos y los vasos para lavar.

—No nos funciona el desagüe; cuando se llena el cubo lo lavo todo y luego tiro el agua sucia al patio de atrás. Ahora gracias a Dios tenemos agua. Antes había que ir a una fuente o pedirla a los vecinos que la tienen.

La mujer abre el grifo de la pila y me muestra orgullosa que dispone de agua corriente. Aicha tiene cincuenta años, pero

fácilmente podría pasar por una señora de más de sesenta. Un hiyab de color morado oculta completamente su cabello; su rostro envejecido y su expresión extremadamente seria me hacen sentir que su vida no ha sido para nada un paseo.

—Tráeme la tetera —grita la mujer desde la cocina.

Abdelkader saca de un armario del salón una bandeja con una tetera y unos vasitos de cristal verdes con ornamentos dorados y se los lleva obediente a su mujer.

—Ella es la jefa aquí —me comenta sonriente mientras acerca la tetera a la cocina.

—Prepara tú el té —le ordena Aicha a su marido con gesto malhumorado.

El hombre rebusca en un estante lleno de paquetes de especias traídas de Marruecos y agarra uno con letras chinas que contiene té verde. Echa varias cucharadas soperas en la tetera, añade abundante azúcar y unas ramas de hierbabuena. La mujer vierte a continuación el agua hirviendo. Nos descalzamos y entramos en el salón; el suelo está cubierto por kilims de lana gruesa de varios colores y con numerosos motivos geométricos. Me siento en una de las colchonetas y deposito sobre la mesa redonda de madera una caja con pasteles que he comprado en una tienda cercana. El matrimonio se sienta enfrente de mí; mientras Abdelkader sirve el té en los vasos con delicadeza, su mujer clava sobre mí una mirada demoledora que me hace entender que mi presencia allí no le hace mucha gracia.

—Gracias por invitarme —digo suavemente para tratar de ganarme a la señora de la casa.

—De nada; eres bienvenido —me responde Abdelkader.

El día ha amanecido despejado en Ceuta. Las nubes y la lluvia que han acompañado los últimos días han dado paso a un sol que parece aún más luminoso sobre la ladera en la que se asienta el barrio de El Príncipe; pero ese sol parece no poder entrar por el ventanuco de la infravivienda en la que vive Abdelkader con su familia. El salón está en penumbra, iluminado únicamente con una bombilla de sesenta vatios de luz amarilla que parpadea y va cambiando de intensidad cada poco tiempo. Las paredes y el techo están pintados en un temple blanco descascarillado por la humedad que por todos lados está presente y que parece haberse hecho dueña

de la vivienda.

—Abdelkader, Aicha, para mí es un privilegio poder compartir con vosotros una conversación en vuestra casa; creo que me puede dar una visión mucho más real de la vida en el barrio que todos los reportajes y documentales que se puedan hacer. Me gustaría saber cómo es la vida en El Príncipe, cómo se sobrevive en un barrio como este.

Abdelkader mira a su mujer y sonríe amargamente.

—La vida aquí no es nada fácil, es muy complicado salir adelante.

—¿A qué te dedicas? —le pregunto.

—Estoy en el paro. Tengo cincuenta y tres años; si no hay trabajo para los jóvenes y sanos, imagínate para un viejo con artrosis como yo.

—Con cincuenta años no eres ningún viejo, Abdelkader. Pero dime, ¿cómo sale la familia adelante?

—Mi mujer trabaja limpiando en casas; ella es la que mantiene a la familia. Tengo tres hijos, y ni el mayor ni el mediano tienen trabajo; de hecho, llevan mucho tiempo sin trabajar. Hace un par de años tuvieron trabajo en el plan de empleo, pero desde entonces no han vuelto a llamarlos. El pequeño, Yusef, está estudiando en el instituto y saca muy buenas notas, a ver si sigue así y consigue ir a la universidad... Ojalá tenga un futuro mejor que la vida que hemos tenido aquí nosotros, *insha'Allah* que tenga una esperanza de salir de esto.

El rostro de Abdelkader se torna triste; en su mano derecha sostiene un pequeño *tasbih* de madera, una especie de rosario musulmán, y va pasando las cuentas una a una, recitando con cada una un casi imperceptible *al-hamdu li-llah*, alabado sea Dios.

—Nos ayudan mucho en el economato de la Cruz Blanca; gracias a ellos y a lo que gano limpiando casas podemos llegar a fin de mes —dice Aicha manteniendo el rictus serio de siempre.

—¿En qué trabajabas antes, Abdelkader?

—Era pescador, pero ya no puedo trabajar por los dolores en la espalda.

—Abdelkader, conociste los tiempos en los que el dinero del hachís corría por el barrio, ¿trabajaste en ello también, además de dedicarte a la pesca?

—En aquellos años el hachís estaba por todos lados, era fácil encontrar trabajo traficando; muchos aquí lo hacían, yo también lo hice. Mi espalda no me permitía trabajar en la mar y tenía que dar de comer a mi familia. Pero eso ya quedó muy lejos; cortaron el grifo al hachís y yo ya no estoy para esos trotes.

—¿Pero aún hay tráfico de droga por aquí? —le pregunto, intrigado por conocer de primera mano la realidad del barrio y de la economía sumergida, por decirlo de algún modo, que hace que con una tasa de paro tan bestial la situación no se tuerza más de lo que ya está.

—Sí, pero en menor escala; ahora el negocio se lo reparten solo unos pocos; antes había para muchos.

—Cuando te conocí paseando por la calle me dijiste que muchos de los chicos que se radicalizan están en bandas locales. ¿Qué relación tienen los yihadistas con las bandas de narcotráfico?

El hombre mira a su mujer como pidiendo consentimiento para hablar. Ella le responde en silencio negando con la cabeza.

—Hay temas que aquí es mejor no comentar; si hablas más de la cuenta te puedes buscar problemas. En el barrio todos nos conocemos, enseguida te señalan con el dedo y te quedas marcado para siempre como chota. En ese libro que quieres escribir puede quedar muy bien todo lo que yo pueda decirte, pero luego tú te vuelves para Madrid y yo me quedo aquí como el bocazas, marcado por todos mis vecinos.

—Te entiendo, claro que sí, pero puedes hablar abiertamente conmigo; tu identidad quedará en secreto, te lo aseguro. Puedes confiar en mí —le digo a Abdelkader para que se quede tranquilo.

La pareja comienza a discutir sobre el asunto en árabe sin darse cuenta de que les entiendo perfectamente. El hombre está dispuesto a hablar conmigo, quiere contar lo que sucede en el barrio sin tapujos, pero Aicha tiene miedo de que se pueda meter en un lío. La ley del silencio es el primer mandamiento que rige la sociedad del barrio del Príncipe Alfonso: lo que pasa en el barrio se queda en el barrio, así ha sido siempre y así será. Una vez se consigue atravesar esa ley no escrita que todos aquí están obligados a cumplir, se descubre una realidad todavía más dura: la cotidianidad con la que viven los habitantes de la barriada con la delincuencia, el narcotráfico y con las células de radicales que tratan de hacerse un

sitio en el barrio. Para los que habitan las callejuelas de este lugar, de esta tierra de nadie, la vida que los demás habitantes del territorio español consideramos normal es para ellos una vida de ensueño de la que no pueden ser parte. La realidad que les ha tocado vivir es todavía más cruda que la que relata la famosa serie de televisión. Aquí hay muchos delincuentes como Faruk Ben Barek, aunque seguramente no tan guapos; también hay yihadistas, futuros yihadistas y captadores que campan a sus anchas por el barrio. Pero no hay una comisaría en la que policías como José Coronado y Álex González luchen a diario para combatir estas lacras con las que están obligados a convivir los habitantes de la ladera de este monte.

Después de una tensa conversación, la mujer se levanta y se va de la habitación con un gesto claro de enfado.

—La jefa tiene miedo —me dice señalando con la cabeza en dirección a la puerta por la que ha salido su esposa—. Hablaré contigo, pero prométeme que no dirás quién soy.

—Te lo prometo, tu nombre no saldrá a la luz. Cuando escriba el libro, tú aparecerás con un nombre inventado.

Ese nombre imaginado por mí para encubrir la verdadera identidad de mi informante es Abdelkader. El hombre llena nuevamente mi vaso y el suyo de té y comienza a hablar de nuevo.

—Conozco a bastantes chicos de los que se fueron a luchar a Siria y a Irak; a muchos les conocía desde que eran pequeños, incluso algunos eran amigos de mis hijos. Como sabes, aquí hay pocas salidas para trabajar; muchos se cansan de no encontrar nada, ven como otros chicos consiguen dinero fácil trapicheando y trayendo hachís de Marruecos, y empiezan a hacer lo mismo. Lo normal es que empiecen a juntarse en pandillas y empiecen a trapichear con pequeñas cantidades de hachís. Esas pandillas forman parte de alguna de las dos bandas importantes que hay en El Príncipe. Desde Marruecos no viene solo el hachís, de allí también vienen los que convencen a los chicos que luego se van al Dáesh, al Estado Islámico, y los que pagan y financian a los que reclutan desde Ceuta y Melilla. El dinero para viajar hasta Siria, la documentación falsa para viajar, hasta el dinero de los hoteles..., todo sale del tráfico de hachís.

Los chicos jóvenes de las pandillas son fáciles de convencer, se creen duros y que pueden con todo; quieren ser tan duros como esas

bestias que cortan cabezas y que matan sin compasión.

—¿Me estás diciendo que el dinero que financia las células terroristas que captan yihadistas en España viene del tráfico de hachís, y que los captadores marroquíes los financian? —Aunque algo de eso sabía ya, oírlo directamente de un vecino de Ceuta me parece inquietante.

—Eso es, ellos venden el hachís, y con parte de lo que ganan dan dinero y facilitan lo necesario para viajar a la guerra a los que quieren unirse a ellos. Pero, ojo, no digo que todos los que trafican con hachís financien el yihadismo, hay muchos que trafican y no se meten en nada más, sino que los que se dedican a captar yihadistas se financian con el dinero del hachís. El mercado es muy grande.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —le pregunto asombrado por la naturalidad con la que reconoce la conexión entre tráfico de drogas y terrorismo yihadista.

—Aquí todo el mundo se conoce y todos conocen gente al otro lado de la frontera en Fnideq, M'diq o Tetuán. Cuando viene gente de Marruecos se sabe a qué vienen y a qué se dedican. Todos sabíamos qué es lo que hacían Marquitos y los otros a los que arrestaron. Ellos les dijeron cómo viajar a Wahbi y a sus amigos; Rachid, Mustafá y Tafo fueron los tres primeros yihadistas de aquí que viajaron a la guerra. El dinero salía de Fnideq, eso lo sabe todo el mundo.

Abdelkader se refiere a Karim Abdeselam Mohamed, *Marquitos*, miembro de la célula yihadista que la policía desarticuló en El Príncipe en 2013, juzgado en marzo de 2016 en la Audiencia Nacional bajo la acusación de captar voluntarios para el Estado Islámico en Siria. Al parecer, él era quien gestionaba el viaje de los yihadistas desde Ceuta hasta Turquía, paso previo a su entrada en Siria. Abdeselam y otros dos fueron quienes reclutaron y enviaron a Siria a Mohamed Abdeselam Mohamed, Hamza Mohamed Abdeselam, Yunes Ahmed Mohamed y Zuhair Ahmed Ahmed, todos ellos fallecidos. Fnideq es el nombre en árabe de la ciudad de Castillejos, igual que M'diq lo es de la de Rincón, ambas muy cerca de Ceuta.

Abandono la casa de Abdelkader con infinidad de preguntas

rondando por mi cabeza que todavía no consigo contestar del todo. ¿Es la marginación y la falta de oportunidades el detonante para que los jóvenes se unan a los grupos yihadistas o hay otros factores? ¿Se puede arreglar el desastre en el que se ha convertido El Príncipe?

El presidente de la Asociación de Vecinos, Kamal Mohamed

La asociación vecinal del barrio del Príncipe está situada en lo alto de la calle Rafael Orozco, junto a la iglesia de San Ildefonso. La fachada del edificio donde tiene su sede es de color ocre y sobre la puerta de entrada hay un cartel con el escudo de la Ciudad Autónoma de Ceuta en el que pone Consejería de Bienestar Social. El local es muy pequeño, tiene dos despachos en los que ahora mismo hay un gran movimiento de gente; parece que he llegado en un momento álgido. Un hombre canoso y de cierta edad percibe mi presencia y viene a hablar conmigo.

—¿Te puedo ayudar? —me pregunta en tono cordial.

—He venido a hablar con Kamal Mohamed, estoy escribiendo un libro sobre el barrio y me gustaría conocer detalles de la vida aquí.

—Ahora está ocupado; en cuanto acabe, te atiende. Le puedes esperar aquí. —Me señala dos sillas de madera que hay detrás de mí; yo obedezco y me siento.

El hombre avisa a Kamal, que está sentado en su despacho hablando con dos vecinos. Kamal Mohamed es un hombre respetado en El Príncipe. Llegó a la presidencia de la barriada en 2009, tras vencer en los comicios contra todo pronóstico al anterior presidente, Laarbi Mohamed. Tras esa sorprendente victoria, el joven presidente se ha convertido en un referente en el barrio y ha aparecido frecuentemente en los medios de comunicación para mostrar a la opinión pública las carencias con las que viven sus vecinos. La puerta del despacho se abre y sale una pareja; Kamal los despide amistosamente y se dirige hacia mí.

—Hola, ¿preguntabas por mí?

—Sí, te he llamado en varias ocasiones; estoy escribiendo un libro sobre el barrio y quería hablar contigo.

—Siento no haberte contestado, he estado muy liado estos días.

Pasa a mi despacho, por favor.

Kamal es un hombre joven. Pasa de la treintena, pero su aspecto parece más juvenil. Su gesto es extremadamente serio, casi cauteloso. Según me han contado algunos vecinos, le llovieron palos por colaborar con un programa de televisión que echó pestes sobre el barrio y sobre sus habitantes. Me siento frente a él y saco el cuaderno de notas de mi bolsa. Él espera paciente mirándome con curiosidad y extrañeza, sin saber por dónde van los tiros.

—¿En qué te puedo ayudar?

—Me gustaría saber la opinión que tiene la asociación sobre los problemas de la barriada. ¿Cómo ha cambiado el barrio en los últimos años? ¿Ha mejorado en algo la vida de los vecinos?

—Lo cierto es que ha habido una cierta inversión por parte de las instituciones, pero han sido solo parches que no solucionan los problemas del día a día de los vecinos. Seguimos teniendo la tasa de paro y de fracaso social más alta de la Unión Europea, el 95 por ciento de las viviendas del barrio son ilegales, aunque pagan impuestos, y tenemos una notable falta de infraestructuras. Aparte, por supuesto, de que la delincuencia y la inseguridad se han apoderado del barrio.

Su discurso me parece como aprendido de memoria a base de haberlo repetido una y otra vez en las numerosas entrevistas que ha dado; su tono de voz bajo y falto de entusiasmo le quita autenticidad a su mensaje.

—¿Cuáles son las necesidades principales de los vecinos del barrio?

—Aquí hay una cantidad enorme de necesidades. El mayor problema al que nos enfrentamos a diario es el abandono institucional que sufrimos por parte del Gobierno autónomo; nos prometen muchas inversiones, sobre todo en período electoral, pero una vez pasan las elecciones se olvidan completamente de nosotros. Vienen a por nuestros votos prometiendo mejoras y sin embargo luego nuestras necesidades son olvidadas. Nos hemos reunido muchas veces con las administraciones para plantearles nuestros problemas, pero nunca hacen nada. Nos sentimos ciudadanos de segunda clase. Porque es una vergüenza que en pleno siglo XXI haya gente que malviva en chabolas, que haya viviendas sin agua potable y sin luz; aquí apenas existe alcantarillado, casi no hay zonas en las

que los jóvenes puedan hacer actividades, y eso no trae luego nada bueno. Aparte del problema de falta de infraestructuras básicas, aquí hay una de las mayores tasas de desempleo de toda la Unión Europea, así como de delincuencia. El Príncipe está catalogado como el barrio más peligroso de España, y lo es. Los vecinos vivimos con miedo; hemos asistido a tiroteos y ajustes de cuentas continuos en los últimos años y a nadie parece importarle, nadie hace nada para evitarlo; deben de pensar «que se maten entre ellos».

—¿Mejoraría la situación de inseguridad que se abriera una comisaría en el barrio? —le pregunto a él, como ya he hecho anteriormente con Abdelkader y el policía de Ceuta.

—Una de las reivindicaciones que pide el barrio desde hace mucho tiempo es precisamente una comisaría de policía, porque estamos arrinconados: por un lado, el Gobierno nos tiene marginados, y por otro, los delincuentes siembran el miedo en nuestras calles. Si hubiera comisaría, nos sentiríamos más seguros y veríamos que las instituciones nos protegen.

—¿Qué opinión tienes sobre el auge del islamismo radical y del yihadismo en El Príncipe?

—La inmensa mayoría de los vecinos de la barriada están en contra de cualquier tipo de violencia, y yo me incluyo. El problema es que muchos jóvenes se sienten excluidos, no se sienten identificados con el resto de la sociedad occidental de Ceuta y de España, piensan que son rechazados, y por eso se ven atraídos por los radicales, porque los acogen y les hacen sentirse como parte de un grupo. El barrio se ha convertido en un caldo de cultivo perfecto para captar yihadistas, porque hay gente que está muy desesperada.

Compruebo entonces que el argumento se repite una y otra vez: la falta de un horizonte, de un poco de esperanza en que algo diferente es posible, la miseria, en definitiva, se convierte en la mejor aliada de los terroristas, que buscan carne de cañón para poner en primera línea de combate, una primera línea que ya no es solo el frente de Siria, sino cualquier rincón de Europa.

—¿Conoces personalmente a algún yihadista o a alguien captado por los radicales?

—Sí, los he conocido, pero son casos aislados que no representan para nada lo que piensa la mayoría de los ciudadanos de la

barriada. Estamos en contra de esas personas. No quiero que esas pocas manzanas podridas den mala imagen al resto, porque la gente del barrio es simplemente eso, buena gente que lucha por tirar adelante con sus vidas.

Salimos de la oficina y continuamos nuestra conversación caminando por las calles. Queda poco tiempo para anochecer y los vecinos aprovechan para hacer las últimas compras del día a los vendedores ambulantes que traen su mercancía de Marruecos. Decenas de mujeres mayores vestidas con los trajes típicos de las montañas del Rif se agolpan en la plaza del Zoco y en sus calles aledañas, con sus frutas y verduras expuestas en un suelo de estrechísimas aceras disputándose las últimas ventas del día antes de recoger sus bártulos para regresar por el paso del Tarajal a Marruecos y dar por concluida otra jornada de duro trabajo.

—¿Cuáles crees que son las soluciones para arreglar los problemas de El Príncipe?

—Lo primero que tiene que hacer el Gobierno es dejar de mirar para otro lado y atajar de raíz los problemas que de sobra conocen. Habría que legalizar las viviendas que, aunque pagan impuestos, no tienen derecho ni siquiera a contratar el servicio de luz ni agua ni nada. Arreglar las canalizaciones y las infraestructuras del barrio, para que la luz y el agua lleguen a todas partes. Un plan para reorganizar la barriada y un censo real de la población; aunque oficialmente se dice que hay ocho mil personas, la realidad es que hay más de doce mil. Como dije antes, es necesaria la presencia policial permanente; los vecinos llevamos muchos años exigiendo una comisaría en el barrio, eso nos garantizaría unos mínimos de seguridad.

»Con todo esto aún quedaría mucho más por hacer, porque falta apoyo escolar, no tenemos institutos, faltan actividades para sacar a los chicos de las calles... Casi no tienen en qué ocupar el tiempo libre, y eso en un barrio como este es muy peligroso.

—¿En qué colaboran los vecinos para mejorar el barrio? —le pregunto, puesto que me gustaría conocer iniciativas surgidas de los propios habitantes de El Príncipe.

—Nosotros nos autogestionamos muchas veces; cuando una acera se estropea o cuando el peldaño de una escalera se rompe, nosotros los arreglamos con nuestros propios medios.

—Y en cuestiones de inseguridad, narcotráfico o yihadismo, ¿qué hace el barrio para frenar estos problemas?

—Nosotros, sin ayuda policial, no podemos hacer nada. Muchas veces la gente no hace nada por miedo.

—¿Pero no es un problema también de educación? ¿No debería haber más implicación en el ámbito familiar, por ejemplo?

—Totalmente de acuerdo, siempre se puede hacer más, pero en familias desestructuradas o que viven en una extrema pobreza es más difícil controlar estos problemas, porque antes hay que comer y sobrevivir.

Comienza a sonar por los altavoces de las mezquitas la llamada al rezo del Magrib, la oración del ocaso que indica la puesta de sol; dentro de poco el trajín de la plaza del Zoco y de los puestos ambulantes dará paso a callejuelas vacías mal iluminadas, en las que las pocas voces que se oyen son las de los jóvenes pandilleros que por la noche se hacen los dueños del barrio. Kamal me acompaña a la estación de taxis que hay junto al nuevo hospital universitario y desde donde hay una panorámica perfecta de la colorida barriada, que recuerda más a una gran favela brasileña que a un barrio de España.

—Espero que el futuro traiga cosas buenas a El Príncipe —le digo a Kamal intentando acabar nuestra conversación de un modo positivo.

—Como no nos ayuden, el futuro será aún peor y salpicará a toda la ciudad de Ceuta.

Me alejo de la barriada oyendo cada vez más lejos el sonido del muecín llamando a la oración, perdiéndose entre el rumor del mar y el viento de levante, y pienso en esas inquietantes últimas palabras de Kamal, que resultan un tanto amenazantes. Espero que no sean proféticas.

AICHA, UN EJEMPLO DE MUJER MUSULMANA

Son las siete de la mañana. El día en casa de la familia de Abdelkader comienza con su mujer Aicha preparando el desayuno y levantando uno a uno a sus hijos de los colchones del salón, como si de un toque de diana de cuartel militar se tratara. Los hijos

obedecen sin rechistar y entran por turnos en el pequeño cuarto de baño para asearse. Abdelkader ayuda a su mujer hirviendo el agua para el té y cortando en cuartos el pan redondo que él mismo compró el día anterior; ambos colocan en una bandeja la mantequilla, el aceite y las aceitunas, y llevan el desayuno preparado al salón, ya sin rastro de las almohadas y de las enormes mantas con las que se tapan cada noche sus hijos.

Nos sentamos alrededor del *taifor*, una mesa redonda baja de madera, mientras Abdelkader reparte vasos con té y pan a cada uno de los presentes. Los tres hijos varones de la pareja guardan silencio todavía adormecidos; el mayor, Mohamed, tiene veinticuatro años, Karim veinte y Yusef dieciséis.

—Esto es lo que te podemos ofrecer de desayuno —me dice Abdelkader sonriente—, espero que te guste.

—Todo tiene muy buena pinta, gracias —le respondo devolviéndole la sonrisa.

Aicha parece haberme aceptado. Después de unos días de cierta convivencia —que culminaron anoche, cuando, dado lo tardío de la hora, tras finalizar mi visita me invitaron a pernoctar en su casa—, ya no me ve como un intruso que quiere contar sus miserias sino como alguien interesado en conocer cómo salen adelante en un entorno ciertamente difícil.

—¿Te gustan las *zaytuna*? —me pregunta Aicha refiriéndose en árabe a las aceitunas.

—Sí, mucho; no son de aquí, ¿verdad?

—No, me las trae mi madre de su pueblo, en Marruecos; ella misma las envasa.

Aicha nació en una aldea de las montañas que rodean la localidad de Chefchauen, una de las muchas en las que la mayor parte de los vecinos son familiares y en las que la agricultura tradicional fue sustituida por el cultivo de cannabis. Cuando apenas tenía dieciséis años, su familia aceptó la dote que ofreció por ella Abdelkader y este se la llevó a vivir con él a la barriada del Príncipe, que por entonces, a mediados de los años setenta, poco tenía que ver con el barrio en el que viven ahora.

—Aicha, ¿cómo ha cambiado el barrio desde que tú llegaste aquí?

—Uff, no tiene nada que ver; antes aquí vivíamos sin problemas

con los cristianos, éramos todos iguales. Celebrábamos todos la fiesta del patrón de la barriada, San Ildefonso, o la fiesta del sacrificio, daba igual si eras musulmán o cristiano; nuestros vecinos de enfrente eran cristianos, mis hijos jugaban con sus hijos y merendaban con ellos en su casa. Todo eso se perdió.

—Todo comenzó a ir a peor en esa época —me dice Abdelkader haciendo un ejercicio de memoria—. Los musulmanes que vivíamos aquí éramos los descendientes de los soldados musulmanes que lucharon en la guerra civil; mi padre era militar y le dieron un lugar donde vivir en el barrio. En los años setenta, muchas familias musulmanas y cristianas comenzaron a irse a otras partes de Ceuta. El problema vino cuando mucha gente de Marruecos comenzó a llegar y a construir donde quisieron; entonces comenzaron los problemas de convivencia. En los años ochenta empezaron a llegar desde la península jóvenes que venían a comprar hachís para llevárselo metido dentro de su cuerpo. —Abdelkader me hace un gesto señalándome su trasero—. Venían directamente del puerto a la barriada, en muchas casas se les vendía el hachís envuelto en plástico preparado para metérselo e incluso se les daba alojamiento. El dinero que llegaba de esos chicos de la península alimentó a chiquillos que luego se convirtieron en grandes narcotraficantes. Ese fue el inicio de todo lo malo que vino después.

—Cuando la cosa se puso mal, sacaron a los cristianos de aquí y les dieron casas de protección oficial. A los musulmanes nos dejaron tirados aquí como si fuéramos de segunda clase —añade su mujer indignada.

—Es verdad —reitera Abdelkader—, miraban para otro lado mientras aquí en los años ochenta y noventa crecían las mafias y mataban a gente día sí y día también. Ahora, y después de todo lo que hemos pasado aquí, parece que lo único que importa es que detengan a chicos que se hacen yihadistas y del peligro de los islamistas. Pero aquí sigue habiendo violencia y se sigue matando a gente, y eso no sale en la televisión nacional; solo cuando detienen a gente radical.

—Pero el problema de los yihadistas es real, existen grupos radicales en esta zona —le digo a Abdelkader.

—Claro que existen, pero es que se ha permitido que calara el mensaje más fundamentalista de algunos imanes, se ha mirado para

otro lado mientras surgían luchas por controlar las mezquitas. El Gobierno de aquí incluso ha apoyado a los nuevos grupos porque pensaban que los otros eran promarroquíes.

—¿El Gobierno ceutí ha favorecido a grupos más integristas frente al rito que venía de Marruecos, que era más moderado?

—Sí, aquí tienen miedo de todo lo que viene de Marruecos, piensan que los moros van a venir y los van a echar de sus casas —se ríe Abdelkader—. El Gobierno ceutí tiene miedo de la influencia de Marruecos, por eso ha favorecido otros ritos musulmanes frente al que venía de allí.

—Entonces, ¿tú crees que existe una relación entre los yihadistas y el Tabligh de Ceuta?

—El Tabligh no es malo, promueve la paz, pero también promueve una vuelta a los orígenes, es más fundamentalista. Lo que pasa es que hay gente que puede llegar a confundir las cosas y volverse más radical porque no entiende el mensaje o porque algunos imanes no marcan bien los límites.

Compruebo una vez más que en lo esencial coincide con los testimonios que he ido recogiendo hasta ahora.

—¿Te refieres a gente tan radical como Omar Hadouchi, que estuvo por aquí hace poco? —le suelto de golpe, refiriéndome a uno de los ideólogos de los atentados de Casablanca de 2003, en los que murieron cuarenta y cinco personas, encarcelado en Marruecos y puesto en libertad por indulto real, un imán que tiene prohibido predicar en el país vecino.

—Sí, su mensaje es muy radical. Estuvo en la mezquita Al Tauba, fue algo sonado aquí, pero estuvo muy moderado entonces. El problema no es lo que se dice en las mezquitas, es lo que se dice en círculos más pequeños.

—¿Crees que su presencia ha influido en que alguien de El Príncipe se haya marchado a Siria?

—Claro que sí, antes de que viniesen este tipo de imanes a El Príncipe no existía nada de yihadismo aquí. Además, a este imán lo sigue mucha gente en Tetuán y Castillejos, y estos también influyen en la gente de aquí.

Terminamos con el desayuno, los hijos de la pareja comienzan a recoger la mesa mientras Abdelkader y yo nos terminamos nuestros vasos de té.

—¿Cómo es un día normal en vuestra familia? —le pregunto con cierta curiosidad.

—Aicha se va ahora a trabajar, el pequeño se va a la escuela, mis hijos mayores van para la frontera a ganarse algo de dinero y yo arreglo la casa. A veces me salen algunas chapucillas en casa de mis vecinos; se me da bien la electricidad, y aquí en el barrio siempre hay alguien que necesita cambiar cables y enchufes, y así me gano unos euros de vez en cuando.

—¿Podría acompañar a tu señora a la ciudad y ver cómo es su día? —Abdelkader mira a su mujer esperando su respuesta.

—Claro, no me importa, en un rato ya salgo —asiente ella, bastante condescendiente.

Parece que un muro separa la cultura islámica y la occidental, pero pasando por alto las diferencias entre los dos mundos, hay solo personas que tratan de sobrevivir y de luchar por conseguir una vida mejor para los suyos. La familia de Abdelkader no me parece muy distinta a otras familias españolas en su lucha diaria por salir adelante; lo que los hace diferentes es vivir en el considerado barrio más peligroso de España, rodeados de delincuencia, marginación y con un nuevo enemigo que va ganando adeptos en el barrio, el salafismo radical y violento que promueve el temido Estado Islámico.

El conflictivo autobús del barrio

Aicha camina orgullosa agarrada del brazo de Yusef, su hijo pequeño, un adolescente desgarbado al que todavía le quedan un par de estirones para parecer un adulto pero en el que están puestas todas las expectativas de futuro de la familia. El joven Yusef lleva puesto un plumífero azul alguna talla por encima de la suya que con toda seguridad, y debido a lo grande que le queda y lo desgastado que está, debió de pertenecer a alguno de sus hermanos mayores, posiblemente a los dos. Lo mismo sucede con las viejas zapatillas Nike que lleva puestas.

En la calle la temperatura es baja, pero me parece mucho más agradable que la que soportan Abdelkader y su familia en esa pequeña casa húmeda y fría que parece más una cueva que un

cálido hogar. Cada pocos pasos madre e hijo se detienen para saludar a sus vecinos y se preguntan por sus respectivas familias, sin dejarse a ningún miembro fuera de la conversación.

Cuanto más tiempo paso con Aicha, más me doy cuenta de que bajo ese rostro serio y curtido por el tiempo se esconde una mujer extremadamente educada y dedicada en cuerpo y alma al bienestar de los suyos. Ella es el sostén económico de su familia y la que impone el control y el orden dentro de su hogar.

Se suele creer erróneamente que el papel de la mujer en una familia musulmana es de sumisión al varón, que la mujer vive bajo el control y la opresión de un marido que ejerce una autoridad absoluta. Aicha es un ejemplo claro que desmiente ese tópico. Ella, como la mayor parte de las mujeres musulmanas madres de familia que he conocido a lo largo de mi vida, es el centro estructural de su hogar. En la cultura musulmana, la mujer cría, educa y lleva las finanzas de la casa; los hijos obedecen incondicionalmente a la madre a lo largo de su vida; el padre es un referente para los hijos, sobre todo en asuntos religiosos, pero la madre es el motor y guía de la familia. Se puede decir que Aicha es un ejemplo claro del matriarcado en las familias musulmanas.

Tras un largo paseo por la barriada llegamos a la parada del autobús número ocho, que lleva al centro de la Ciudad Autónoma. Todavía no ha llegado, pero ya hay mucha gente esperando, haciendo cola en una interminable fila. Después de una larga espera aparece el autobús que conecta la barriada con la céntrica plaza de la Independencia. La cola va avanzando y en la entrada del autobús se crea un atasco de mujeres y niños que intentan entrar directamente sin esperar la fila, cosa que crea airados enfrentamientos verbales entre las mujeres, enfrentamientos que desaparecen una vez cruzan el torno que da acceso al interior del vehículo.

Por fin entramos. Aicha consigue un asiento al final del autobús junto a la segunda puerta de salida, mientras Yusef y yo permanecemos de pie a su lado intentando no caernos ante los bruscos acelerones que pega el conductor.

—¿Cómo es tu día de trabajo, Aicha? —le digo agarrándome a la barra de sujeción.

—Hoy tengo trabajo en dos casas. A las nueve voy a la primera,

es una señora mayor que vive en la calle Camoens; llevo ya cuatro años yendo dos veces por semana. A esta señora le limpio la casa, hago la plancha y voy con ella a comprar al mercado. Luego, a las doce, tengo que ir a casa de un matrimonio joven; allí limpio y me encargo de los niños y de hacer la comida.

—¿Cuánto dinero te sacas en un día como hoy? —le pregunto intentando concentrarme en medio del insoportable griterío de los jóvenes que hay justo detrás de mí y que ocupan la parte trasera del autobús. La mujer hace cuentas y finalmente contesta.

—Hoy cincuenta euros, son cinco horas. Pero no siempre trabajo cinco horas, a veces solo dos, y hay muchos días en los que no tengo nada. Un mes bueno me saco cuatrocientos euros. Con un poquito por aquí y otro por allá salimos adelante, hijo —me dice Aicha con una sonrisa orgullosa.

—¿Cómo te afecta que haya mujeres de Marruecos que vengan a trabajar en el servicio doméstico en Ceuta?

—Pues me parece muy mal. Yo tengo la suerte de que las mujeres para las que trabajo me pagan un sueldo aceptable, y eso lo agradezco trabajando con más ganas y siendo más profesional. El problema es que la gente que viene de Marruecos cobra una miseria; lo que allí sería un buen sueldo, aquí no te da para nada. Han bajado los sueldos y nos han dejado a los que somos de aquí fuera del mercado laboral. Con todo el paro que tenemos aquí y encima nos quitan el poco trabajo que podría haber para nosotros. Ojalá hagan algo para cambiar esto, porque no es justo. Deberían multar a todos los empresarios que dan trabajo a los marroquíes y los hacen trabajar por dos duros y sin contrato. Es una vergüenza que dejen que esto pase; ni mi marido ni mis hijos tienen trabajo y ellos tienen más derechos porque son de aquí.

El enfado de Aicha me parece totalmente comprensible: en una ciudad con una tasa de paro que llega al 32 por ciento de la población es difícil de entender para los desempleados ceutíes que el poco trabajo que hay en la ciudad caiga en manos de marroquíes que trabajan ilegalmente cobrando unos sueldos irrisorios.

—¿Qué curso haces, Yusef? —le pregunto al joven, que permanece de pie a mi lado, agarrado fuerte a una barra tratando de no desplazarse mucho en las curvas con los numerosos frenazos que da el autobús.

—Cuarto de la ESO —me responde el chico escuetamente.

—¿Y qué quieres hacer cuando acabes la ESO?

—Estudiar el bachillerato y luego ir a la universidad. Me gustaría ser abogado —me dice el joven mientras mira a su madre, que sonríe orgullosa.

—Saca muy buenas notas, y además tiene una memoria muy buena, enseguida memoriza lo que estudia —me comenta Aicha agarrando con las dos manos la mano que le queda libre al chico.

—Le vendrá muy bien al barrio un abogado; me parece que no te faltará trabajo —les digo a ambos bromeando.

Yusef parece tener las cosas claras, algo que es poco habitual para un chico de dieciséis años, sobre todo si vive en un ambiente tan deprimido como el de El Príncipe. Ojalá consiga llegar a su objetivo y se haga abogado; el suyo no sería el primer caso de joven de la barriada que llega a licenciarse en la universidad, pero aun así sería un buen ejemplo para el resto de los jóvenes que lo conocen, un ejemplo que les demostraría que con esfuerzo y sacrificio tarde o temprano se puede llegar a tener un futuro mejor.

Después de más de tres cuartos de hora de trayecto para hacer poco más de cuatro kilómetros conseguimos llegar a la plaza de la Independencia e intentamos salir del autobús, pero los jóvenes ruidosos que ocupaban la parte trasera han decidido salir primero empujando a todo aquel que se interpone en su camino. Un hombre mayor les recrimina su actitud, y el pobre señor es zarandeado por los chicos y finalmente empujado hasta caer sentado en el asiento que ocupaba.

—Esto es una vergüenza —me dice Aicha con gesto contrariado —, estos chicos parecen animales. Provocan que nos miren al resto con mala cara, pero la culpa la tienen las madres y los padres que los han criado... Qué pena me da.

Aicha mira a su hijo y este asiente con la cabeza intentando desmarcarse de la actitud incívica de los que probablemente sean sus compañeros de instituto.

Después de la trifulca conseguimos salir del bus. Los chicos que han provocado el altercado han desaparecido con rapidez de la zona antes de que llegue la policía local al lugar. La mujer se despide de su hijo, Yusef le da un beso en la frente y se marcha a su instituto. Yo me quedo con Aicha y comenzamos a caminar en dirección a su

trabajo.

El centro de Ceuta

Hacía mucho tiempo que no caminaba por unas calles tan limpias como las calles del centro de Ceuta; su limpieza me recuerda a la que un día tuvo Madrid, pero que ha ido perdiendo por los continuos recortes. Ceuta ha ido mejorando en los últimos años; mucha gente me recuerda que los cortes de agua eran habituales, ya que la ciudad no disponía de desaladora, con lo que el agua se tenía que traer desde la península. Tanto las infraestructuras como los servicios sociales han ido a más, pero en una ciudad con tantos frentes abiertos y con tantas problemáticas, probablemente las mejoras no llegan a todo el mundo como deberían.

El estruendo de los cepillos de la máquina limpiadora recogiendo la poca basura que hay en las calles nos acompaña mientras ascendemos por la calle peatonal del Paseo de Revellín en dirección al domicilio donde Aicha va a comenzar su jornada laboral. La mujer se detiene en alguno de los muchos escaparates que abundan en la calle más comercial de la Ciudad Autónoma, mirando ropa, bolsos y complementos que no puede permitirse ni siquiera en rebajas.

—Esto es demasiado caro, tenemos otras prioridades —me dice reconociendo su precaria situación económica.

Caminamos lentamente, sin prisa, ascendiendo la empinada calle peatonal y cruzándonos con gente de todas las etnias que componen la diversa sociedad ceutí. Por un momento me parece cierta la famosa frase de que la ciudad es un ejemplo de convivencia entre cuatro culturas. Me lo creería totalmente si no hubiera conocido cómo se vive en El Príncipe.

—Aicha, ¿se parece el barrio que aparece en la serie al auténtico El Príncipe? —La mujer sonríe.

—Hay cosas en las que se parece un poco, pero hay muchas que no tienen nada que ver. Por ejemplo, la protagonista, creo que se llama Fátima, lleva siempre pañuelo, pero la forma de ponérselo no es la de aquí, es la de las mujeres de Turquía; ella enseña el pelo, pero aquí las mujeres que llevan hiyab no muestran nada. El velo se

lleva como yo lo llevo, más cerrado.

»En la serie, la familia de Fátima acuerda su boda con un familiar y ella no está muy convencida, aunque eso ya no pasa aquí; pasaba antiguamente, en mis tiempos. Aquí en Ceuta nadie obliga a nadie a casarse. Eso sigue ocurriendo en Marruecos, pero aquí ya no.

—¿Y qué te parece que la protagonista tenga un romance con un cristiano?

El rostro de Aicha se pone serio y medita unos instantes su respuesta.

—A mí me parecería muy mal que mi hija fuera tan lanzada como la de la serie; eso de lanzarse enseguida está muy mal, y menos si no están comprometidos; aquí somos más clásicos. Lo de casarse con un cristiano yo lo podría aceptar, siempre y cuando el chico se convirtiese al islam. De todas formas es mejor que se junten con personas que entienden sus costumbres y su religión.

—¿Y si el chico no se hiciera musulmán?

—Pues le diría a mi hija que no estoy de acuerdo y que comete un error.

—¿Pero esa no es una manera muy antigua de pensar?

—Tú deberías entender mejor que nadie por qué pensamos así. La religión es el pilar más importante en la vida de un musulmán. ¿Cuánta gente hay en España que no cree en nada, y cuántos hay que se dicen cristianos y no pisan una iglesia? Un musulmán se despierta cada mañana dando gracias a Alá, *subhanna wa ta'ala*, Él siempre está presente en nuestras vidas, y eso es lo que en Europa no entienden, porque ellos no son creyentes, no entienden lo que es tener fe. Ya no.

Llegamos al elegante portal donde a Aicha le espera su trabajo; la mujer se despide de mí dándome la mano.

—Cuando quieras vuelve a visitarnos, serás bienvenido.

—Muchas gracias, Aicha.

Dejo a la mujer entrando en la casa y continúo mi paseo por el centro de la ciudad. En el campus de la universidad me espera un experto que me puede explicar las peculiaridades de la sociedad ceutí y sus problemas.

La compleja sociedad ceutí

En Ceuta percibo dos realidades totalmente opuestas que comparten el mismo espacio, a veces son evidentes y otras veces no se distinguen. Hay dos comunidades mayoritarias, la cristiana y la musulmana, que aparentemente conviven de una manera apacible, incluso modélica, todo un ejemplo multicultural que sería digno de trasladar a todo el territorio nacional. El otro mundo que percibo no es tan idílico, ya no es la bonita foto a todo color de una Ceuta que parece un anuncio de Benetton en el que hay gente sonriente de todas las culturas y colores. Desgraciadamente hay otra Ceuta, una Ceuta que se descubre observando y escuchando a sus ciudadanos cuando olvidan el discurso políticamente correcto de las instituciones y dan su opinión sin tapujos. Es entonces cuando me doy cuenta de que hay dos poblaciones diametralmente opuestas, una sociedad musulmana que va aumentando con el tiempo y que se siente marginada, y otra sociedad llamada aquí cristiana que ve el aumento de la población musulmana como una amenaza.

Para entender la complejidad de estas poblaciones y los conflictos sociales y religiosos que hay o que en un futuro podría haber, me he puesto en contacto con Carlos Rontomé, doctor en sociología y experto en relaciones interculturales y convivencia de las dos poblaciones mayoritarias, la cristiana y la musulmana. Carlos escribió un libro sobre la sociedad ceutí que no dejó indiferente a nadie, *Ceuta, convivencia y conflicto en una sociedad multiétnica.* En él asegura que Ceuta va camino de una islamización imparable y que en la actualidad se encuentra en un momento de transición entre una ciudad del sur peninsular a otra islámica. Rontomé asegura que la convivencia que existe se sustenta en un frágil equilibrio amparado en las desigualdades sociales y la segregación que caracteriza a la población ceutí. Sus opiniones no son las que se suelen oír en Ceuta, para bien o para mal; es posible que su origen madrileño le haga ver los problemas de la ciudad desde una perspectiva que pocos pueden tener viviendo allí, pero lo que llama la atención es que cuenta las cosas sin pelos en la lengua.

Me dirijo al campus de la ciudad de Ceuta, un viejo acuartelamiento militar reformado y convertido en centro universitario en el que comparten espacio la UNED y la Universidad

de Granada. Espero a Carlos Rontomé junto a la entrada principal mientras observo el ir y venir de jóvenes estudiantes y me doy cuenta de qué rápido pasa el tiempo, pues hace nada yo era uno de ellos. Al cabo de un rato veo acercarse a un hombre que concuerda con las fotos que he visto del profesor. Bendita internet que hace que casi nadie sea anónimo y puedas conocer a alguien antes de tenerlo enfrente.

—Hola, Carlos, soy Alman.

—Encantado; acompáñame, en mi despacho podemos hablar tranquilamente.

Sigo a Carlos mientras me muestra el interior del antiguo cuartel del teniente Ruiz y su enorme patio interior, en el que un grupo numeroso de jóvenes vestidos con chándal reciben una clase de educación física.

Entramos en su despacho. Me llaman la atención las paredes vacías y la escasez de decoración; el hombre sonríe al reconocer que un equipo de televisión buscó otra ubicación para entrevistarle porque su despacho era un poco soso. Carlos llegó a Ceuta casi sin querer; fue destinado hace veinte años a la Ciudad Autónoma y su mujer le convenció para comenzar una nueva vida aquí. Unos años más tarde tomó una excedencia y se dedicó de lleno a la sociología y a la docencia, especializándose en la sociedad ceutí.

—Bueno, ¿qué te trae por Ceuta?

—Sobre todo El Príncipe —le contesto—. Me gustaría entender la complejidad de la sociedad ceutí, me parece casi como un experimento de laboratorio. ¿Cómo es posible que en una superficie tan reducida, apenas veinte kilómetros cuadrados, con una población tan pequeña, unos ochenta y cinco mil habitantes, y con una densidad de población tan alta, más de cuatro mil habitantes por kilómetro cuadrado, haya tal cantidad de focos problemáticos? Aquí conviven cuatro culturas en aparente armonía, pero hay en el fondo un choque cultural entre las mayoritarias, la cristiana y la musulmana; luego está el fenómeno yihadista que ha aparecido en Ceuta, sin olvidar todos los problemas endémicos: paro, fracaso escolar, marginación, delincuencia y seguramente alguno más que me olvido.

—Me has enumerado un montón de problemáticas. ¿Por dónde quieres que empecemos? —me dice Carlos con aparentes ganas de

comenzar a aclararme temas.

—Se pone a Ceuta como un ejemplo de convivencia entre culturas, ¿es cierto eso o hay una obligada coexistencia entre la población musulmana y la cristiana?

—No te puedo decir claramente que solo exista convivencia o coexistencia. Lo que hay es una separación entre las dos poblaciones que no ha cambiado en los últimos años; hay una obligación de coexistir y de convivir, tienes que tratar con personas que no son de tu credo o de tu cercanía social por cuestiones laborales, compartir espacios públicos... Eso es real, desde luego. Pero también es cierto que las redes familiares o de amigos siguen siendo monocromas, es decir, que normalmente el ámbito más cercano sigue estando muy segregado. En algunos aspectos sí hay convivencia, pero luego, por otro lado, sí hay coexistencia en algunos otros aspectos, en cómo se interioriza esa convivencia. De alguna forma la convivencia está basada en no cambiar nada, en que siga todo como está, aunque luego interiormente tengas otra opinión de las cosas. Todo el mundo sabe, tanto cristianos como musulmanes, que la convivencia es la única forma de que las cosas se mantengan como están, de que el statu quo se mantenga como es. En el momento en que esa convivencia se fracture, todos saldrán perjudicados; es la única viabilidad que tiene la ciudad.

—¿De alguna manera este equilibrio está basado en ciertas desigualdades y en la segregación de la población musulmana?

—La convivencia en Ceuta se sostiene en parte en ese statu quo; hay una parte de la sociedad, la cristiana, que ocupa los niveles medios altos de la sociedad, y todos los trabajos peor retribuidos, más inestables, normalmente los llevan a cabo los musulmanes. Cuando el 65 por ciento de los musulmanes está por debajo de los umbrales de la pobreza y de exclusión social, y eso solo afecta al 15 por ciento de los no musulmanes, estamos ante una situación explosiva. En otros contextos a lo mejor provocaría conflictos sociales, pero esto no sucede en Ceuta porque tanto unos como otros no quieren cambiarla: los cristianos, la minoría, evidentemente, porque es una situación favorable para ellos, y la otra, la de los musulmanes, tampoco quieren cambiarla porque ellos tienen siempre presente su origen, aunque hayan nacido aquí. Se comparan constantemente con Marruecos, con el origen de sus

padres, sus abuelos, sus tíos, sus amigos que viven allí, y entonces piensan que, efectivamente, están dentro del organigrama de la sociedad ceutí, aunque sea en los niveles bajos, pero dentro de una sociedad que supone un bienestar que no pueden ni imaginar los marroquíes. Así que todo el mundo está interesado en mantener la situación y en que no se rompa, porque ni unos quieren perder lo que tienen ni los otros tampoco lo que han logrado, aunque sigan estando en los niveles más bajos.

»Hay que decir que la situación de la población musulmana ha mejorado considerablemente en los últimos veinte años: los niveles de analfabetismo han bajado, hay menos paro en este sector de la población, menos trabajo precario. Todavía hay desigualdades, pero los últimos veinte o treinta años han supuesto una mejora para este grupo. Eso está ahí, en el inconsciente de la población musulmana ceutí. Hay muchos chicos que tienen la oportunidad de mejorar, de llegar a la universidad, aunque sean pocos; ahora tienen la posibilidad de modificar y mejorar la situación de sus padres, existe una posibilidad de cambio, aunque sea pequeña.

—La población musulmana en Ceuta ha crecido en las últimas décadas y se ha equiparado con la población cristiana. ¿Ve este crecimiento la población cristiana con recelo o temor?

—No ha habido un cambio de opinión o un mayor recelo del que existiera antes. Aunque con respecto a El Príncipe las cosas son distintas, porque todavía parece que lo que pasa de puertas afuera no es de Ceuta; es decir, que desde el punto de vista de los cristianos lo que sucede en El Príncipe sucede en El Príncipe, ya sabemos lo que hay allí, que entre ellos se coman y se maten. Muchísimos cristianos de Ceuta jamás han subido allí; aquello se ha convertido en un barrio aislado del resto de Ceuta. Y no siempre fue así: en el año 1986, el 50 por ciento del barrio era cristiano, en los setenta muchos más; lo que sucede es que la llegada de gente proveniente de Marruecos encontraba allí un lugar para edificar ilegalmente en los terrenos militares donde los militares pasaban del tema, que eso fue otra dejación de funciones: para que no molestasen, les permitieron construir allí, y ahora ¿qué haces con eso? Llegó un momento, a finales de los setenta, en que se fueron levantando promociones de viviendas de protección oficial y mucha de esa población que vivía en El Príncipe cristiano acabó en otras

zonas de la ciudad, con lo cual abandonaron aquella zona. Hay gente que dice que eso fue cosa del Gobierno, y no es cierto. La razón por la que salieron muchos más cristianos de esa zona hacia pisos de protección oficial de otros barrios de la ciudad fue porque ellos sí eran nacionales. Cuando murió Franco solamente había mil musulmanes con nacionalidad española. Ten en cuenta que en el año 1986 en toda Ceuta solo había tres mil musulmanes nacionales de los quince mil musulmanes que allí había; el resto, o no tenían papeles de ningún tipo o tenían la tarjeta estadística: han nacido en la ciudad pero siguen siendo marroquíes. En el proceso de regularización que hubo entre 1986 y 1990, la gente tuvo que optar entre la nacionalidad española y la marroquí.

—¿Cómo afectó a la sociedad de Ceuta la regularización de los musulmanes de finales de los años ochenta?

—A la población cristiana de Ceuta le fue muy difícil aceptar esa nueva realidad social. Ten en cuenta que, de repente, una población que estaba en inferioridad jurídica, que no tenía ningún derecho, no tenía derecho a votar, no tenía derecho a ayudas, pasó de eso a encontrarse con los mismos derechos que los demás. Al principio el encaje fue muy difícil, de hecho muchos de los políticos que ahora hablan de interculturalidad y que se llenan la boca de palabras políticamente correctas firmaron pactos para no incluir a ningún musulmán en sus listas. Ahora lo que pasa es que se trata de una cuestión puramente electoral, ahora saben que necesitan esos votos.

—Pero ahora los musulmanes ya tienen partidos políticos que los representan.

—A finales de los ochenta y principios de los noventa los partidos políticos localistas se cerraron en banda a la participación de la población musulmana, como si esta población que se había nacionalizado se fuera a levantar de repente un día y a volverse contra ellos. La importancia de los partidos musulmanes llega a partir del año 1995. De todas formas, esos partidos musulmanes van perdiendo fuelle; ellos mismos no lo entienden, muchos líderes musulmanes me lo dicen: «¿Cómo es posible que seamos más y nos vote menos gente?». Una de las razones por las que sucede esto es porque el Partido Popular, que lleva gobernando catorce años, ha ido introduciendo en sus políticas las reivindicaciones de esos partidos musulmanes; entonces, ¿para qué votar a un partido

musulmán que no tiene poder pudiendo votar al Partido Popular, que hace políticas similares y tiene el poder? Yo siempre digo que en Ceuta no harán falta partidos musulmanes porque partidos generalistas como PP y PSOE acabarán haciendo sus políticas. La población cristiana observa esto con bastante miedo, o por lo menos con recelo.

—En la última década la población musulmana se ha islamizado; por el contrario, la cristiana se ha secularizado. ¿Cómo influye esto en una sociedad tan peculiar como la ceutí?

—Tenemos una sociedad de ochenta mil personas en un espacio muy reducido, en la cual la mitad está sufriendo un proceso de secularización muy fuerte, como en el resto de España y de Europa. La otra mitad sufre un proceso inverso, un proceso de involución, de vuelta a los orígenes, es decir, la práctica religiosa de los musulmanes ceutíes en los años ochenta era menos fuerte que la de ahora. Ese es uno de los grandes conflictos que puede haber aquí en la ciudad. La población cristiana no comprende a la población musulmana. Parte de la población musulmana que está en ese proceso de vuelta a los orígenes intenta imponer ese criterio en el ámbito público, y ahí hay otro elemento de fricción. De momento se ha ido llevando más o menos bien, pero eso no quiere decir que con el tiempo no se vaya a ir radicalizando. Se nota que la población musulmana de Ceuta se ha vuelto más rigorista porque el uso del hiyab entre la mujer se ha extendido. Como muestra, puedes ir a la facultad y ver las fotos de graduación de los años ochenta, y las comparas con las de ahora; es muy evidente el cambio; antes igual encontrabas una con el pañuelo, ahora la mitad va con hiyab.

Las opiniones de Carlos Rontomé están muy alejadas de los discursos políticamente correctos que se suelen escuchar de las fuentes oficiales; según sus palabras, la sociedad ceutí no es el idílico ejemplo de multiculturalidad con que se suele asociar a la Ciudad Autónoma de Ceuta. La brecha que separa las dos comunidades cada día se hace más patente; en una sociedad tan polarizada como la ceutí, las ideologías extremistas pueden calar con mayor facilidad, como se ha visto con los numerosos casos de yihadistas que han salido de aquí. El profesor Rontomé sigue reflexionando acerca de la deriva de la convivencia en la ciudad.

—El Gobierno de la ciudad ha cometido gravísimos errores,

como por ejemplo dar mucho poder al Tabligh. Ellos han preferido, orientados por el Centro Nacional de Inteligencia, que es lo más alucinante, apostar por unas asociaciones o entidades religiosas que no fueran muy promarroquíes, porque era una forma de fastidiar a Marruecos. Entonces lo que se hizo fue favorecer a las asociaciones que están dentro de la Unión de Comunidades Islámicas de Ceuta (UCIDCE), pero sobre todo al Tabligh, que se ha hecho con el poder dentro de la UCIDCE.

En Ceuta hay dos grandes federaciones musulmanas, la UCIDCE y la FEERI (Federación Española de Entidades Religiosas Islámicas). Esta última siempre ha estado muy ligada al Marruecos oficial, y la forma de tensar la relación con el reino alauí fue no darle cabida en Ceuta, favoreciendo cualquier corriente que no viniera de Marruecos. Así, indirectamente, se favoreció al Tabligh, que es mucho más rigorista que la FEERI. Le pregunto a Carlos qué opina al respecto.

—Es complejo. El presidente de la UCIDCE, Larbi Maateis, como le han recortado las subvenciones ahora está amenazando: dice que cómo va a controlar o reducir el yihadismo entre los jóvenes si no hay dinero, que es como decir «o dame dinero o no sujeto a la gente», si es que realmente cree que tiene ese poder. Si escuchas el discurso de los imanes que trae la UCIDCE, alucinas en colores; son casi todos como Benaisa, el famoso imán que dijo en la televisión pública ceutí que las mujeres que se perfumaban eran unas fornicadoras.

Carlos reconoce que sus opiniones no gustan ni al Gobierno de Ceuta ni a la Unión de Comunidades Islámicas, pero que no por ello dejan de ser completamente ciertas y contrastables.

—¿Por qué El Príncipe se ha convertido en un lugar propicio para reclutar yihadistas? He oído las opiniones de varias personas ya, pero me interesa mucho la tuya.

—Porque El Príncipe se ha convertido en un lugar aislado donde no hay un control institucional. Lo que sucede es que allí hay mayor vulnerabilidad a ese tipo de llamadas: si vives en una situación de marginalidad, tienes más posibilidades de caer en la delincuencia; aquí además le añadimos el factor religioso, que proporciona algo que no aporta la delincuencia, y es dar un sentido a las cosas, la pertenencia al grupo, verse reconocido.

—¿Cuál es el perfil tipo de yihadista que ha sido captado en El Príncipe?

—Son personas especialmente vulnerables.

—¿Cómo saben los captadores que esa persona puede entrar?

—Pues son capaces de percibir quién es débil. Pongo por ejemplo los colegios: sin que nadie diga nada, hay niños que son víctimas de acoso porque el grupo sabe o capta que esa persona es débil o vulnerable. En El Príncipe exactamente igual; son gente muy cercana, no son redes que vienen a captar de lejos, son gente de allí que conoce el barrio, conoce lo que sucede, conoce a la familia, los problemas de cada uno, y acude a personas que parecen vulnerables y que pueden ser fácilmente captables. Muchos de los chicos que son captados tienen carencia de valores, no tienen una formación sólida, por eso son más fáciles de manipular y convencer. De repente encuentran en el grupo, a través de la religión, un sentido a sus vidas que antes no tenían, porque la situación, su realidad, no se lo había proporcionado, o ellos no han sabido encontrarlo.

—¿Para entender el fenómeno yihadista no habría que verlo desde otro punto de vista menos secular?

—Seguimos intentando comprender las cosas que suceden en otras religiones desde nuestro punto de vista, desde nuestra visión, intentamos buscar explicaciones económicas, como por ejemplo que lo hacen porque están mal de dinero. Yo lo que digo en este caso es: en el barrio de las tres mil viviendas de Sevilla, ¿cuántos terroristas ha habido? Pues ninguno. Indudablemente, para entender lo que sucede hay que conocer cómo influye el factor religioso. Desde nuestro punto de vista nos cuesta entender que alguien busque una identidad y que la busque precisamente ahí.

—¿Crees que el barrio del Príncipe es una cantera para el terrorismo yihadista? ¿Cómo es realmente el problema del yihadismo en El Príncipe?

—La versión oficial es que aquí no pasa nada, que en Cataluña hay más y en el resto de España también hay más casos. La realidad es que aquí hay un problema, que dentro del barrio hay una concentración muy elevada de personas que han sido captadas; antes ya lo habían sido para las guerras de Afganistán, esto no es nuevo, lo que pasa es que antes iban dos, tres o cuatro, y ahora van muchos más. Y están captando también a chicas, ahora se ha

abierto muchísimo más el perfil. Esto es una realidad.

»El ceutí de a pie no lo ve demasiado grave por dos razones: primero, porque El Príncipe es una lejanía, está ahí al lado pero parece que es otra galaxia; y segundo, porque no se han producido atentados en la ciudad. Los ceutíes piensan que si se quieren ir a Siria, que se vayan, mientras no les afecte a ellos. Aquí se tiende a mirar para otro lado al hablar de yihadismo; las instituciones no quieren plantear este tema porque sería abrir un problema. Si tenemos una tasa de un 1 por mil de señores que viven en El Príncipe y se van a Siria, aunque esa cifra es muy pequeña, el problema está ahí, así que vamos a hablar de ese problema. Si empezamos por no admitir que tenemos un problema, el problema se puede hacer más grande.

—Los yihadistas ceutíes que se han ido a Siria o a Irak podrían volver, ¿no se siente temor en la ciudad por su regreso?

—Creo que los retornados van a ser pocos, pero cuando termine la guerra entonces nos encontraremos realmente con el problema. No va a afectar tanto como en Bélgica, Francia o Reino Unido, va a ser más fácil controlar su regreso que en otros países europeos. De todas formas habrá que ver las intenciones que traen los retornados, en el caso de que regresen.

—¿Seguirá habiendo casos en El Príncipe de células de captación yihadistas a pesar de las operaciones policiales?

—El problema de El Príncipe es que las redes de captación están en Marruecos; hay redes internas dentro de la barriada, pero también hay redes conectadas con el país vecino, y eso, junto con la porosidad de la frontera, hace que Ceuta esté mucho más expuesta a las redes de captación. El problema de la permeabilidad de la frontera del Tarajal (y lo fácil que es acceder para cualquier persona empadronada en la provincia de Tetuán) está ahí desde hace mucho tiempo. La población de la zona norte de Marruecos ha crecido muchísimo en los últimos años, debido en parte a su cercanía con Ceuta. Hay muchísima gente que vive del comercio y de todo lo que sale de aquí. Pero esa entrada masiva a la ciudad trae consigo que se cuelen una gran cantidad de radicales que pueden captar a jóvenes de El Príncipe. Controlar la frontera del Tarajal lo veo muy difícil. No creo que ninguno de los dos gobiernos tenga interés en cambiar las cosas.

—¿Crees sinceramente que los problemas de El Príncipe tienen solución? —Al escucharme, Carlos sonríe levemente y niega con la cabeza varias veces.

—Solución a corto plazo, ninguna; creo que eso se va a seguir enquistando. Lleva ochenta o noventa años con ese problema económico y social, y no creo que se solucione. Uno de los problemas que yo siempre he planteado es que no hay presencia física del Estado; la principal presencia de un Estado es a través de su cuerpo de seguridad; si no existe eso, no existe el Estado. Si la Policía Nacional no está ahí permanentemente, la sensación es que El Príncipe es una isla, está aislada del Estado.

—¿Y por qué no se pone una comisaría en El Príncipe?

—Me imagino que los sindicatos policiales y demás no querrán meterse en ese avispero, porque esto es muy fuerte. Meterse allí supone estar muy marcado y hay que vivir aquí en Ceuta. Aquí todo el mundo se conoce, hay muchas presiones. Pero se podría buscar la fórmula de que hubiese una presencia permanente haciendo rotaciones cada cierto tiempo, como las que se hacen en el Ejército. Es difícil hacer esto, pero es una de las cuestiones imprescindibles; el Estado debe tener el monopolio de la fuerza, porque si el Estado no la ejerce, otros lo harán. Las mafias y las redes de captación campan a sus anchas porque no tienen con quién competir, ocupan el espacio que debería ocupar la Administración. Eso es dejación de funciones, eso es dejar de ejercer lo que te corresponde ejercer... Claro que es incómodo, por supuesto que hay que enfrentarse a la propia policía, porque sus sindicatos tienen mucha fuerza, pero habrá que hacerlo por la seguridad de todos. Durante el tiempo que llevo en Ceuta he escuchado la misma petición una y otra vez, la necesidad de la barriada del Príncipe de tener una comisaría de la Policía Nacional. Tanta gente y tan dispar, personas de diferentes culturas, de diferentes ideologías y religiones que se ponen de acuerdo en un mismo tema, en que la barriada deje de ser una tierra sin ley. Y sin embargo así seguimos.

3

DELINCUENCIA Y MARGINACIÓN

Mohamed es el hijo mayor de Aicha y Abdelkader, tiene veinticuatro años y está en el paro. Su historia perfectamente podría ser la de los miles de jóvenes de El Príncipe: él tampoco terminó la ESO, como tantos otros; la cifra de fracaso escolar entre los jóvenes de la barriada se ha disparado hasta llegar a casi el 60 por ciento.

Mohamed está sentado en la cafetería de la plaza del Zoco. Al verme entrar se levanta y me ofrece un sitio, que me estaba reservando. Son las diez de la mañana y la cafetería está llena, como de costumbre; uno de los dueños, que siempre lleva un *tarbush* redondo, retira los vasos de té que han dejado los anteriores clientes y limpia la mesa.

—Nos pones dos tés y algo de comer —le digo al sonriente camarero.

El hombre nos dice a Mohamed y a mí que lo único que preparan son bocadillos de pan redondo tostado con atún y queso blanco, y nos pregunta si nos gusta. Le decimos que sí y se marcha directo a la cocina para preparar los desayunos que le hemos pedido.

—Aquí solo hacen eso para desayunar. La gente puede también comprar algo en la panadería de la plaza y comérselo aquí. En el barrio es lo más normal del mundo.

Como recordaba de mis primeros días, la clientela de la cafetería es de lo más dispar: jóvenes vestidos con ropa occidental y enganchados a sus móviles; hombres con chilabas, algunos de ellos con unas largas barbas que demuestran su acercamiento a un islam rigorista; viejos que pasan horas jugando al dominó o a las damas y que gritan extasiados cuando les sale una buena jugada..., todo como siempre envuelto en el mismo olor a hachís y a hierbabuena que inunda el ambiente y que crea una atmósfera característica en

la *qawashi* más frecuentada del barrio.

—Si quieres, puedo quedar con unos amigos para que conozcas un poco cómo es la juventud del barrio. No hay mucho que hacer por aquí, tenemos pocas opciones para entretenernos.

Mohamed saca de su bolsillo una cajetilla de tabaco rubio de la que extrae una piedra de hachís y un papel. El joven me mira y sonríe.

—Aquí es de lo más normal; mi padre hasta hace poco también lo hacía. Es lo que te decía, no hay mucho más que hacer.

El chico abre el cigarrillo y quema un trozo de hachís sobre el tabaco de la palma de su mano; una vez caliente, lo mezcla todo y lo pone en un papel para liarlo.

—¿Desde cuándo fumas hachís, Mohamed? —le pregunto mientras se enciende el porro.

—Desde los catorce años, pero así todos los días, desde los dieciocho. ¿Quieres probarlo? —me ofrece el chico.

—No fumo, gracias —respondo mientras pienso que indirectamente lo estoy haciendo al estar sentado junto a él respirando el denso humo que va soltando tras cada calada que da.

—No serás un poli, ¿no? —me suelta bromeando.

—No te preocupes, hoy no te voy a detener —le contesto continuando su broma.

El camarero trae dos vasos de té hirviendo y dos platos con los bocadillos de atún. El joven aparca el porro y comienza a comer, yo hago lo mismo. Aunque salta a la vista que no soy del barrio, a nadie parece incomodarle mi presencia. Creo que la gente ya se ha acostumbrado a verme por aquí; llevo muchos días pateándome el barrio y hablando con muchos vecinos. El hecho de venir solo, sin cámaras y ningún tipo de equipo de filmación, hace que la gente esté menos a la defensiva. Mi ascendencia árabe y el conocimiento del *dariya* también me permite pasar más desapercibido.

Terminamos el desayuno y salimos del establecimiento. En la plazoleta del Padre Cervós continúa el mismo trasiego de vendedores ambulantes, de mujeres que compran frutas y verduras traídas de Marruecos y de coches que hacen sonar sus bocinas al quedar atascados al comienzo de la cuesta de la calle Rafael Orozco. Mohamed y yo nos sentamos en el único banco libre de la plaza; el chico vuelve a encender su porro y le da varias caladas largas.

—He quedado aquí con un amigo. Lo único es que se suele levantar tarde, así que habrá que esperarle.

Mohamed me recuerda a los chicos que se buscan la vida desde muy jóvenes en las calles de Marruecos, jóvenes de barrios deprimidos como El Príncipe que han tenido que madurar a una edad muy temprana y que, al hablar con ellos, dan la impresión de que se las saben todas. Realmente son jóvenes inteligentes; la pena es que no hayan tenido una educación adecuada ni la fuerza de voluntad suficiente para enfocar esa capacidad en algo más beneficioso para ellos que delinquir.

—¿Es difícil crecer en El Príncipe?

—Aquí si eres débil te comen los otros chicos, porque impera la ley del más fuerte: para sobrevivir y buscarte la vida tienes que hacerte respetar. El problema es que muchas veces aunque estés alejado de los problemas, los problemas vienen a ti. A mi amigo le mataron a su hermano aquí, en esta plaza, y el pobre no había hecho nada; los asesinos se confundieron, iban a por otro y lo mataron a él.

La muerte de Munir

En El Príncipe todo el mundo recuerda a Munir Mgharbi como a un chico ejemplar. Su muerte causó una gran consternación en el barrio; hasta entonces no se había visto a los vecinos manifestarse contra la inseguridad y las bandas que campan a sus anchas por la barriada. Nadie entendía por qué el joven fue acribillado de esa manera, al lado de la puerta de su casa, cuando él nunca había estado relacionado con ninguna banda. La muerte de Munir demostró que nadie está a salvo en las calles de El Príncipe y que cualquiera podría perder la vida en uno de los muchos tiroteos que suceden en sus calles cuando se hace de noche.

El hermano de Munir se acerca a nosotros y nos saluda en árabe; los jóvenes se funden en un abrazo y comienzan a charlar de sus asuntos sin darse cuenta de que permanezco de pie su lado.

—También me llamo Mohamed.

El joven lleva una barba bien perfilada y un peinado de esos que llevan los jóvenes, rapado por los lados y por detrás, y de punta en

la parte de arriba, imitando el que debe de llevar Cristiano Ronaldo o algún otro futbolista famoso.

—Le he contado lo que le pasó a Munir. Si no quieres, no hablamos de ello, tío —le dice Mohamed a su amigo con delicadeza.

—No pasa nada, ya he hablado de eso tantas veces que no me importa hacerlo una vez más.

Le doy las gracias y le preguntó cómo sucedieron los hechos. El joven traga saliva y comienza a recordar el trágico día de la muerte de su hermano.

—Munir estaba en esta misma plaza sentado, puede que en el mismo banco en el que estamos ahora mismo nosotros. Eran pasadas las doce de la noche cuando vinieron a la plaza dos chicos con los cascos de la moto puestos, de esos que te tapan toda la cabeza. Se acercaron a donde estaba mi hermano con sus amigos, y en ese momento la gente comenzó a correr y mi hermano también salió corriendo. Sin preguntar nada, comenzaron a dispararle desde cerca; le dispararon siete veces, un disparo le dio en el corazón y allí se quedó. Al lado de la puerta de mi casa, intentando llegar hasta la entrada.

Se me hace un nudo en la garganta al escuchar al joven Mohamed y apreciar la serenidad con la que cuenta la trágica muerte de su hermano justo en el lugar donde sucedieron los hechos. Me imagino la tortura constante que debe de suponer para sus padres y para sus amigos pasar día tras día por el lugar donde acribillaron a su ser querido, la impotencia y el dolor que debe suponer, y no puedo más que preguntarme cómo pueden actuar tan impunemente las bandas locales. Recuerdo las palabras de Carlos Rontomé cuando me decía que el Estado debe tener el monopolio de la fuerza, porque si el Estado no la ejerce, otros lo hacen, y esos otros son los que la ejercen impunemente: las mafias, los traficantes y las células yihadistas. Es necesaria, desde mi punto de vista, una presencia permanente a modo de comisaría en el barrio, así seguramente casos como el de Munir no volverían a repetirse.

—Los asesinos se marcharon por donde habían venido en una moto y dejaron malherido a mi hermano. Pararon un coche que pasaba y se lo llevaron corriendo al hospital, pero no pudieron hacer nada para salvarlo porque la herida del pecho era mortal.

—¿Tu hermano no había tenido relación con las bandas?

—Para nada; mi hermano siempre estuvo alejado de todo eso. Él estudiaba formación profesional en el instituto Siete Colinas, era deportista y se acababa de comprometer con su novia. Tan solo tenía veinte años y toda una vida por delante. Los desgraciados que lo mataron iban a por otro, pero se equivocaron y lo confundieron con mi hermano, eso es lo que pasó.

El hermano de Munir no puede contener su tristeza y de sus ojos salen tímidamente unas lágrimas, que no tarda en secarse con la manga de su chaqueta. Nos levantamos del banco y comenzamos a caminar sin dirección, lo único que intentamos es alejarnos de la plaza donde el hermano de Mohamed fue ejecutado.

—¿Ha habido detenciones por el asesinato de Munir?

—Detuvieron a dos personas, pero enseguida los dejaron en libertad porque no hay pruebas suficientes contra ellos. Creo que los volvieron a detener en una operación policial contra las bandas, aunque estoy seguro de que se libran de la muerte de mi hermano.

El hermano de Munir se detiene junto a una tienda de alimentación y nos dice que tiene que hacer la compra para su madre, así que nos despedimos de él y seguimos caminando por las calles de la barriada. Bajamos una pronunciada cuesta hasta un parque infantil situado enfrente del polígono industrial y ubicado peligrosamente al borde de un barranco.

—Lo que le pasó a Munir fue por un ajuste de cuentas entre las bandas de tráfico de drogas de aquí —me dice Mohamed mientras observa alrededor por si hay alguien escuchándole—. Los asesinos iban a por el vecino del chico y se confundieron; iban a por el Harry, uno de los hombres del Vasco. El tío es de lo más malo que hay en la barriada; hace poco lo han encerrado.

—¿Cuántas bandas hay ahora mismo en El Príncipe? —le pregunto a Mohamed.

—Estaba Tafa Sodia, que era el más fuerte y al que más se temía en El Príncipe. Dicen que en la serie de televisión el papel de Faruk está basado en él, aunque conociendo a Tafa, si su hermana estuviera liada con un policía le habría cortado el cuello en medio de la plaza. A Tafa lo mataron durante el Ramadán hace un par de años, cuando estaba paseando por el paseo de la Marina con su mujer. Llegaron dos sicarios y lo acribillaron a balazos a la vista de todo el mundo. Se dice que fue un sobrino del Vasco y otro al que le

llaman Rambo; a este le detuvieron y ahora está en la cárcel. Hay mucha gente en la barriada que quería a Tafa; ayudaba a mucha gente que lo necesitaba. A mí personalmente me caía bien. Si le respetabas, te trataba bien, pero si ibas contra él ya podías esconderte en un agujero en Marruecos que te iba a encontrar y te lo iba a hacer pagar.

—¿La muerte de Munir guarda relación con las luchas de estos grupos?

—Claro que la tiene; a Munir lo mataron porque iban a por la familia del Vasco, y quien mandó a los asesinos fueron los de la banda de Tafa. Lo malo es que aquí muchas veces pagan los justos y los que hacen el mal salen intactos.

—¿Qué paso después de que muriera Tafa?

—Cuando murió Tafa se quedó como líder de la banda Nadir, su segundo, pero parece que hay un vacío de poder. El nuevo jefe de la banda no se deja ver mucho. Después de su muerte hubo muchos ajustes de cuentas, mucha violencia, tal vez la época más violenta que se recuerda, aunque desde hace un tiempo parece que todo está muy tranquilo. Ha habido muchas detenciones, ha caído la banda de Chakor, que se había hecho muy fuerte, y el famoso Nene, del que han hecho una película hace poco, *El Niño,* está desaparecido, se cayó al mar cuando le dispararon desde otro barco.

Mohamed Taieb Ahmed es toda una leyenda en Ceuta. Apodado El Nene por su precocidad en el narcotráfico, empezó a trapichear a los catorce años y durante casi veinticinco ha sido un ídolo para la juventud musulmana de Ceuta. Hasta su desaparición, en 2014, fue el amo de la principal ruta de hachís del mundo, la del Estrecho. En sus inicios, El Nene hacía tres travesías en una sola noche y navegaba en las condiciones más salvajes. Trabajaba para uno de los principales capos de Ceuta hasta que decidió establecerse por su cuenta. Con veinte años ya era su propio jefe y manejaba su negocio, sin admitir intromisiones de nadie. Fue detenido más de treinta veces, imputado y condenado en varias causas por tráfico de drogas, tenencia de armas e intento de asesinato, pero casi siempre salió más o menos airoso. En agosto de 2014 le dispararon desde una lancha mientras fondeaba en el mar con su embarcación y cayó al mar. Nadie ha vuelto a ver a El Nene desde entonces, pero la policía española no está muy convencida de su desaparición y corre

el rumor de que él mismo la decidió, puesto que al parecer estaba amenazado. Sea como sea, este es el perfil de los héroes de la juventud de El Príncipe, y resulta muy significativo.

Las bandas de narcotráfico y los ajustes de cuentas están a la orden del día en la ciudad de Ceuta. Se recuerdan y celebran todavía las hazañas de El Nene, de Tafa o de muchos otros como si de héroes mitológicos se tratara, alzándolos en pedestales y convirtiéndolos en verdaderos ejemplos a seguir. Muchos de los jóvenes del barrio carecen de expectativas de futuro, se sienten excluidos de la sociedad, y en vez de rebelarse contra su suerte y luchar como hacen otros que consiguen salir del mundo de la delincuencia y marginación a que están abocados, deciden coger el camino más fácil, el que creen que los conduce directamente al olimpo de los dioses del narcotráfico, pero que en la mayor parte de las veces los lleva a prisión o al cementerio de Sidi Embarek.

Continuamos nuestro paseo por la barriada y llegamos a una cancha de fútbol cercana; la pista está vacía, el suelo presenta numerosos agujeros, y el vallado del recinto ya casi es inexistente.

—Así están las pistas deportivas del barrio —me dice Mohamed mientras me muestra el estado de abandono de la pista de fútbol—, hechas polvo como casi todo aquí; hay dos campos más, pero no están mejor.

—¿Qué actividades podéis hacer en el barrio los jóvenes?

—Está el centro polifuncional, allí hacen talleres y cosas de esas. Hacen muchas actividades, sobre todo para mujeres y niños. Hay muchas mujeres en el barrio que nunca han ido a la escuela y que no saben leer ni escribir, y allí les enseñan. Está muy bien lo que hacen, pero el polifuncional es insuficiente, porque a los jóvenes de la barriada nos encantaría tener un polideportivo, estaría siempre lleno de chavales; además, crearía puestos de trabajo que vendrían muy bien por aquí. Muchas veces, al no tener nada que hacer, uno se come más la cabeza..., sales a la calle a buscar trabajo y no encuentras nada de nada, ni siquiera tienes dinero para tomarte un café o para coger el autobús. Es desesperante para mí depender de mi madre, que se deja la espalda limpiando casas a diez euros la hora, para tener algo en el bolsillo. Por eso es fácil caer en el mundo de la delincuencia, a veces no te quedan más opciones que trapichear con droga o trabajar para alguna banda.

—¿Te dedicas al tráfico de drogas, Mohamed? Puedes contármelo, no diré nada.

—De algo hay que vivir, amigo, no hay muchas salidas más. Durante unos meses me bajaba al polígono industrial de la frontera y cargaba fardos. El año pasado durante el Ramadán se puso la cosa violenta, la policía de los dos lados pegaba a los porteadores y la gente se hartó de la situación, la frontera se cerró y dejaron a miles de personas sin su única fuente de ingresos. Yo acabé harto de esa mierda, de que nos trataran como a animales en los dos lados, y le dije a mi madre que no iba a volver a trabajar allí nunca más. Mi madre me entendió y me apoyó. Poco después empecé a vender hachís, solo cantidades pequeñas; se la suelo vender a los chavales del centro y a los culeros que vienen de la península. Con el dinero que me saco puedo ayudar en casa, que buena falta hace.

—¿Y no hay otra opción para un joven que delinquir? ¿No has pensado en emigrar, como han hecho miles de jóvenes españoles que también estaban en paro?

Por un lado me pongo en la piel de Mohamed y comprendo las dificultades por las que pasan los jóvenes de la barriada, pero antes de tomar el camino de la delincuencia quedan otras opciones, como la de buscarse la vida en otro lugar donde pueda haber más posibilidades de futuro.

—Claro que lo he pensado —me responde Mohamed—, pero ¿adónde voy a ir? El problema es que en la península tampoco hay mucho trabajo, y además, ¿cómo voy a viajar a otro país si no conozco a nadie, si no conozco el idioma ni tengo dinero suficiente para el viaje ni para vivir allí? Yo me conformo con un trabajillo aquí que me pague lo suficiente para ayudar a mi familia y para pensar en formar mi propia familia, pero eso es un sueño. Aquí los jóvenes nos sentimos atascados, no sabemos cómo salir de esa situación. Es verdad, igual nos hemos conformado con esto, pero cuando te has cansado de vivir así te vienes abajo y se te quitan las ganas de hacer nada. Lo que no entiendo es que teniendo un problema tan grande de desempleo aquí, cada día entren en la ciudad miles de marroquíes para trabajar ilegalmente por dos duros. Las autoridades no deberían permitir esto; nos quitan un montón de posibilidades de trabajar.

El problema de los jóvenes de la barriada del Príncipe ya no es

solo una cuestión de falta de empleo, de fracaso escolar o de marginación; va más allá: se ha convertido en un problema que afecta a la autoestima y a la mentalidad de la juventud. El espíritu de lucha y de superación que debe ser la constante y el motor de la gente joven, en una gran parte de la población de El Príncipe ha desaparecido y ha sido reemplazado por un sentimiento de apatía, desgana y resignación que hace más difícil que estos jóvenes puedan salir adelante. Gran parte de la juventud de la barriada espera que los planes de empleo del Gobierno salgan a su rescate, que alguien ajeno a su entorno venga a salvarles, pero esto hace que los más jóvenes se conviertan en dependientes, en personas que no van a conseguir salir por ellos mismos sin una ayuda externa. El cambio de actitud en la sociedad de El Príncipe es fundamental, porque en cuanto una persona pierde ese espíritu de superación y de lucha está perdida, en cuanto uno se abandona y acepta la derrota como parte fundamental de su existencia, jamás volverá a ser dueño de su destino. El cambio para que la barriada mejore tiene que empezar por un cambio de la mentalidad de la gente. Si ni el Gobierno ni las instituciones parecen poder cambiar las cosas, este cambio tendrá que venir desde dentro.

Una redada al amanecer

Mi teléfono móvil está sonando; lo tengo en la mesilla de noche. Durante unos instantes dudo en responder o no a la llamada, pero decido levantarme y cogerlo. Para mi sorpresa es Mohamed, el hijo mayor de Aicha y Abdelkader.

—Ven aquí ahora, tío, ha habido otra redada contra yihadistas —me dice con la emoción de quien da una buena noticia a alguien.

—Te veo en el cafetín de la plazoleta en media hora —le respondo mientras abro la puerta del armario en busca de ropa para vestirme.

—OK, te veo allí a las once.

Salgo a la calle a toda prisa y me dirijo a la parada de taxis que hay junto a la plaza de la Constitución; siempre hay una larga fila de coches esperando clientela, por lo que no pierdo el tiempo y me subo en el viejo Mercedes 300 que hay en primer lugar. El camino

se me hace eterno. En la entrada a la barriada por el puente del Quemadero la presencia policial se hace más que evidente; un par de furgones controlan el acceso, registrando concienzudamente los coches que les parecen sospechosos. El taxi en el que viajo pasa sin ningún problema. Al llegar al colegio Reina Sofía le digo al taxista que me apeo, que prefiero continuar a pie ya que las calles de la barriada están colapsadas por el tráfico.

En la entrada a la cafetería me espera Mohamed; decidimos ir caminando por el barrio hasta la zona de las detenciones.

—¿Qué ha pasado, Mohamed?

—Lo de siempre, ha llegado la policía a eso de las cinco de la mañana y se ha llevado a dos parejas de hermanos. Siguen registrando la casa, no puede entrar ni salir nadie de allí.

—¿Conoces a quienes se han llevado?

—Claro que los conozco. Mohamed trabaja de camarero en una heladería en el centro. Me extraña mucho que se lo hayan llevado, porque jamás le he notado nada raro, nunca nos ha hecho ningún comentario que pudiera parecer que estaba metido en nada. Además, uno que fuera radical no sería camarero y pondría copas. Su hermano, Farid, sí que estaba metido en problemas; era delincuente y trapicheaba, hace tiempo le detuvieron por disparar a un tipo, pero eso no tiene nada que ver con terrorismo.

—¿Entonces no crees que tengan nada que ver con los yihadistas? —le pregunto a mi joven amigo.

—Estoy seguro de que Mohamed no tiene nada que ver, es amigo mío y a mí no me engaña. Conozco a otros que son radicales o que han ido a reuniones, y a esos se les nota de qué van, porque aunque intentan ocultarlo, acaban diciendo alguna frase o algo en lo que demuestran lo que les gustaría hacer. Además, la gente que se ha ido a Siria ha ido volviéndose cada vez más creyente; hay algunos que han dejado de ver a sus antiguos amigos porque fuman porros o porque no van a la mezquita. Mohamed es el mismo de siempre, no ha cambiado nada ni es más musulmán, ni es radical ni nada de nada; con él se han confundido.

—¿Y el hermano de Mohamed?

—Farid es otro tema. Formaba parte de una banda del barrio, había estado en la cárcel unas cuantas veces, y hace unos años disparó en las piernas a unos chicos del barrio por temas de drogas;

también disparó a una patrulla de la policía. Es un tío peligroso y la gente le tiene bastante miedo. No sé si se había radicalizado en la cárcel o tenía contacto con los takfiríes de Castillejos, pero con la gente de aquí yo creo que no.

Los takfiríes son un grupo extremadamente radical surgido de los Hermanos Musulmanes de Egipto que promulga la reducción a la categoría de infiel, apóstata o enemigo del islam a cualquiera que no comulgue con sus creencias, con especial fijación por los propios musulmanes, llegando a justificar la matanza de un musulmán por otro. Al grupo se le atribuyó el asesinato del presidente egipcio Anuar el Sadat en 1981. Es un grupo a cuyos miembros se les permite no cumplir los preceptos islámicos a fin de poder pasar desapercibidos en los entornos occidentales; pueden vestir ropas occidentales, no llevar barba, beber alcohol, fumar o comer cerdo para poder mezclarse con la población occidental sin levantar demasiadas sospechas y conspirar desde dentro para destruirla. Entre sus objetivos se encuentran tanto occidentales como los que ellos llaman «malos musulmanes», y entre los miembros del Takfir se incluyen Abu Qutada —líder de los terroristas del 11 de septiembre de 2001—, diversos miembros de Al Qaeda en Europa y España, así como algunos de los terroristas responsables de la matanza de Atocha del 11 de marzo de 2004.

Es la primera vez desde que estoy en Ceuta que alguien menciona a este grupo sectario, sobre cuya presencia en Ceuta yo tenía dudas. Siempre me había parecido contradictorio el comportamiento takfirí, pues cuesta concebir que un grupo tan hermético y tan extremista en sus planteamientos permita a los suyos saltarse a la torera todos los preceptos del islam. Cuando escucho a Mohamed hablar sobre ellos, me asaltan las dudas. ¿Estaré equivocado y realmente existe un grupo tan sectario y radical en Ceuta? Si es cierta su existencia, ¿su objetivo es tan atroz como el de acabar con todos los que no piensen como ellos?

La presencia policial en la calle todavía es grande. Los agentes, como me ha dicho Mohamed, han cerrado las callejuelas que dan acceso a la vivienda de los hermanos detenidos; cuando pasamos junto a ellos, los antidisturbios nos miran como si fuéramos sospechosos. Mohamed, incómodo por tanta presencia policial, me sugiere que nos vayamos antes de que la policía nos pida la

documentación para identificarnos, y yo le hago caso. Nos damos la vuelta y volvemos por el camino por el que hemos venido.

Mientras camino por las callejuelas de El Príncipe tomadas por la policía me pregunto si el detenido del que me habla el chico, el tal Farid, es un ejemplo de lo que una vez me dijo su padre, que existía una relación entre las redes de captación y el tráfico de drogas, que los grupos yihadistas salafistas de Castillejos utilizaban el dinero que generaba el hachís para financiar los viajes a Siria de sus miembros. Nos detenemos junto a la mezquita de Las Caracolas; por la calle no pasa ni un alma; aprovecho el momento de tranquilidad para preguntarle a Mohamed algo que rondaba por mi cabeza desde la última vez que hablé con él.

—Oye, me gustaría que fueras muy sincero, ¿conoces a alguien que forme parte de algún grupo yihadista?

El joven sonríe tímidamente, sabe lo que le quiero pedir y tras unos instantes que se me hacen larguísimos me responde.

—Claro que conozco a gente. Aquí todo el mundo conoce a todo el mundo.

—Te hablo de alguien cercano a ti, de algún amigo tuyo. —Vuelvo a la carga esperando una respuesta tajante.

—Claro que conozco a amigos. Uno del barrio que estuvo a punto de irse a Siria, antes de que detuvieran a Marquitos y a los demás. El otro está en Castillejos, es el más radical que conozco; aparentemente es un chico normal, pero luego tiene unas ideas muy locas en la cabeza, creo que es takfirí.

Las palabras de Mohamed me suenan a música celestial. Desde el momento en que llegué a Ceuta he intentado por todos los medios llegar a conocer en persona y tratar de entender los planteamientos de los que deciden tomar el camino del extremismo más radical.

—El problema es que resulta muy difícil que quieran hablar. El que vive en El Príncipe se salvó por los pelos de ser detenido en una operación, y desde entonces tiene miedo de que se le pueda relacionar con el yihadismo; es un buen chico pero muy reservado. El que está en Castillejos viene de vez en cuando al barrio a ver a la familia que tiene aquí. Puedo ponerme en contacto con ellos e intentarlo, pero no te prometo nada; es un tema muy delicado ahora mismo.

Seguimos con el largo paseo por la barriada y llegamos de nuevo al cafetín de la plaza del Zoco. Entramos y buscamos un par de sillas libres y una mesa vacía, y las encontramos en un rincón. El ambiente está enrarecido por la nueva operación policial, es la comidilla generalizada en todas las mesas. Afino el oído entre el griterío del bar y escucho la conversación de un heterogéneo grupo formado por mayores y jóvenes, vestidos de manera occidental y con chilaba, pero todos ellos indignados con el nuevo operativo policial. Todo el mundo en el local cree que el operativo policial es desmesurado y que se han llevado a prisión a personas que no tienen nada que ver.

—Se han llevado al pobre Redouan, que es retrasado —dice un chico joven que está frente a nosotros.

—¿Uno de ellos es discapacitado? —le pregunto a Mohamed.

—Si se han llevado a Redouan, entonces sí; tiene una deficiencia psíquica muy grande. Alucino si es verdad. ¿Qué va a hacer el pobre hombre si es un trozo de pan? Ese chico no le haría daño a una mosca. Si ese chico es terrorista, yo soy el papa Francisco —dice Mohamed entre bromeando y enfadado por la detención de un discapacitado.

Miramos la tele mientras participamos en las charlas de los parroquianos del cafetín de la plazoleta de El Príncipe; uno de los camareros busca el Canal 24 Horas y sube el volumen. En el informativo se habla de la operación antiterrorista que ha habido ese mismo día en la barriada; la gente mira el monitor en silencio y escucha con atención lo que se cuenta del tema. Al aparecer en imagen el ministro del Interior diciendo que las dos parejas de hermanos estaban muy radicalizados y que estaban a punto de cometer un atentado e incluso inmolarse, surge la indignación entre todos los presentes. Nadie parece creer la autenticidad de la noticia ni la información que está dando el ministro. «Vamos, hombre, que han encontrado armas... pues en el barrio hay muchas y no somos terroristas», dice un hombre que está junto a mí.

—La policía no distingue a un delincuente de un terrorista —exclama Mohamed también indignado.

El punto que enciende los ánimos en el cafetín surge cuando el ministro del Interior, Jorge Fernández Díaz, afirma que los detenidos tenían una fuerte preparación psicológica, además de

física y de entrenamiento en el manejo de armas. «Pero cómo van a tener una fuerte preparación psicológica si Redouan es retrasado mental», dice un hombre mayor vestido de chilaba. «El caso es decir que todos somos terroristas; lo que van a conseguir es que de verdad lo seamos», continúa hablando el viejo en un ambiente generalizado de indignación.

Es difícil saber cuánto hay de cierto en lo que estoy escuchando, tanto en la versión oficial como en la versión del cafetín; probablemente ambas versiones tengan un contenido real, o tal vez alguna de las dos sea mentira. Puede que las dos parejas de hermanos sean yihadistas muy radicalizados a punto de atacar, como cuenta convencido el ministro Fernández Díaz, o puede que Mohamed Al Lal sea solo un camarero totalmente inocente y que Farid sea un peligroso delincuente del barrio al que le gustan las armas pero que no tenga nada que ver con el yihadismo salafista; y puede que Redouan tenga una grave discapacidad psíquica, como todo el mundo dice.

Seguramente la verdad está en algún punto central entre la opinión institucional y la de los vecinos. Y es que quizá ni los buenos sean tan buenos ni los malos sean tan malos.

Vivir en el barrio como uno más

Hay demasiada distancia entre el mundo que veo en la marginal barriada del Príncipe y el que me encuentro cada vez que me bajo del taxi en la plaza de la Constitución y pongo un pie en la hermosa y ordenada ciudad de Ceuta. Cada vez que vuelvo a la tranquila habitación del Hotel Ulises en la que me alojo siento que me estoy alejando demasiado del barrio y de sus numerosos conflictos, que estoy a años luz de donde debería estar.

Decía Robert Capa que si tus fotos no son buenas es que no estás lo suficientemente cerca. Esa ha sido una máxima que he seguido durante mis viajes como reportero gráfico por países conflictivos. En mis primeras aventuras en países en guerra recuerdo la cara de sorpresa de otros periodistas occidentales cuando les decía que estaba alojado en la casa de una mujer en Kabul o que había cruzado Afganistán en un viejo todoterreno atravesando los

polvorientos caminos montañosos del país. Ese espíritu es el que no quiero perder. Porque siempre he pensado que no se puede contar una problemática social ni cubrir un conflicto desde la comodidad de un hotel, que no se puede saber lo que pasa en un sitio haciendo una visita en grupo o guiada a un lugar, como si de un turista se tratara, y en unas horas sacar conclusiones, como he visto hacer tantas veces a muchos periodistas en zonas conflictivas. Para comprender lo que pasa en un lugar hay que entrar y quedarse, respirar el lugar dejando los prejuicios y las ideas preconcebidas. Esa es la única forma de aprender algo, conocer lo que pasa, traerte un puñado de anécdotas y hacer un trabajo aceptable.

Desde mi aséptica habitación, recuerdo una y otra vez esa frase del maestro Capa como si de un aviso se tratara, un aviso de que me estoy acomodando demasiado, de que no estoy lo bastante cerca, de que tengo que dejar este hotel y meterme de lleno en El Príncipe. Mi único objetivo desde este momento es encontrar alojamiento en el barrio del Príncipe.

Llamo a todo el mundo, antiguos compañeros de trabajo que me dicen que conocen a gente allí y que me pasarán sus contactos, llamadas y más llamadas que luego quedan en nada. Después de muchos intentos fallidos, un buen amigo de Madrid me da el número de teléfono de una familia en El Príncipe y logro hablar con ellos: como favor personal hacia él me van a acoger en su casa.

Esta noche por fin podré dormir tranquilo; voy a disfrutar la cama de metro cincuenta de mi habitación porque seguramente a partir de mañana no estaré tan cómodo.

Espero con mi maleta en la parada de autobús junto al mercado del centro de la ciudad. Allí he quedado con un tal Samir para que me recoja y me lleve a su casa. Frente a mí, una larga cola de mujeres ataviadas con chilaba y hiyab esperan el autobús que las llevará a la frontera del Tarajal para regresar como cada tarde a sus casas en Marruecos. Después de ver pasar varios autobuses se detiene junto a mí un viejo Citroën gris y se asoma un hombre joven que me llama por mi nombre. A continuación subo al coche.

—Gracias por recogerme y por dejarme estar en vuestra casa.

—De nada. No te preocupes, está todo bien —me contesta Samir

con una sonrisa sincera.

Pronto me doy cuenta de que es marroquí y no habla bien el español. Samir es un tipo de complexión fuerte, su gran tamaño le hace conducir con el asiento echado todo lo atrás que puede. Si no fuera por su mirada bondadosa y por la tranquilidad con la que habla podría pasar perfectamente por portero de discoteca, aunque su tabique nasal roto me sugiere que ha tenido que usar sus puños alguna que otra vez.

—Me tengo que ir a la frontera, trabajo allí.

—¿Y cuál es tu trabajo?

—Llevo mercancías por la frontera a Marruecos. Soy porteador.

La frontera del Tarajal

Aparcamos el coche en un camino de arena que está sobre la carretera que conduce a la entrada de la aduana. Samir abre el maletero, saca dos bolsas grandes de nailon llenas hasta los topes de manteles de mesa y se las cuelga de los hombros; yo guardo mi maleta y cierro el maletero. Alrededor de nosotros, cientos de personas como Samir llevan también pesadas cargas y hacen el mismo camino hacia la frontera que hacemos nosotros.

—Allí había una escalera para bajar directamente a la aduana, pero la quitaron y pusieron esa valla, y ahora tenemos que ir cargados desde las naves hasta el fondo de la calle para volver a la aduana. Aun así, la gente salta la valla y lanza los fardos por encima.

Después de caminar unos doscientos metros, bajamos por las escaleras hasta la carretera que lleva al puesto fronterizo. Samir saluda a todas las personas con las que nos encontramos por el camino, sonríe y asiente con la cabeza cuando le pregunto si es muy conocido allí.

Llegamos a la aduana. Un centenar de personas aguardan a que los guardias civiles que custodian la entrada les den permiso para pasar, pero parece que ahora no dejan pasar a nadie. A lo largo del muro gris que franquea la entrada se va amontonando cada vez más gente. Los porteadores, en su mayoría mujeres mayores, aprovechan los fardos que cargan como asientos improvisados, y las que no

pueden aprovecharlos, amontonan cajas de cartón que hay tiradas en el suelo para sentarse sobre ellas.

—Ahora no se puede cruzar la frontera; a veces al otro lado dicen que no se puede pasar y nos quedamos aquí estancados.

Samir se sienta sobre una bolsa y yo le acompaño; a nuestro lado, las mujeres marroquíes charlan amistosamente y cuentan anécdotas de los cruces fronterizos que han hecho y las cosas que les han pasado.

La frontera parece abrirse de nuevo; todo el mundo se levanta y camina en dirección a la entrada ocupando la mayor parte de la acera; los cuatro guardias civiles sacan las largas porras que llevan y comienzan a empujar hacia la pared a los porteadores y a darles golpes. De repente, lo que era un ambiente tranquilo y de camaradería se convierte en un caos de señoras gritando y maldiciendo indignadas por el trato que están recibiendo.

—Pegan hasta a señoras mayores. Tenemos que aguantar esta humillación día tras día y no decir nada porque si no es peor —exclama Samir con gesto enfurecido.

Los cuatro guardias civiles consiguen a base de golpes e intimidación formar una sola fila pegada al muro en la que permanecen las porteadoras ya inmóviles; observan la fila satisfechos. Me sorprende ver que todos ellos son muy veteranos, casi a punto de la jubilación. Una mujer mayor marroquí se acerca a los guardias civiles y, para mi sorpresa, comienza a colgarse del cuello de los agentes que, sonriendo, van mandándola a que abrace al siguiente; todos ellos se mofan de la mujer, que también los acompaña en sus risas.

—Es una loca que hay siempre aquí —me dice Samir sin ganas de reír y girando su dedo índice en la sien.

Un mundo escondido tras un mundo, una realidad que no distingues hasta que no te detienes y observas. Eso es la aduana del Tarajal, un mundo de normalidad y otro de sufrimiento compartiendo el mismo espacio pero sin tocarse.

Había cruzado infinidad de veces a lo largo de mi vida el puesto fronterizo del Tarajal, preocupado solo por pasar cuanto antes el mal trago de la tediosa frontera bajo el sofocante y húmedo calor veraniego, con ganas solo de descansar en la casa familiar donde pasaba los veranos en mi juventud. Veía desde la comodidad del

asiento de atrás del automóvil cómo cientos de porteadores, la mayor parte mujeres, se amontonaban con sus fardos de mercancía cargados a la espalda esperando permiso para pasar la frontera y dejar los enormes bultos en Marruecos. Por entonces era un crío, no entendía nada; para mí era parte del decorado fronterizo y no comprendía lo sacrificado e ingrato que era ese trabajo y las calamidades que tenían que soportar esas gentes a diario. Hasta ahora, mientras observo haciendo cola con los porteadores junto a Samir.

Samir tiene cuarenta años. Llegó a Ceuta hace más de diez años cuando se casó con Fátima, una ceutí de segunda generación que tiene su misma edad; juntos viven desde entonces en la casa que tiene la hermana de Fátima en la barriada del Príncipe Alfonso.

—Esto es así todos los días; por mucho que nos vean pasar a diario y que nos conozcan, nos tratan como a animales. Seguro que tienen animales a los que no pegan como a nosotros.

Los guardias fronterizos dan permiso a los porteadores y estos empiezan a cruzar ordenadamente la reja con dirección a Marruecos. Samir se levanta de su asiento y carga en sus hombros primero una bolsa y luego la otra.

—Quédate por aquí, no tardaré mucho en volver.

El hombre sigue a los demás porteadores y acabo por perderlo de vista mientras camina por el estrecho túnel enrejado que lleva al otro lado de la frontera. Me quedo en la aduana viendo el ir y venir de gente muy dispar, turistas que se dirigen al país vecino se mezclan con trabajadoras del hogar marroquíes que se apean del autobús; traficantes que fuman hachís en los bancos cercanos a la playa y que pasan pequeñas dosis de droga a pocos metros de la Guardia Civil y de la Policía Nacional; niños que juegan en la arena negra de la playa ajenos al tumulto que hay alrededor, mientras un hombre está orinando encaramado en lo alto de la larga valla que separa la aduana y que le gana unos cuantos metros al mar, por donde de vez en cuando se cuelan nadando subsaharianos en su intento de llegar a España.

La frontera del Tarajal es otro de los submundos que existen en la pequeña Ceuta, un lugar gris por el que pasan al día más de veinte mil personas, un rincón lleno de embalajes, residuos, porteadores que en ambos lados de la frontera soportan

humillaciones y vejaciones para sacar con suerte en un día dieciocho míseros euros. Esta Ceuta, la que se ve en la frontera del Tarajal, jamás saldrá en una postal de la ciudad, pero es tan representativa, o incluso más conocida, que la plaza de la Constitución de la ciudad.

Después de un par de horas paseando por el lugar, por fin regresa Samir; me encuentra sentado en la parada del autobús que lleva al centro.

—Siento que hayas esperado tanto. Había atasco para entrar en Marruecos, hemos estado allí parados más de una hora.

—¿Cuántos viajes has hecho a Marruecos?

—He hecho cuatro —me contesta orgulloso.

—¿Y cuánto dinero te has sacado hoy?

—Quince euros. —Su cara pasa de orgullosa a impotente al reconocerme lo poco que gana al día.

Acompaño a Samir de nuevo al coche, caminamos a contracorriente entre el trajín de personas que van a la frontera con sus enormes bultos a pasos acelerados y con caras de cansancio. Samir saluda a todo el mundo, se detiene de vez en cuando y cuenta a sus compañeros porteadores cómo está el otro lado y lo que se está pagando por cada bulto. Entramos en el viejo Citroën y mi nuevo amigo me pregunta si quiero que me enseñe las naves, a lo que le contesto afirmativamente pues quiero ver de dónde sale toda la mercancía que luego se pasa a Marruecos.

El Polígono Industrial El Tarajal está situado entre la frontera del mismo nombre y el barrio del Príncipe; su estratégica ubicación le permite por un lado un rápido acceso a Marruecos y por otro mantener sus miserias ocultas, lejos del alcance del resto de Ceuta. Aparcamos en un improvisado aparcamiento que cuida un gorila muy delgado que lleva a modo de uniforme un peto amarillo fosforito y una larga barba descuidada.

—Rachid, te lo dejo aquí un momento, no vamos a tardar —le saluda Samir.

—No te preocupes. Oye, ¿te acuerdas del chico que vino con la pistola el otro día a las naves? Pues ha vuelto a venir esta mañana —le dice el hombre delgado a Samir.

—Tenemos que hacer alguna cosa con ese chico; un día va a pasar algo grave.

Miro a Samir y le hago un gesto para que me explique lo que pasa.

—Hay un chico de El Príncipe que se dedica a pedir dinero a los porteadores y los amenaza con una pistola —me cuenta Samir.

—Un día va a matar a alguien y vamos a tener un problema muy gordo —añade Rachid mientras se rasca su larga y descuidada barba.

—¿Y qué vais a hacer con él para solucionar el problema? —les pregunto a ambos.

—Hablaré con su hermano mayor para que le diga algo, y si no reacciona, seguro que alguien le da su merecido —contesta Rachid.

El hermano de Marquitos

Nos despedimos del hombre del aparcamiento y caminamos hacia la entrada del polígono industrial.

—El hermano de Rachid es famoso en El Príncipe. Es Marquitos.

Me detengo al instante y le pido a Samir que volvamos a hablar con él. Mi anfitrión se da la vuelta y llama desde lejos al hombre.

—Me gustaría hablar contigo, Rachid; me ha dicho Samir que tu hermano es Marquitos.

—Sí, es mi hermano. ¿Por qué quieres saber de él?

—Estoy escribiendo sobre El Príncipe y su historia me interesa.

—Ahora está en la cárcel, pero dentro de poco será su juicio. La policía también se llevó a dos sobrinos míos y al marido de mi sobrina.

—Se los acusa de pertenecer a un grupo que captaba y enviaba yihadistas a Siria; además dicen que tu hermano Marquitos era el líder —le comento como de pasada.

—Todo eso es mentira. Como la vez anterior en la operación Duna, en la que también detuvieron a mi hermano, no encontraron nada con lo que acusarle y le dejaron libre y sin cargos. Ahora es lo mismo otra vez, él no ha hecho nada; le detienen porque es muy creyente y eso no les gusta.

—Pero ¿no habrán montado una operación tan grande sin pruebas contra él?

—La operación Duna también fue lo mismo, parecía una guerra:

vinieron furgonetas de la policía por todos lados, con ametralladoras, entraron en las casas a base de golpes, montaron también mucho follón y al final no tenían nada contra los que detuvieron. Otra vez más de lo mismo.

Me dice Rachid, muy convencido, que todo se trata de una conspiración contra los suyos.

—¿Qué opinión tienes sobre los chicos que se han ido a la guerra de Siria?

—Yo respeto las creencias de cada uno; ellos quieren luchar por una causa que es justa para ellos, ¿quién soy yo para decir si hacen bien o hacen mal? En la Guerra Civil española venían de todos lados a luchar con los rojos y nadie los llamaba terroristas; también muchos marroquíes lucharon con Franco y tampoco se los llamaba yihadistas ni terroristas. ¿Por qué antes podías ir a un sitio a luchar por tus convicciones y ahora te meten en la cárcel? Lo que pasa es que hay una campaña para ensuciar la imagen de los musulmanes y que todos sean terroristas.

—¿Entonces estás de acuerdo con que los jóvenes se marchen a luchar con el Estado Islámico?

—Si creen que tienen que ir, pues que lo hagan. Si alguien de mi familia lo hiciese, yo le entendería.

Escucho los argumentos de Rachid y recuerdo haberlos oído anteriormente en otras conversaciones con otros vecinos del barrio. Hay mucha gente que está en contra de que los jóvenes se radicalicen y que se vayan a cometer atentados en Siria o en Irak, pero también hay gente que opina como Rachid, entendiendo y justificando el fenómeno yihadista.

—¿Qué opinas del atentado en París a *Charlie Hebdo*?

—¿Qué quieres que te diga? Ellos se metieron con lo más sagrado que tenemos los musulmanes. Sabían que lo que estaban haciendo nos iba a sentar muy mal. Por eso te digo que me parece muy bien lo que les hicieron, así se lo pensarán dos veces antes de meterse con el profeta. Lo de *Charlie Hebdo* me parece poco.

Cada poco tiempo Rachid interrumpe la conversación para indicar a los coches que pasan por allí dónde hay un hueco para aparcar.

—Nos llevan pisoteando a los musulmanes durante mucho tiempo, los europeos y los americanos no paran de bombardear y

matar a civiles indefensos en Irak, Afganistán, Libia, Mali y otros muchos países, y esperan que nos quedemos callados y no hagamos nada. Pues eso no va a suceder, ya se ha movilizado mucha gente y más gente lo hará, porque hay muchas personas que no aguantan todas las injusticias que se han visto contra los musulmanes. En Palestina matan a miles de civiles y no pasa nada... Pues esto va a cambiar tarde o temprano con la ayuda de *Allah subhanna wa ta'ala*. Esto es solo el principio.

—¿Crees que va a salir más gente de Ceuta para luchar con el Estado Islámico?

—Claro que sí, hay mucha gente que está deseando ir para allá.

Poco tiempo ha tardado Rachid en mostrar sus opiniones más radicalizadas, unas opiniones que para él están justificadas en el maltrato que desde su punto de vista han sufrido los musulmanes durante las diferentes guerras que comenzaron tras los atentados del 11-S. Con el tiempo, el germen del odio hacia lo occidental ha ido creciendo y tomando sentido para muchos jóvenes musulmanes europeos que se han sentido al margen de una sociedad occidental que los ve como una amenaza. Estos jóvenes, a diferencia de sus padres, que profesaban generalmente un islam moderado, han sido influidos por personas y grupos que buscaron en el islam más rigorista una justificación a su odio. Pero no todos los que piensan de esta manera se acaban convirtiendo en terroristas. He conocido a mucha gente radical, con una visión de la religión o de la política extremista, que no va a cometer ningún acto violento. El factor que diferencia a una persona extremista de una que acaba siendo captada y que con el tiempo termina cometiendo un atentado es la vulnerabilidad mental, la facilidad para modificar sus principios e insertar en su cerebro el mensaje violento y hacerlo propio.

Nos despedimos de Rachid posponiendo la conversación para un lugar más tranquilo. Samir me informa de que la familia de este hombre vive junto a su casa y de que me será muy fácil volver a hablar con él o con alguien de su familia sobre la situación de Marquitos y de los demás detenidos en la operación antiterrorista.

De nuevo nos adentramos en el estresante y tumultuoso mundo de los porteadores de la frontera del Tarajal. Atravieso junto con Samir una de las enormes puertas de entrada al polígono. Veo por todos lados una gran cantidad de policías nacionales antidisturbios vigilando la entrada y colocados en cada esquina; a diferencia de la barriada del Príncipe Alfonso, que está pegada al polígono, aquí el control policial es absoluto. La sensación que se respira es de tensa calma. Al parecer, según me cuenta Samir, los ánimos están caldeados porque la frontera durante muchas horas ha estado cerrada al paso de los porteadores, lo que ha hecho que mucha gente esté enfadada porque cuanto mayor tiempo pasen parados, menos viajes hacen y en consecuencia menos dinero ganan ese día.

—La gente está enfadada hoy. No nos dejan trabajar —me reconoce Samir mientras observo a cientos de porteadores mirando con mala cara a los policías que los empujan intimidándolos con sus porras.

—¿En qué consiste vuestro trabajo aquí? Porque me parece todo un poco caótico...

—Los comerciantes de Marruecos vienen aquí y compran las mercancías en las naves. Hay gente que de golpe compra treinta mil euros de mercancía, y en vez de alquilar un camión y un transportista para que cruce la frontera, con lo que tendría que pagar mucho dinero en impuestos, lo deja aquí y paga a los porteadores dinero para que vayan pasando poco a poco su compra por la frontera. A nosotros no nos pagan directamente los comerciantes que compran aquí, sino intermediarios suyos que se llevan su porcentaje por mandarnos a nosotros.

Seguimos caminando por las calles de la nave hasta que llegamos a una zona en la que solo hay mujeres marroquíes con grandes bultos atados a sus espaldas. También ellas esperan ante la vigilancia de los antidisturbios; en sus rostros se puede notar su desagrado por el parón laboral que están sufriendo. Conversan y protestan por esa situación que repercutirá en su paupérrima economía.

—Mira a todas estas mujeres. Los maridos están en Marruecos sin hacer nada mientras ellas sufren esta miseria. No tienen vergüenza, yo antes me quito la vida que dejar a mi mujer aguantando palos y sufrimiento. Muchas de ellas pasan la noche

aquí para guardar su turno.

—Pero los porteadores marroquíes no pueden pernoctar en Ceuta, tienen que salir en el día y volver a Marruecos, ¿no es cierto?

—Pues sí, se supone, pero eso ya nadie lo controla. Por esta frontera puede pasar cualquiera, aquí hemos visto de todo, hasta gente sin documentación o que pasan la frontera con documentación falsa.

Samir me confirma lo que ya había oído tantas veces desde que llegué a Ceuta: la frontera del Tarajal es un auténtico coladero; entre las veintisiete mil personas que según el Gobierno de Ceuta atraviesan a diario este puesto fronterizo, es muy fácil que se cuelen traficantes de droga, inmigrantes ilegales o lo que desde hace poco preocupa a las autoridades, que entren redes de yihadistas con intención de captar o atentar en territorio español.

—¿Es este un lugar peligroso, Samir?

—Sí que lo es, sobre todo cuando se hace de noche. Hay gente que viene de Marruecos con navajas y piden dinero a los porteadores para poder trabajar aquí. Hace poco pegaron un navajazo a un chico por la espalda porque se negó a dar dinero a esta gentuza. Ahora ese chico está en el hospital, ha estado a punto de morir. También hace poco un hombre se cayó de la valla que está al lado de la aduana y se golpeó la cabeza; se ha quedado bastante mal, el pobre hombre solo quería atajar para pasar cuanto antes la frontera y ganarse unos euros.

Es difícil entender cómo es posible que, sabiendo que este lugar es un foco incesante de conflictos y que la frontera del Tarajal no puede controlar el volumen de gente que quiere entrar en Ceuta, lo que repercute en la seguridad de la ciudad y por tanto del resto del territorio español, no se haga nada para remediarlo. La política de mirar hacia otro lado solo trae problemas, algo que ya ha quedado de sobra demostrado en El Príncipe.

En casa de Fátima y Samir

Ya es de noche. El viento sopla con fuerza en la ladera del monte donde se asienta El Príncipe, trayendo del mar un frío húmedo al que es imposible acostumbrarse o hacerle frente. Samir deja

aparcado su coche en un enorme descampado que hay al final de la calle de la mezquita de La Caracola, en la zona baja del barrio, en una zona conocida como Arcos Quebrados. Bajamos del automóvil y comenzamos a ascender por las cuestas sin asfaltar en dirección hacia las casas que están en lo alto de la colina.

—Cuando llueve, aquí es imposible moverse. Imagínate caminar con niños o con personas mayores...

El lugar donde vive Samir con su familia es una de las zonas más abandonadas de la barriada; por los laterales del camino por el que ascendemos se acumulan escombros y todo tipo de residuos. Me resulta curioso ver junto a un montón de desperdicios un volquete verde de gran capacidad que permanece vacío. Samir me mira y sonríe ante mi asombro.

—Aquí a veces salen ratas. Una vez entró una serpiente en nuestra casa —me cuenta Samir con una normalidad pasmosa.

Ascendemos por una escalera hecha de bloques de hormigón muy deteriorados que poco a poco se han ido deshaciendo hasta que desaparecieron muchos de los escalones, convirtiendo la subida en un auténtico reto para el equilibrio de quien se atreva a hacerlo.

—Ya ves por dónde tenemos que subir. Los vecinos hicimos esta escalera porque no había forma de llegar a nuestras casas. Nos tienen abandonados. Un día alguien se va a romper la cabeza aquí —me dice Samir contrariado.

La calle en la que viven se encuentra a oscuras. La bombilla de la única farola que ilumina la zona, según me cuenta Samir, lleva fundida tres semanas, algo a lo que parece que ya se han acostumbrado. El hombre se detiene junto a una casa baja con tejado de chapa y golpea varias veces en la puerta metálica.

Me llama la atención el contraste entre su humilde casa y las cuidadas y elegantes construcciones de sus vecinos. El barrio del Príncipe está lleno de este tipo de diferencias; hay casas construidas que muestran una descarada ostentación junto a otras que a duras penas se mantienen en pie. La explicación de este fenómeno llega una vez que se conoce un poco más de los dueños de muchas de esas casas, cuando se descubre que viven o han vivido del narcotráfico.

Nos abre la puerta una mujer de una edad que no me atrevo a precisar, ya que en mi opinión el hiyab hace que una mujer parezca

mucho mayor; de la mano sujeta a una niña con el pelo alborotado que no debe de tener más de cuatro años.

—*Salam aleikum*, soy Almanzor.

—*Aleikum salam*, yo soy Fátima. Pasa, estás en tu casa.

Acompaño a la familia por un pasillo hasta un amplio salón que me sorprende por sus elegantes molduras de escayola en los techos y por una enorme rinconera *beige* que le dan a la estancia cierto aspecto señorial que no tiene nada que ver con la pobre fachada de la casa. Me vienen a la memoria las casas de los zocos que he visto en tantas ciudades de Marruecos, ubicadas en estrechas calles llenas de socavones encharcados y malolientes, y en cuyo interior se descubren verdaderos palacios cuando en el exterior de la vivienda todo hace pensar que se trata de poco menos que un tugurio. La casa donde viven Fátima y Samir está muy lejos de esas casas a las que me refiero, pero tienen en común ese sorprendente interior, muy diferente al que se espera antes de cruzar el umbral de la casa.

Nos sentamos en el largo sofá; en la mesa de centro hay té y varios platos con pastas. Samir echa el té en los vasos.

—Gracias por acogerme en vuestra casa. Sois muy amables.

—Eres amigo de la familia, eres bienvenido. Esperamos que estés a gusto con nosotros.

Fátima Chellah tiene cuarenta años, y según me cuenta vivió durante mucho tiempo en Madrid con su hermana; al quedarse sin trabajo decidió volver a la barriada e instalarse en la casa en la que vive ahora, y que pertenece a su hermana, emigrada en Bélgica.

—Ya me gustaría que esta casa fuera mía —me responde la mujer cuando le digo que me parece muy bien decorada—. Vivimos aquí de prestado, mi hermana tiene pensado vender la casa, y cuando eso pase entonces a saber a dónde vamos a ir —me dice mientras sujeta y acaricia el pelo de la pequeña que tiene en su regazo, intentando desenredar su pelo rizado—. Además tengo a mi hermano conmigo; tiene un 86 por ciento de invalidez, el pobre está en esa habitación sin poder moverse... Ven, acompáñame y lo ves tú mismo.

Acompaño a Fátima hasta una habitación contigua al salón. En la penumbra del cuarto solo iluminado por la luz que sale del televisor veo a un hombre tumbado sobre una cama pequeña con la cabeza ligeramente levantada por dos almohadas que mira

hipnotizado lo que sale de la tele, ajeno por completo a mi presencia.

El olor en el cuarto es muy fuerte, mezcla de pañal que necesita ser cambiado y desinfectante; el olor se hace más intenso cuanto más me acerco al hombre, postrado en la cama de esta habitación sin ventanas.

—Hola, me llamo Almanzor. ¿Cuál es tu nombre?

El hombre ni siquiera hace el amago de mirarme; aunque me interpongo entre él y el televisor, parece como si siguiese mirándolo.

—Se llama Harafa, y no te va a hablar. Aparte de la parálisis tiene también una enfermedad mental, tiene esquizofrenia.

Trago saliva y vuelvo sobre mis pasos hasta la entrada del cuarto donde está Fátima. No me puedo ni imaginar lo duro que debe llegar a ser acabar en una situación tan cruel como la que vive el pobre Harafa, ni lo duro que puede ser para un familiar ver a un ser querido en un estado tan deprimente.

—¿Qué le pasó a tu hermano? —le pregunto a Fátima junto a la puerta del pobre hombre, que mira el televisor fijamente casi sin parpadear, con la mirada perdida en algún punto de la pantalla, convertida en su único entretenimiento.

—Iba por la calle, tuvo un accidente, se cayó y se partió la médula espinal. Le evacuaron para Cádiz y estuvo seis meses ingresado allí. Durante el tiempo que estuvo ingresado, perdió el empadronamiento aquí.

—¿Qué nacionalidad tiene tu hermano?

—Realmente no sé qué nacionalidad tiene, porque él tiene una residencia, se supone que es extranjero, pero en la misma residencia pone: país y lugar de nacimiento, Ceuta, España, y luego pone extranjero.

—Así que, aun naciendo aquí y siendo hijo de un ceutí, ¿no tiene la nacionalidad española? —le pregunto a Fátima, incrédulo ante la situación que me está contando la mujer.

—Sus padres tenían nacionalidad española, sus hermanos también, y él tiene una partida de nacimiento de aquí; además, el muchacho, desde que nació, ha residido en el mismo domicilio hasta hace dos años, cuando lo cambié aquí conmigo. En Marruecos no lo reconocen y en España tampoco.

—¿Cómo es posible que esté en esa situación y que todavía no tenga la nacionalidad española?

—Cuando tenía dieciséis años salía con sus amigos de aquí, se emborrachaban, fumaban, se peleaban, robaban en supermercados y, claro, por eso sus antecedentes fueron aumentando. Cuando se regularizó la situación de la gente aquí, a él le denegaron la nacionalidad por esos antecedentes. Cada vez que solicitaba la nacionalidad le venía denegada de Madrid. Desde hace más de veinte años no tiene antecedentes penales ni policiales, y sin embargo le han seguido negando la nacionalidad.

—¿Cuándo fue la última que solicitó la nacionalidad?

—Me parece que fue hace unos diez años, ahora es más difícil porque le tendrían que hacer preguntas y debido a su estado mental no puede responder. Él ahora mismo se ha aislado, no quiere comer, hay días en que no habla y otros en que habla solo.

—¿Pero sale a la calle o está siempre en esta habitación?

—Antes salíamos a la calle, pero un día lo puse en la puerta de la casa y los chicos de aquí empezaron a burlarse de él y a tirarle piedras. Entonces ya no quiso salir más a la puerta. Además, ¿qué ve en la puerta? Escombros, basura, ratas y cucarachas. Y salir con una silla de ruedas por aquí es una odisea, ya has visto como está la calle. En invierno es mucho peor, con el suelo con baches, con el barro, es imposible.

»Cuando tenemos que llevarlo al médico es horrible; si viene una ambulancia, tenemos que cogerlo entre los dos enfermeros, mi marido y yo, y bajarlo por esas escaleras, que son peligrosísimas. Mi hermano es como si estuviera enterrado en vida, porque está en esa habitación y no sale de allí.

Fátima rompe a llorar mientras me cuenta la historia de su hermano. Samir la coge del brazo y la sienta de nuevo en el sofá, mientras la niña pequeña mira a su madre sin entender por qué llora ni la triste historia de su tío.

—¿Recibe tu hermano alguna pensión de invalidez o algún tipo de ayuda?

—No recibe nada de nada, incluso los medicamentos tenemos que pagarlos nosotros. Él no tiene derecho a recibir nada porque no es español. Le piden como requisito estar empadronado durante cinco años en España, aunque mi hermano lleva aquí toda su vida,

jamás ha salido de Ceuta, salvo cuando tuvo el accidente y lo llevaron a Cádiz.

—¿Y su empadronamiento no lo refleja?

—Cuando fui a pedir un histórico de su padrón me dijeron que solo tiene cuatro años. Él ha tenido siempre la tarjeta estadística y luego el TIR [transeúnte sin permiso de residencia]; me dijeron que la última documentación es la que acredita el tiempo que lleva aquí, y son solo cuatro años. Es increíble pero cierto, por problemas burocráticos mi hermano no puede recibir una ayuda que debería recibir como español que es de nacimiento.

—¿Qué necesitaría tu hermano para mejorar su situación?

—Una ayuda económica y no estar pagando medicación, ni pañales, ni nada, eso para empezar, y después solicitar un piso donde él pueda vivir en condiciones dignas. Una casa habilitada para una persona discapacitada, en una zona en la que pueda salir a la calle con seguridad, porque aquí no se puede con la silla.

Intento beber de mi vaso de té y terminar uno de los dulces que he empezado a comer, pero el estómago se me ha cerrado. En mi olfato se me ha quedado instalado el olor ácido del pañal sin cambiar del hermano de Fátima, y no puedo dejar de sentirlo, aun cuando respiro el vapor del té de menta de mi vaso.

—Antes me has dicho que la casa es de tu hermana y que os va a echar a tu familia y a tu hermano de esta casa, ¿cómo es posible eso? —le pregunto para entender algo que me resulta tan difícil creer.

—Mi hermana me ha dicho que le da igual nuestra situación. A ella no le importa, la casa la tiene ya prácticamente vendida. Nadie se lo cree cuando les digo que mi propia hermana nos quiere dejar en la calle. Si por lo menos tuviésemos un trabajo, cogeríamos un alquiler, pero en la situación en que estamos, no tenemos a dónde ir si nos echan de aquí.

—¿Cuánto tiempo lleváis en paro?

—Yo llevo seis años en paro, mi marido lleva cinco sin trabajo. Cada vez que se acercan las listas del plan de empleo, me mandan una oferta de trabajo que consiste en trabajar quince días, o una suplencia de un mes, me dan de alta y se me va toda la antigüedad; las primeras veces dices vale, pero las que te envían son ofertas basura, simplemente para quitarte la antigüedad. Yo hago una

suplencia, me dan de alta, la hago y luego se me pierden los seis años. El plan de empleo en Ceuta es muy injusto, porque algunos no tienen ninguna carga familiar y los llaman continuamente para trabajar, y a otras personas, como nosotros, con niños y gente a su cargo, no las llaman para trabajos que duren y que merezcan la pena.

—¿Recibes alguna ayuda?

—La ayuda de la niña, que son ciento cuarenta y cinco euros cada seis meses. Pero prácticamente no puedes hacer nada con ese dinero: comprarle la ropa del colegio, algo de ropa para ella, porque enseguida se le va quedando pequeña, los zapatos lo mismo y poco más. También recibimos ayuda en el economato de la Cruz Blanca; mañana mismo recogemos nuestra compra del mes.

—¿Qué ingresos entran en la casa?

—Ninguno. Lo que se saca mi marido cargando bultos en la frontera. A lo mejor pasa un bulto por un euro o por euro y medio. Para sacarse veinte euros tiene que estar todo el día en la frontera haciendo viajes. El mejor día de trabajo se puede sacar veinte euros, saliendo a las doce de la mañana y volviendo a casa sobre las doce de la noche.

La vida no le ha sonreído a Fátima Chellah. Cuando era joven intentó escapar de la vida que le esperaba en El Príncipe, se fue a Madrid y consiguió un buen trabajo como secretaria en la embajada de Irak; parecía que la vida empezaba a sonreírle, pero esos buenos tiempos duraron poco porque su madre enfermó gravemente y tuvo que volver a la barriada para hacerse cargo de ella. Al poco tiempo esta falleció y sus sueños de conseguir una vida mejor lejos de Ceuta comenzaron a apagarse hasta que solo quedaron bonitos recuerdos.

—Fátima, ¿cuáles son los problemas que hay en El Príncipe? ¿Es un barrio tan peligroso como se pinta en televisión?

—La verdad es que aquí hay mucha delincuencia, es un barrio muy inseguro. Hay mucha gente que viene de Marruecos y se queda, aunque se supone que no pueden pasar la noche aquí. Hay gente buena y mala, como en todas partes, pero como es un barrio al que no sube la policía, como aquí todos somos moros..., pues que se maten entre ellos. Aquí se queman muchos coches. Justo aquí, en el descampado, quemaron un coche y no vinieron los bomberos

hasta que llegó la policía; para entonces ya se había propagado el fuego y había quemado tres coches. El humo entró en mi casa y casi ahoga a mi hermano mientras mi hija gritaba de miedo. También vienen los chicos a disparar sus armas al descampado; suelen venir a cualquier hora de la noche a probar sus pistolas, oyes los disparos y por miedo te alejas de las ventanas; es como tener un campo de tiro en la puerta de casa.

—¿Cuál es la situación en la que más miedo has pasado?

—La del incendio de los coches que te he contado y una vez que bajamos del autobús. Venía de recoger a mi hija del colegio, serían casi las tres de la tarde, y justo al bajar del autobús al lado de la panadería, empezaron los disparos, uno detrás de otro; tuvimos que meternos en la tienda mientras seguía el tiroteo y nos quedamos allí hasta que dejaron de oírse los disparos. Desde entonces me da miedo subir con la niña por allí; si tengo que ir a por el pan, la dejo con mi vecina, porque recuerdo eso y me da mucho miedo que le pueda pasar algo. Intento hacerlo todo por las mañanas; por la tarde no me gusta ir a comprar a las tiendas del barrio porque es cuando se despiertan los delincuentes. Muchas veces mi marido sube de noche a comprar algo en la tienda, y si se entretiene a hablar con alguien, yo me angustio porque me da miedo que le pueda haber pasado algo.

—¿Quiénes son los responsables de la delincuencia y la inseguridad del barrio?

—Son gente joven. Yo no quiero justificarlos, pero los comprendo; son gente que se tira todo el día en la calle. No hay trabajo, no se lo han puesto fácil para estudiar, ven que en su familia hay cinco o seis, o incluso todos sin trabajo, que no tienen una vivienda en condiciones, se encuentran marginados; las mafias se aprovechan mucho de esta gente joven; les dicen: «Oye, ¿quieres ganarte cien euros [o cincuenta, o lo que sea]?, pues tienes que hacer esto, le vas a dar un susto a este muchacho o me vas a vender droga por la calle». Entonces ven una manera de ganar algo de dinero.

—¿Y qué opinan los padres de que sus hijos hagan estas cosas?

—Cuando sus hijos salen de casa, algunos padres no saben lo que están haciendo; hay otros que sí lo saben, pero mientras traigan dinero a casa, miran para otro lado... aunque la mayoría no sabe lo

que hacen sus hijos.

La mujer me pregunta si quiero dejar la maleta en mi habitación y ponerme cómodo, y le respondo que sí. Nos levantamos del sofá y Samir abre una puerta metálica que hay en el salón y que da a un patio cerrado iluminado por una bombilla; acompaño al matrimonio a través del patio, esquivando la ropa tendida y los cables metálicos que sirven de tendedero. Subimos por una escalera a la que todavía se le ven los ladrillos en los escalones y llegamos a una nueva planta que se ha construido pero que todavía no se ha terminado. Fátima abre la puerta y pasamos a un enorme salón árabe con las paredes rodeadas de viejos sofás con almohadones a juego y varias alfombras desgastadas que cubren toda la superficie del suelo de cemento todavía por embaldosar.

—Te puedes quedar aquí. Esta parte de la casa no la utilizamos. Aquí tienes mantas y ropa de cama. El baño está abajo, en el patio. Esto es lo que podemos ofrecerte —me dice Fátima mientras me muestra el amplio salón.

Me siento en uno de los sofás; es duro como una piedra, me recuerda a los tatamis de los gimnasios, pero creo que podré acostumbrarme a él; en peores lugares he dormido.

—Estaré muy bien aquí, Fátima, gracias por vuestra hospitalidad.

El matrimonio abandona la habitación y cierra la puerta. Desempaqueto mis cosas y me recuesto en el sofá. Los techos están repletos de humedades y en muchas zonas comienza a descascarillarse. Para mi sorpresa, la estancia es cálida, mucho más que la parte inferior de la casa; temía pasar frío, pero con una de las gruesas mantas me será suficiente. El silencio es absoluto, siento que he encontrado el lugar perfecto donde poder contar lo que estoy viviendo; a diferencia de la sensación que tenía en el hotel, ahora siento que estoy en el lugar adecuado, viviendo como uno más en el barrio del Príncipe Alfonso.

El economato de la Cruz Blanca

Me levanto temprano con la agradable sensación de haber dormido razonablemente bien. Bajo las escaleras que conducen al patio y

entro en el salón, donde Samir está viendo la televisión marroquí mientras Fátima pone el desayuno en la mesa. Me preguntan qué tal he dormido y les respondo que muy bien. Ellos sonríen como sorprendidos. La mesa está repleta de comida, prácticamente no queda ni un hueco libre. Fátima ha preparado un bizcocho y unas tortitas al estilo marroquí, Samir ha comprado el pan y ha traído unos dulces de la panadería.

—Aquí desayunamos muy fuerte —me dice la mujer, orgullosa al presentarme un desayuno tan completo.

Desayuno con ganas, disfrutando hasta el último bocado de las *rghaifs*, las tortitas marroquíes que Fátima ha preparado mientras miramos en la televisión el informativo de la primera cadena marroquí.

Desde que pisé por primera vez El Príncipe he tenido una y otra vez la misma sensación, la de que no me encuentro en España. Es una sensación que cada día que paso en el barrio se hace más profunda y se afianza más en mi cabeza en días como los de hoy, cuando veo la televisión en árabe mientras desayuno el típico desayuno marroquí, cuando huelo el olor a tierra húmeda y a cañerías que llega de la calle y que me recuerda a cualquier barriada humilde que he podido conocer al otro lado de la frontera, en el vecino Marruecos.

—¿Nos acompañas al economato? —me pregunta Fátima.

—Claro, me gustaría saber cómo funciona.

—Samir se va a llevar el coche para cargar la compra, tú si quieres me acompañas andando y te voy explicando.

Recogemos la mesa del desayuno y nos preparamos para irnos. Samir, como siempre hablando en árabe, se marcha advirtiendo que tardará en aparcar porque en la zona no suele haber sitios disponibles. Fátima y yo salimos de la casa y nos dirigimos al economato de la Cruz Blanca por una de las estrechas callejuelas que conducen a la plazoleta del barrio. Por la noche ha llovido copiosamente, el suelo está mojado y con abundantes charcos que llenan de agua los huecos de las baldosas de gres rotas por el uso y por el paso del tiempo, un suelo que los propios vecinos han ido colocando con su propio dinero y esfuerzo, y que parece más indicado para una terraza que para la calle de un barrio.

Al llegar a la panadería de la plaza dos mujeres jóvenes saludan

a Fátima y se quedan un rato preguntándose por sus respectivas familias. Cuando le preguntan quién soy, la mujer les responde que soy un familiar suyo de Madrid, lo que yo corroboro de modo ostensible afirmando con la cabeza varias veces.

—Estas son unas marujas —me dice una vez nos hemos despedido de ellas. Yo le sonrío.

El economato de la Cruz Blanca lleva abierto algo más de un año y desde su apertura se ha convertido en un balón de oxígeno para las maltrechas economías de los vecinos. Unas mil familias desfavorecidas reciben una ayuda mensual que oscila entre los sesenta y los trescientos euros mensuales, dependiendo de las necesidades de cada una. Esa cantidad asignada en euros se canjea por puntos que luego se utilizan para comprar en el supermercado del economato.

Fátima recoge su número en la entrada y nos ponemos a la cola, justo en la puerta de la Asociación Vecinal, que permanece desde hace tiempo cerrada.

—¿Qué requisitos hay que tener para recibir la ayuda? —le pregunto a Fátima.

—Un certificado de ingresos que acredite lo que entra en la casa, que en mi caso es cero porque en casa no entra ningún sueldo, el padrón y la documentación de las personas que viven en la casa. También hay que asistir obligatoriamente a unos cursos que se hacen en la asociación, de economía doméstica, de educación..., yo hice uno de vida saludable.

—¿Cuántos puntos te han dado a ti para comprar?

—Me han dado el máximo, trescientos puntos, porque han visto que en casa necesitamos esta ayuda; ha habido meses en que no teníamos casi para comer, pero gracias a Dios eso ha pasado. Lo malo es que la ayuda del economato solo es durante seis meses al año, a ver qué hacemos cuando se acabe —murmura la mujer con gesto de resignación—. Dios no cierra una puerta hasta que no abre otra, *insha' Allah,* Dios nos ayudará como siempre hace.

Junto a nosotros, pegado al estanco, hay un señor muy mayor sentado en una silla de plástico junto a la puerta de la que parece su casa. Su aspecto no es de musulmán; pronto caigo en la cuenta de que es el dueño del estanco y antiguo cartero del barrio, uno de los pocos cristianos que permanecen en el barrio del Príncipe. El

hombre entra en el pequeño establecimiento, que ahora regenta su hija, y yo voy tras él para conocerlos. Se llama Paco, tiene ochenta y tres años, y ha vivido la mayor parte de ellos en El Príncipe, justo en la casa contigua. Me presento, le saludo y me pongo a charlar con él. Me parece que su testimonio puede ser muy interesante, un punto de vista diferente.

—¿Cómo ha cambiado el barrio en los últimos años, Paco?

—¡Qué te voy a contar! Ha cambiado muchísimo... Antes había muchos cristianos, pero ya no queda casi nadie; la iglesia está vacía.

Paco es un hombre muy querido, siempre está sonriente y bromeando con la gente que va a comprar a su negocio. Por eso es uno de los personajes más respetados del barrio.

—¿Aquí se vive bien, Paco? —le pregunto.

—Yo no me puedo quejar, no he tenido mala vida. —El antiguo cartero vuelve a la puerta a continuar la charla con los vecinos del barrio; me da la sensación de que no le gusta demasiado que le hagan preguntas.

—Mi padre es muy mayor —me comenta su hija—, está ya un poco cansado. Siempre está diciendo que se va a ir a vivir a la casa que tiene en Estepona, pero nunca lo hace porque a él le encanta el barrio, le gusta la marcha de aquí y hablar con todo el mundo.

—Ya veo, ya. ¿Os habéis sentido alguna vez inseguros en el barrio?

—Para nada, aquí nunca hemos tenido ningún problema con nadie. Yo vivo en el centro, vuelvo a mi casa por la noche y no me ha pasado nunca nada. Igual es porque aquí todo el mundo me conoce y respeta a mi familia, el caso es que nunca nos ha pasado nada. La serie *El Príncipe* ha hecho mucho daño a la imagen del barrio, porque ahora todos piensan que esto es peligrosísimo, y a mí no me lo parece.

Me despido de la mujer y del anciano, y vuelvo a la fila donde se encuentra Fátima, que poco a poco se va acercando a la entrada del economato. Junto a ella hay una mujer que habla airadamente, con un tono de voz cercano al enfado.

—Ella es Turía —me dice Fátima—, es la hermana de Marquitos; ayer conociste a su otro hermano, Rachid.

—Claro. Hola, Turía —me presento—, encantado de conocerte. Ayer hablé con tu hermano y me dijo que él o tú me podríais hablar

de la situación de Marquitos.

—Hoy no puedo, tengo prisa, pero un día de estos me acerco a casa de Fátima y hablamos... vivimos a dos pasos.

Las dos mujeres debaten sobre la precariedad y las carencias que tiene el barrio, indignadas por el abandono institucional que sienten. Les pregunto a qué se debe su malestar y me dicen que el presidente de la Ciudad Autónoma, Juan Jesús Vivas, está dentro. Al oírlas, decido entrar en el economato para intentar hablar con el alcalde.

Me dirijo a la parte trasera de la Asociación Cruz Blanca; el tumulto en el interior me indica que el presidente Vivas se encuentra dentro. Me acerco al mostrador de la entrada y comienzo a hablar con la chica de la asociación; en ese momento aparece el señor Vivas seguido por un séquito de personas. Yo me encuentro justo en el camino que debe tomar para salir de la Cruz Blanca; al llegar a mí me saluda, momento que aprovecho para dirigirme a él.

—Buenos días, señor Vivas, me llamo Almanzor, soy un escritor que viene de Madrid para escribir sobre El Príncipe. Me gustaría poder hablar con usted.

—Te llamas Almanzor. —Mi nombre parece haberle llamado la atención—. ¿Sabías que Almanzor nació en Algeciras? —me dice para mi sorpresa.

—La verdad es que no —le reconozco al presidente de la ciudad.

—Fue un hombre muy poderoso en la época, el terror de los cristianos... Se llevó hasta las campanas de Santiago. Lo curioso es que empezó siendo escribano.

—Creo que sabe más de la historia de mi nombre que yo —le digo bromeando.

—¿Así que escribes un libro sobre el barrio?

—Estoy ahora documentándolo. Estoy viviendo con una familia de aquí, me gusta conocer la realidad de primera mano.

—Me parece muy bien tu planteamiento. Un libro sobre El Príncipe es algo muy importante para la ciudad; estaré encantado de hablar contigo. Yolanda te dará un teléfono y conciertas con ella una cita para hablar conmigo.

El hombre continúa caminando hacia la puerta hasta que desaparece de mi vista entre el tumulto de gente que se arremolina frente a él. Termino de apuntar el número al que debo llamar para

concertar la entrevista sorprendido por la cercanía del político ceutí.

Vuelvo a la calle. Fátima está con su marido, Samir, ya casi a punto de entrar en el supermercado del economato. Les comento que he hablado con el presidente Vivas. Turía, que permanece al lado de la pareja, insiste en que cuando hable con él le comente todos los problemas que hay en el barrio, y como si no los conociese, comienza a enumerarlos uno por uno.

Entramos en el economato. El hecho de comprar los productos con una moneda propia y pagarlos en una caja como la de cualquier supermercado hace que recoger los alimentos sea más digno y cause menos vergüenza que recoger los lotes básicos de una mesa de manos de algún buen samaritano.

La pareja llena el carro de la compra hasta el tope y también dos bolsas medianas; tras pagar con los puntos, cojo una de las bolsas y salimos del economato.

—Fátima, ¿hasta cuándo vas a recibir la ayuda del economato? —le pregunto a la mujer, que camina orgullosa de su compra valorada en trescientos euros.

—Hasta junio, entonces ya veremos qué hacemos. Cada día le pido a Dios que nos salga algún trabajillo en el plan de empleo; si no, estamos perdidos.

Dejamos la compra en el maletero del viejo coche de Samir y regresamos a la casa donde vive el matrimonio. Fátima insiste a su marido para que se dé prisa en llegar. Harafa, el hermano enfermo, está solo en casa y a ella no le gusta que pase mucho tiempo así.

4

DE EL PRÍNCIPE A LA YIHAD

Fátima llama a la puerta del salón donde duermo para decirme que el desayuno está en la mesa. Ordeno mis cosas y me visto para bajar a desayunar cuando el teléfono que había dejado sobre una de las mesas bajas de la sala comienza a sonar. Es Mohamed. Lo descuelgo al momento.

—*Salam aleikum*, Mohamed —le saludo como es costumbre al iniciar una conversación.

—*Aleikum salam*, tengo noticias que darte, hermano, ¿tienes algo que hacer esta mañana? —me pregunta con tono de darme una noticia que seguro me va a llamar la atención.

Tenía concertada una cita en el centro, pero estoy seguro de que lo que me va a contar Mohamed va a resultar más interesante.

—No tengo nada importante —le respondo.

—Entonces nos vemos a las once en la plaza del Zoco, ¿te viene bien?

—Por mí, perfecto, estoy justo al lado.

Cuelgo el teléfono y bajo a continuación a desayunar; la pareja espera con la mesa puesta a que me siente con ellos para empezar a comer. Agradezco el detalle y me siento junto a ellos.

—¿Qué tienes que hacer hoy? —me pregunta Fátima, como siempre interesada en el trabajo que estoy realizando en el barrio.

—En un rato voy a ir al centro, tengo que hablar con un periodista de aquí.

Por muy bien que me caiga el matrimonio y por muy agradecido que les esté por acogerme en su casa, intento que no se conozcan mis fuentes y que nadie sepa con quién hablo del barrio. No me gustaría que una vez que me vaya de aquí pueda dejar a alguien expuesto a la ira de sus paisanos por contar abiertamente lo que sucede en El Príncipe.

El desayuno es apetitoso y abundante, como suele ser en la casa de Fátima. La mujer se levanta y abre la puerta de la habitación de su hermano para preguntarle si quiere desayunar ya. Fátima le prepara una bandeja y se la lleva. La situación en la que vive Harafa me da mucha lástima. Unas cuantas veces he intentado hablar con él cuando pasaba por su cuarto, pero el pobre hombre no ha querido contestarme. Llevo aquí casi una semana y no lo he visto nunca fuera de la habitación. No me quiero ni imaginar lo duro que debe de ser estar en esa situación; su hermana lo definió perfectamente: es estar enterrado en vida.

Termino de desayunar y aunque Fátima no quiere que la ayude a recoger la mesa, yo lo hago. Samir me mira extrañado. Cuando acabo, cojo mi bolsa y me despido de la familia. Camino hacia la plaza a toda prisa, ansioso por saber qué tiene que contarme Mohamed. El tiempo sigue revuelto, como casi todos los días de esta semana; el cielo gris y encapotado amenaza lluvia en cualquier momento. Por suerte, la temperatura es bastante suave, lo que hace más soportable el clima.

Justo antes de llegar a la plaza me cruzo con una cartera de Correos. La estampa me llama la atención, primero porque es la primera mujer no musulmana con la que me he cruzado desde que estoy en el barrio, y segundo, porque la acción de ver repartir el correo le da una sensación de normalidad al barrio que se echa en falta muchas veces.

Mohamed está de pie junto a la carnicería de la plaza; en cuanto me acerco, comienza a andar en dirección contraria al tráfico y yo le sigo sin rechistar.

—Vamos a hablar a un lugar más tranquilo —me dice el joven mientras va saludando cada pocos pasos a gente con la que se cruza.

Llegamos al parque infantil que está frente al Polígono Industrial El Tarajal. Está completamente vacío; ya habíamos estado aquí en otra ocasión y parece el lugar perfecto para hablar, alejados de las miradas y los oídos indiscretos que hay por todo el barrio.

—Ya he hablado con los chicos que te comenté. El que vive aquí que te dije que formaba parte del grupo de Marquitos no quería hablar, no se fiaba; lo primero que ha pensado es que eras policía, pero yo le he tranquilizado y le he dicho que eres de confianza. Al final le he convencido, pero no quiere fotos ni que salga su apellido

ni nada de eso; y de hablar contigo sería lejos de El Príncipe, no quiere que se lo relacione contigo.

—Por mí, ningún problema, me comprometo a todo lo que pide. ¿Cuándo podría hablar conmigo?

—Si quieres, esta misma tarde. Cuando hable con él, te llamo y te digo el lugar y la hora.

—Me parece bien.

El silencio y la complicidad de un barrio

En El Príncipe, todo el mundo se conoce y todo el mundo sabe más de lo que cuenta. Aquí todos saben quién es quién y a qué se dedica cada uno. Es curioso ver cómo los habitantes del barrio que aparentemente no tienen ningún vínculo con nada ilegal han normalizado vivir rodeados de delincuencia, marginación y radicalismo islámico. Esa aceptación de vivir rodeados de delincuencia se hace evidente cuando por fin consigo hablar con ellos de los temas más delicados y observo, para mi sorpresa, que lo que creía que era un fenómeno aislado está a la orden del día, y reconocen con una absoluta e inquietante normalidad que tal vecino vende coca, que uno falsifica todo tipo de documentos o que ese otro forma parte de una célula yihadista.

Lo que me llama la atención de Mohamed es lo relacionado que está con esa parte del iceberg que permanece oculta, con ese submundo de delincuencia y yihadismo que comparte espacio con la parte de normalidad que se ve a simple vista. Mi amigo es un ejemplo claro de que rascando un poco la superficie de El Príncipe se llega a una realidad que parece muy lejana pero que no está tan lejos, por mucho que haya gente que quiera mirar para otro lado y decir que no hay ningún problema. Gracias a Mohamed podré echar un vistazo bajo esa superficie y ver lo que se oculta allí.

—El chico de Castillejos del que te hablé, el takfirí, ese es más complicado. Él no va a hablar contigo aquí; me ha dicho que si quieres hablar con él tendrás que ir a Marruecos. Este es más peligroso que los de aquí, su grupo se dedica a traficar con drogas y tiene la cabeza llena de ideas muy radicales. Si vas allí tú solo, estarás en su terreno, y esa gente no se anda con tonterías. Si

decides ir a hablar con él, yo te acompaño —me advierte Mohamed.

—Gracias por tu ayuda y por pensar en mi seguridad. Voy a hablar con el chico de aquí y sobre lo de Castillejos ya te diré algo.

Dejamos el parque infantil y regresamos al tumultuoso centro de El Príncipe. En mi cabeza no para de rondar la idea de que por fin voy a poder conocer a una persona que ha sido captada y adoctrinada en el yihadismo salafista. Por fin voy a conocer cómo funciona el proceso de captación y radicalización de los candidatos a ser enviados al Dáesh.

El joven reclutado

Estoy en casa de Fátima y Samir, hablando con ellos sobre todo lo que concierne a los problemas del barrio, cuando mi teléfono comienza a sonar. Es la llamada de Mohamed que estaba esperando. Cojo el teléfono y subo rápidamente al salón dormitorio donde duermo a fin de tener algo de intimidad para hablar; una vez he cerrado la puerta, descuelgo la llamada.

—Hola, Mohamed.

—Mi amigo estará a las cuatro en el parque Juan Carlos I, en los bancos que hay junto a las pistas de baloncesto —me informa el chico. Mientras me va dando las indicaciones, las voy apuntando en mi libreta—. El parque está al lado del helipuerto, no tiene pérdida.

—Muy bien, estaré allí puntual.

Vuelvo a bajar al salón, donde el matrimonio sigue tomando té y viendo la tele marroquí. Samir me dice que va a ir a recoger a su hija al colegio y me pregunta si le acompaño. Le digo que sí porque tengo una cita en el centro y me vendrá muy bien que me lleve. El hombre se pone los zapatos y coge las llaves del coche junto con su viejo teléfono móvil. Yo subo a por mi cuaderno y mi mochila. Fátima me pregunta si voy a comer con ellos, y le respondo que no, que volveré por la tarde.

Salimos de la casa y bajamos al descampado donde los vecinos aparcan sus coches, aun a riesgo de que estos sean quemados por los pandilleros del barrio. Después de ver los niveles de agua y de comprobar que el viejo coche no se calienta en exceso, Samir emprende la marcha bajando lentamente por la empinada cuesta,

hasta llegar a la calle asfaltada de la mezquita de Las Caracolas.

Me llevo muy bien con Samir. Aunque prácticamente no habla en español, nos entendemos bastante bien. Gracias al tiempo que estoy pasando con ellos, mi *dariya* ha mejorado considerablemente; he vuelto a recordar el idioma y ahora me vuelve a salir de una manera espontánea sin tener que pensar qué voy a decir, aunque mi pronunciación tiene que mejorar mucho.

—¿Dónde quieres que te deje? —me pregunta.

—En la plaza me viene bien.

El trayecto en coche se me hace cortísimo. Samir se detiene junto al mercado de abastos de la ciudad, le doy las gracias por acercarme y me apeo del coche rápidamente.

Aún voy bien de tiempo, así que cuando de camino al parque veo un McDonald's decido entrar y comer algo, no vaya a ser que en plena conversación con el yihadista me comiencen a sonar las tripas. El local está vacío, solo una pareja de musulmanes están sentados en el restaurante. Voy a la caja para pedir un menú y me llama la atención un cartel en el que pone que toda la carne con la que se hacen las hamburguesas es *halal*, carne que ha sido sacrificada según los ritos musulmanes, un ejemplo de convivencia e integración entre culturas que refuerza el mensaje del que tantas veces he oído hablar. La pena es que estos detalles solo sean como una gota de agua en el desierto para llegar a una verdadera integración; a ambas partes todavía les queda mucho camino por recorrer.

En quince minutos salgo del restaurante. En la pequeña ciudad de Ceuta todo me parece cercano. Es muy sencillo llegar al parque Juan Carlos I; se encuentra de camino al puerto pesquero, a unos cinco minutos desde la céntrica plaza de la Constitución. En menos de una hora podría dar la vuelta a la ciudad y probablemente me sobraría tiempo.

En el parque no hay ni un alma; las pistas deportivas y las zonas infantiles están completamente vacías. Las nubes que amenazaban lluvia han cumplido y unas primeras gotas comienzan a caer. Espero sentado en uno de los bancos que hay junto a las encharcadas pistas de baloncesto, los árboles que recorren el paseo me sirven de parapeto de la lluvia. Miro una y otra vez mi reloj, y continuamente a los lados y detrás de mí, casi de manera

compulsiva, pero no por eso consigo que aparezca la persona a la que estoy esperando.

Ha pasado media hora y solo he visto a un señor mayor paseando a un perro y a un joven haciendo *footing*. Empiezo a impacientarme pensando que el chico se ha arrepentido y no va a venir. Me levanto del banco, ya me da igual que la lluvia me moje o no. Camino de lado a lado de la pista de baloncesto para hacerme más visible, pero al cabo de diez minutos desisto y vuelvo a resguardarme bajo el árbol.

Ha pasado casi una hora desde que tenía que venir el chico y ya he tirado la toalla, me levanto del banco y comienzo a caminar en dirección al centro de la ciudad. Frente a mí, a unos cien metros, veo la figura de un hombre que se acerca. Lo veo con dificultad porque los cristales de mis gafas están completamente empapados y decido limpiarlos para ver mejor. Me cruzo finalmente con él y para mi sorpresa me llama por mi nombre.

—*Salam aleikum*, siento llegar tarde —me dice el hombre disculpándose.

—Gracias por haber venido —le contesto aceptando su disculpa.

Caminamos hasta el mismo banco donde estuve antes y nos sentamos. El hombre es joven, no debe de llegar a la treintena, es bastante delgado, de rostro anguloso y pómulos marcados; para mi sorpresa, no hay ni un atisbo de barba en su cara. Su mirada se clava en mí como si tratara de descubrir quién soy o cuáles son mis intenciones, como si pensara que voy a engañarlo.

—He estado a punto de no aparecer —reconoce.

—¿Y qué te ha hecho venir? —quiero saber.

—Nunca he hablado con ningún periodista, no me fío de lo que se cuenta en los periódicos ni en la televisión, todo es propaganda. Seguramente escribirás y nos pondrás como a unos locos, pero me da igual. He venido porque Mohamed es amigo mío desde pequeño, lo respeto mucho y me ha pedido que hable contigo.

Habla pausadamente, como pensando con antelación lo que va a decir; en su acento prácticamente no se distingue el *dariya*, y podría pasar por el de cualquier joven ceutí de origen cristiano.

—¿Has pertenecido al grupo que la policía detuvo en junio de 2013? —le pregunto.

Me refiero a la operación Cesto, desplegada en junio de 2013,

que acabó con la desarticulación de la célula yihadista liderada por Karim Abdeselam Mohamed, *Marquitos,* e Ismail Abdellatif Al-Lal, a los que en octubre de 2015 la Audiencia Nacional condenaría a penas de entre diez y doce años de cárcel, junto a otros miembros de la misma célula, acusados de reclutar combatientes para enviarlos a Siria con el fin de unirse a la yihad, de los cuales al menos seis murieron en atentados suicidas. Esa será la primera vez que se condene con penas de cárcel en España a un grupo cuya finalidad era reclutar combatientes en nombre del Dáesh para enviarlos a Siria.

—Sí, eran todos amigos míos. Nos reuníamos para hablar de religión y de cómo estaba el mundo. Nos llaman terroristas, pero no hemos cometido ningún delito.

—¿Quiénes eran los cabecillas?

—Marquitos se puede decir que era el que mandaba, pero El Cojo —se refiere a Abdelah Abdeslam Ahmed— era el que hablaba más de religión. Él nos daba lecciones del islam y charlas religiosas.

—¿Cuándo entraste en el grupo?

—A ver, no había un grupo definido. Después de ir a la mezquita nos reuníamos unos cuantos amigos y conocidos, y hablábamos de cosas que nos preocupaban; igual que mucha gente habla de política, pues nosotros también lo hacíamos. Sobre el año 2011 ya habían comenzado las revueltas en muchos países árabes y todo el mundo estaba muy interesado en el tema. Por entonces Marquitos y El Cojo iban y venían de Castillejos, a veces con gente, y nos reuníamos a hablar en alguna casa, aunque no siempre en la misma, íbamos cambiando.

—¿Alguien te metió en el grupo o te invitó a esas reuniones, o podía ir quien quisiera?

—Me invitaban a las reuniones porque sabían que pensábamos de la misma manera; ellos me avisaban de cuándo y dónde iban a ser los encuentros y yo iba cuando podía. La verdad es que me gustaba reunirme con gente que pensaba exactamente como lo hacía yo; uno se siente mejor cuando saca lo que tiene dentro con otros como él.

—¿Dónde se celebraban esas reuniones?

—Como ya te he dicho, en casas, pero también utilizábamos la mezquita Al Tauba, porque una vez que se iba el imán nosotros

podíamos entrar. Teníamos las llaves de la mezquita y entrábamos por la noche.

—¿Pero no es muy sospechoso hablar allí, en una mezquita tachada de radical?

—Por la noche, en El Príncipe te puedes mover sin que nadie te vea, no hay lugar mejor para hablar ni más tranquilo; entrábamos de madrugada, hablábamos de nuestras cosas y nos íbamos.

—¿Qué era eso de lo que hablabais que solo podíais hacerlo en secreto?

—De nuestra visión del islam y de los países musulmanes. De las injusticias que perpetran los occidentales sobre los musulmanes, de lo que se podría hacer para cambiar la situación. Hablábamos de cosas que no podíamos hablar con nuestras familias o con nuestros vecinos. El barrio está lleno de chotas; si hablas de estas cosas, enseguida te pueden tachar de radical y se te echa la policía encima, como pasa tantas veces. Por eso era mejor reunirse en secreto y no hablar en público de lo que pensábamos.

—¿Quién empezó a hablar de viajar a Siria para luchar? —le pregunto al joven, que parece ahora más cómodo con mi presencia.

—La verdad es que no recuerdo cuándo empezó la idea ni quién fue el que primero habló del tema, el caso es que ya había bastante gente dispuesta a viajar a Siria.

—¿Cómo conseguían el dinero para viajar hasta allí?

—Depende, había gente que tenía dinero, por ejemplo Rachid; él se pagó su viaje, pero había otros que no tenían dinero. Marquitos lo conseguía no sé exactamente dónde, creo que de la gente de Castillejos.

—¿Quién organizaba los viajes?

—Una vez que alguien tenía claro que se quería ir, Marquitos o El Cojo lo ponían en contacto con los de Castillejos y le explicaban cómo sería el viaje hasta Siria y lo que iba a hacer allí.

—Lo que no entiendo es cómo una persona con mujer e hijos lo deja todo para irse a una guerra lejana. Me imagino que en un principio uno no piensa en marcharse..., ¿hay alguien que convence para llegar a irse?

—Nadie le pone una pistola en la cabeza a nadie para irse, no hay ninguna obligación de ir a la yihad, va quien quiere ir y quien está preparado. Al principio uno no sabe toda la realidad de lo que

pasa en el mundo, pero con el tiempo se deja de ser ignorante y se conoce la verdad. Vas sabiendo cada día un poco más y te das cuenta de que te están contando mentiras.

—¿Y cuál es esa verdad?

—No creo que la entiendas aunque te la diga. Hay mucha gente con una venda en los ojos, hay muchos musulmanes a quienes han alejado a propósito del camino. Hay que volver al verdadero islam, copiar el ejemplo del profeta en todo. Tenemos que volver a los orígenes. Para construir fuerte a veces hay que destruir lo que está corrompido.

—¿Estás de acuerdo con lo que promulga el Dáesh?

—Estoy de acuerdo con ellos, hay que crear un califato, un Estado donde se respete la sharía y donde se viva como vivió el profeta. Un Estado que sea puro, ajeno a la corrupta sociedad occidental.

—¿Estás de acuerdo entonces con las matanzas de musulmanes que se están cometiendo en nombre del Dáesh?

—Los chiíes no son musulmanes, son *kuffār*, infieles, peores que nadie. Está justificado acabar con esos idólatras. El Califato comenzará sobre las ruinas de los infieles chiíes y luego se extenderá por todos los países musulmanes.

El joven está totalmente radicalizado. Cuando habla lo hace con un convencimiento que me hace temblar. A veces veo en sus ojos algo de rencor cuando me mira, incluso odio; para él seguramente yo debo de ser otro infiel que no sigue, como él, el verdadero camino.

—¿Vives en El Príncipe? —le pregunto.

—Sí, he nacido allí.

—¿Cuándo empezaron a interesarte las ideas salafistas?

—Ya te lo dicho antes, empecé hablando después del rezo con algunos vecinos. Poco a poco te vas metiendo y vas conociendo más; me mostraban imágenes de la lucha que se está librando en Irak y en Siria.

—¿Vídeos de ejecuciones y decapitaciones?

—Vídeos sobre todo de las matanzas de Al Asad, de lo que hacen sus soldados y los perros chiíes sobre la población civil; también de lo que hace el Estado Islámico con esos criminales.

—¿Estás de acuerdo con las decapitaciones del Dáesh?

—Cuando se hace eso es porque son culpables, algo han hecho para merecer ese castigo.

—¿Qué habían hecho los periodistas y los cooperantes que han decapitado para merecer esa muerte? —le planteo, intentando no mostrar mi malestar al oír sus palabras.

—Eran espías de Occidente —me responde el joven sin darme más explicaciones.

Cuando Mohamed me habló de su amigo, no imaginé que su grado de radicalización fuera tan alto; creía que después de dos años de haberse desconectado de la célula yihadista su grado de extremismo habría disminuido, pero parece que esas ideas radicales se han instalado todavía más en su cabeza.

—¿Qué opinan tus familiares sobre tu manera de ver la religión? ¿Están de acuerdo contigo?

—No lo están, mi padre ni siquiera va a la mezquita, algo que me molesta mucho. Mi madre y mis hermanos me pidieron por favor que me mantuviera al margen, que dejase de ir a las reuniones. Por el amor y el respeto que les tengo, dejé de ir. En 2013 los detuvieron a casi todos, pero yo mantengo el contacto con los que siguen por aquí.

—¿En El Príncipe?

—Sí, en el barrio y fuera de él, en Castillejos sobre todo. Allí hay más gente que piensa como yo, sé cómo encontrarme con ellos. Pero lo que más suelo utilizar para hablar con la gente es internet, allí es muy fácil conectar con los que piensan como yo; hablo con amigos que están en Siria y me cuentan lo que hacen allí.

—¿Te comunicas habitualmente con ellos?

—Claro que hablo con ellos, son mis amigos, ¿o es que tú no hablas con tus amigos si están lejos? Hablo por Facebook, por Skype o por WhatsApp, es muy fácil estar en contacto con ellos. Me gusta saber qué está pasando allí, ellos me cuentan lo que hacen, dónde están y todo eso. Así conozco la verdad de primera mano.

—Sí, por supuesto, internet y las redes sociales son una buena forma poner en contacto a gente que está en Siria con gente que quiere unirse al Estado Islámico... ¿Conoces a mucha gente que se haya ido que haya utilizado estos medios?

—Sí, hay muchos que se van de esta manera; en internet se consigue de todo y aprendes muchas cosas. Si quieres viajar al

Califato, te explican cómo hacerlo, hay manuales que te enseñan cómo comportarte cuando cruzas las aduanas, por dónde viajar, qué llevar contigo..., de todo. Pero siempre necesitas a alguien que te cruce la frontera una vez llegas a Siria. Aunque ahora es mucho más difícil llegar hasta allí porque está todo más controlado.

—¿Y en El Príncipe hay algún grupo organizado?

—Hay gente que piensa como yo, pero ya no hay grupos tan claros como el de Marquitos; ahora hay personas, no grupos. De todas formas ya no frecuento la mezquita de noche, ya no sé si siguen reuniéndose allí los que quedan.

—¿Los hermanos a los que han detenido son de ese tipo personas que dices que no pertenecen a ningún grupo?

—No todos los que detienen tienen algo que ver, muchas veces meten en la cárcel a alguno que no tiene nada que ver solo porque está allí. Yo sabía que Farid hacía cosas, pero de su hermano no tenía ni idea. Es lo mismo que cuando se llevaron a Marquitos y a todos los demás, también se llevaron a Nordine, que no tenía nada que ver con lo que se supone que estaban buscando.

—Me sorprende tu aspecto, no vistes tradicional, no llevas barba, pareces un chico de lo más corriente... ¿Lo haces para pasar desapercibido?

—Claro, para la policía es fácil controlar a los que visten como se debería vestir. Yo por poco acabo en la cárcel por pensar como pienso y por llevar la barba que llevaba. Ahora lo que quiero es pasar desapercibido, no quiero acabar en la cárcel como los demás solo por pensar como pienso.

—¿Qué relación tienes con los takfiríes?

—Conozco a los que están en Castillejos, de vez en cuando vienen al barrio; alguno de ellos es traficante. Si no los conoces jamás creerías que piensan como piensan, yo los he visto hasta fumar y beber, y eso no lo comparto, pero tienen razón en lo de pasar desapercibidos en lo posible. Yo no soy takfirí, aunque tengo buena relación con ellos.

—No lo eres pero piensas como ellos —le suelto al joven. Mi afirmación parece molestarle un poco.

—Pensamos igual en muchas cosas, pero yo no formo parte de ninguna organización —me contesta de manera tajante.

—¿Ayudaron los takfiríes de Castillejos al grupo de Marquitos y

de los otros?

—No lo sé con seguridad, pero supongo que sí, porque se conocían y tenían buena relación. El dinero de los viajes venía de Castillejos, ellos tenían los contactos en Turquía y para cruzar la frontera; ayudaban a hacer los viajes y llevaban también a los suyos de Castillejos. Aunque no éramos del mismo grupo, nos ayudaban.

—¿Conociste a Rachid Wahbi, a Piti y a Tafo? Ya sabes, los primeros yihadistas ceutíes fallecidos en Siria.

—Claro que los conocía, eran amigos míos, *Allah Al Rahman*. Murieron como mártires; para mí son unos héroes que lo dejaron todo aquí para irse a luchar por su causa.

—¿Cómo fue su viaje?

—Viajar a Turquía no es difícil, hay vuelos directos cada día. Normalmente se les avisa para que se afeiten la barba y vayan vestidos de una manera que no levante sospechas; se fueron los tres juntos, como se va cualquier turista a Turquía. Una vez allí hay que esperar unos días en Estambul a que un coche te recoja y te lleve lo más cerca posible de la frontera con Siria; desde allí, gente que trabaja para el Califato te pasa al otro lado. Los contactos en Turquía los daban los de Castillejos; ellos ya han llevado a muchísima gente, tienen mucha experiencia y saben perfectamente cuándo es el mejor momento para ir. Los números de teléfono y los contactos se los dan una vez llegan a Turquía, para que si los detienen no tengan demasiada información. Cuando se sale a la yihad vas a ciegas, te dicen lo que vas a hacer y dónde vas a ir el mismo día. Pero es normal tener cuidado, hay muchos ojos y oídos puestos, por eso los viajes son tan secretos y las familias no saben nada de nada. Si alguien que viaja dice algo a su familia y el teléfono está pinchado, o alguien se va de la lengua, pone en peligro a mucha gente.

—¿Y qué me dices de Abdeluahid, el chico que volvió de Siria y detuvieron en el aeropuerto de Málaga?

—Ese chico está mal de la cabeza, nunca debió haberse ido. Él fue con unos marroquíes y estuvo en Siria una temporada; creo que cogió miedo y quiso marcharse, a muchos les pasa: se van a la guerra y quieren regresar, son unos cobardes, no sienten con el corazón lo que se está haciendo allí. Si vas hasta allí sabes las consecuencias, nadie viaja engañado; el que va es porque quiere ir.

Y sabes lo que te espera, es una guerra.

—¿Y tú no quieres viajar a Siria como lo han hecho otros?

—Me gustaría formar parte de eso; antes de que los detuviesen estaba pensando en ir, pero me alejé de todos ellos. Antes de irme a ayudar allí tengo que ayudar a mi familia aquí, que lo necesita más. Esa es la yihad que tengo que hacer primero. Pero en cuanto se arregle la situación, si tengo la oportunidad de ir, me iré. Y si me voy, sé que es a morir. De todas formas ahora no es un buen momento para unirme al Califato, la policía está controlando todas las salidas posibles, tanto aquí como en Marruecos. Ahora es momento de pasar desapercibido y no hacer ruido; ya encontraremos una forma de llegar allí. El Califato se va a extender más y será más fácil unirse a él. Y si no puedo ir allí, en Libia también se está luchando por el Califato y hace falta gente.

—¿Aun a costa de que tu familia no esté de acuerdo?

—Si llego a hacerlo, no lo sabrán hasta que me haya ido. Ellos ahora piensan que he dejado eso atrás, piensan que me habían lavado el cerebro como si eso fuera una secta; yo les digo que eso ya es pasado, que ya no pienso como pensaba, y así me dejan tranquilo.

—¿Cómo eras antes de introducirte en esto?

—Era un chico como cualquiera. Fui al colegio Reina Sofía como casi todos los chicos del barrio, pero no se me daba muy bien estudiar y dejé de ir; pensaba que daba igual ir o no ir, total, tampoco iba a encontrar trabajo. Conozco a muchos que han estudiado y luego no les ha servido para nada, la mayor parte está en el paro. Mi familia no tiene muchos recursos, así que tuve que buscarme la vida desde muy chiquillo para traer algo de dinero a casa.

—¿En qué momento te empieza a llamar la atención el tema de la yihad?

—Creo que tenía unos dieciocho años cuando comenzó la guerra en Siria. Los amigos con los que me juntaba hablaban del tema y enseñaban los vídeos de lo que pasaba allí, vídeos de las matanzas de civiles de los escuadrones de la muerte de Al Asad, cosas que te dejan la piel de gallina. También nos pasábamos vídeos de cuando los muyahidines apresaban a soldados del régimen y los ejecutaban. Al principio los veía y se me revolvía todo por dentro, pero al cabo

del tiempo los ves ya sin que te impresionen nada.

—¿Hablas de los vídeos de las decapitaciones?

—Sí, de ese tipo de vídeos. Se iban pasando por los móviles y te iban llegando a tu teléfono como si tal cosa. Por eso te acabas acostumbrando a verlos. Entre los chicos los veíamos y nos reíamos de quien no pudiera mirarlos.

—¿A qué os dedicabais tú y tus amigos por entonces?

—Alguno trabajaba en el plan de empleo, pero la mayor parte no hacíamos nada, nos quedábamos hasta muy tarde fumando porros en la calle, trapicheando, ya sabes, poca cosa se puede hacer por el barrio.

—¿Y cómo te dio por empezar a ir a la mezquita?

—Mis amigos y yo hablábamos con gente de Castillejos y con personas que conocían la religión; a mí me hicieron darme cuenta de que estaba perdiendo el tiempo, de que tenía que volver al camino recto. De que tenía que agarrarme a la fe como a un chaleco salvavidas porque me estaba ahogando viviendo como vivía. Empecé a ir a la mezquita y luego a las reuniones privadas.

—¿De tu grupo de amigos ha habido alguno más que haya seguido tus pasos y se haya metido en el grupo como lo hiciste tú?

—Alguno empezó a venir conmigo, pero enseguida me quedé solo; ellos seguían en el mismo rollo de trapichear y drogarse, no tenían la fe suficiente como para dejar toda esa porquería atrás y empezar una vida nueva.

—¿De qué pasta hay que estar hecho para unirse al Dáesh?

—Hay que creer que la única salvación para los musulmanes es unirse al Califato y comenzar una sociedad nueva y pura, volviendo a los orígenes del islam. Hay que dejar todo lo que tienes por luchar para conseguir este objetivo, hay que dejar toda tu vida atrás para empezar una nueva. Yo estoy preparado, y algún día iré a luchar y moriré por conseguir que el Califato se extienda por todo el mundo.

El joven parece emocionado y orgulloso cuando me habla del profundo sentimiento salafista que tiene y de cómo sería su particular mundo perfecto.

—¿Llegarías a cometer un atentado suicida si te lo pidieran?

Se queda callado unos instantes, reflexionando sobre la pregunta como si de un examen oral se tratara.

—Si con ello consigo salvar las vidas de inocentes y de otros

muyahidines sí lo haría. Como te he dicho, si alguna vez viajo para luchar por el Califato sé que mi vida estará en juego y que seguramente moriré allí. Pero si la muerte es para conseguir que triunfe el Estado Islámico sé que tengo asegurado mi sitio en el paraíso y que mi muerte habrá servido para algo.

—¿Cometerías un atentado en territorio español si te lo pidieran?

El joven vuelve a quedarse en absoluto silencio. Me observa muy serio, puedo notar el recelo que me tiene. Mira a ambos lados del parque como cerciorándose de que nadie le está escuchando.

—No tengo intención de cometer ningún ataque en España, no estoy en ningún grupo ni tengo los medios para hacer nada. En un futuro no sé qué será de mi vida. Mi objetivo es luchar junto a otros hermanos muyahidines que están en Irak y en Siria dando la cara por el Estado Islámico. Una vez que triunfe y se extienda por el Magreb, haré lo que haga falta. Si tengo que luchar en España o en otra parte de Europa, lo haré.

—¿Y qué opinas de los atentados contra la revista *Charlie Hebdo* en París? —le pregunto.

—Me parece muy bien lo que hicieron, no pueden meterse con lo que más queremos y pensar que no van a ser castigados. Lo que hicieron fue poco, tendrían que haber acabado con todo el mundo y haber destruido todo el edificio. Así aprenderán los siguientes que quieran meterse con nuestra religión.

Aunque las extremistas palabras del posible futuro yihadista ya no me pillan por sorpresa, la convicción con que las dice me causa escalofríos, me hace preguntarme si este joven de apariencia tranquila sería capaz de asesinar a sangre fría o, por el contrario, si su enaltecimiento del yihadismo se debe sencillamente a su juventud. Pero lo que realmente me da más miedo es pensar en lo que llegaría a hacer un chico tan radicalizado si cae en manos de una nueva célula yihadista que se asiente en El Príncipe, cerca de su casa.

—Me tengo que ir, entro a trabajar —me dice el joven para mi sorpresa, ya que es de los pocos de la barriada que tiene trabajo.

—¿Y dónde trabajas? —le pregunto con enorme curiosidad.

—En el plan de empleo, pero no te quiero decir dónde —me responde mientras se pone en pie—. No quiero que me acompañes o

que me sigas, tú te quedas aquí hasta que yo me vaya —dice en tono imperativo, sin dar lugar a la réplica.

Asiento con la cabeza y le digo que se quede tranquilo, que no voy a seguirlo.

—Antes de que te vayas, una última pregunta. ¿Qué querías ser de joven, antes de querer ser muyahidín?

El chico se queda de pie pensativo, haciendo memoria, como buceando entre las ideas radicales que lleva acumulando durante tanto tiempo para llegar al fondo, donde se encuentra su antiguo yo, ese yo libre de odio y de ira, ese yo primigenio que jamás debió haber sido corrompido.

—De pequeño quería ser médico o bombero, quería ayudar a la gente.

El chico sonríe al recordarlo y se marcha entre la lluvia alejándose de mi vista mientras camina hacia el centro de la ciudad de Ceuta.

Turía, la hermana de Marquitos

—Turía ha venido —me dice Samir abriendo ligeramente la puerta de mi cuarto.

—Ahora mismo bajo —le contesto antes de cerrar la tapa de mi ordenador portátil.

Llevaba ya unos días intentando hablar con Turía, la hermana del presunto líder de una célula de captación de yihadistas en El Príncipe. Turía es vecina de Fátima y una de sus amigas más íntimas. Me resulta muy curioso observar que la mayor parte de yihadistas que han salido de El Príncipe han vivido en un área muy cercana a la casa en que me encuentro. Lo mismo sucede con los grupos que se dedican a captar, todos pertenecen a la misma zona del barrio. Parece que el área en que se ha asentado la ideología salafista es precisamente esta en la que me encuentro.

Karim Abdeselam Mohamed, *Marquitos*, es un personaje muy conocido en El Príncipe. Fue detenido en el año 2006 en el marco de la operación Duna, llevada a cabo por el exmagistrado de la Audiencia Nacional Baltasar Garzón, en la que trescientos agentes de la UIP (Unidad de Intervención Policial) y de los GEO (Grupo

Especial de Operaciones) se desplegaron en la barriada para detener a nueve supuestos yihadistas que presuntamente planeaban atentar en la Ciudad Autónoma de Ceuta. La operación fue un sonado fracaso; la Audiencia Nacional los absolvió de los cargos de pertenencia o colaboración con organización terrorista, a pesar de que se les encontró abundante material de exaltación de la yihad. Los magistrados concluyeron que no era suficiente para condenarlos ya que la acción terrorista es algo más que la expresión de ideas radicales, pues la libertad de difusión de ideas es una característica del sistema democrático que debe amparar incluso a quienes propugnan un cambio. Solo dos de los nueve acusados fueron condenados a prisión, uno por robo con intimidación y otro por falsedad en documento oficial; todos los demás fueron puestos en libertad sin cargos.

La operación Duna fue un antes y un después en El Príncipe. Hasta entonces nunca se había visto en el barrio un operativo policial de esa magnitud. En todos los telediarios se informó de la desarticulación de un peligroso grupo terrorista preparado para actuar en cualquier momento, pero lo cierto es que el material incautado en las casas de los detenidos no hacía prever que se tratase de una célula terrorista demasiado peligrosa; la policía encontró en los registros propaganda islamista, ordenadores, teléfonos móviles, un machete, un bote de gas lacrimógeno, un chaleco antibalas y un cartucho sin percutir.

¿Era justificable una operación de esa magnitud cuando no había pruebas fehacientes de las intenciones del grupo? ¿La operación Duna sirvió para evitar un inminente atentado islamista o solo consiguió dar motivos a los elementos más radicalizados de la barriada para hacer más profundo su odio hacia Occidente, para radicalizarse aún más? Son preguntas que no tienen fácil respuesta.

Entro en el salón. Fátima está sentada justo en la esquina del sofá rinconero; un poco más cerca de mí se encuentra una mujer vestida con chilaba y hiyab que parece algo mayor que Fátima. Saludo a las dos y me siento con ellas.

—¿Así que quieres escribir sobre nosotros? —me pregunta Turía.

—La historia de tu hermano es muy representativa del barrio. Se ha hablado mucho de él y aquí todo el mundo lo conoce —le digo en tono amable a la mujer.

—Sí, mi hermano es el famoso Marquitos, parece que es el más malo del mundo, pero en realidad no ha hecho nada. Se lo volvieron a llevar detenido durante la operación Cesto, y de verdad que no ha hecho daño a nadie.

—¿Cuántos de los detenidos que ahora están siendo juzgados en la Audiencia Nacional por la operación Cesto son familiares tuyos?

—Dos sobrinos, un hermano y el marido de mi sobrina. Todos de la misma casa y se los llevaron a todos a la vez. A mi hermano es la segunda vez que se lo llevan, la primera salió absuelto.

De los ocho detenidos durante esa operación, cuatro eran miembros de la familia de Turía. El dato me resulta verdaderamente llamativo.

—Se los acusa de pertenecer a una célula terrorista que se dedicaba a la captación y envío de yihadistas a Siria e Irak para luchar en el Estado Islámico; a tu hermano se lo acusa de ser el cabecilla del grupo. ¿Cuál es la opinión de la familia al respecto?

—Todo es mentira. En la otra operación también se lo llevaron por lo mismo y al final lo dejaron en libertad. La policía ve a uno que es muy musulmán y que se deja barba y ya piensa que es un terrorista o que se va a ir a la guerra de Siria. Mi hermano no tiene nada que ver con eso de lo que se le acusa. Es completamente inocente, como el resto de la gente que se han llevado —argumenta la mujer con un tono de voz que denota indignación.

—¿Estabas en la casa cuando llegó la policía y detuvo a tu familia?

—Sí, las dos veces. Fueron muy violentos con nosotros... Yo entiendo que la policía hace su trabajo, pero no creo que ningún juez mande que machaquen a una persona mayor, que peguen a los detenidos, que maltraten a un hombre enfermo terminal de cáncer, que no le dejen despedirse de su nieto... Porque no le dejaron ni darle un beso y llegaron a meter la cabeza de uno de mis familiares en la taza del váter. Denunciamos a los policías por maltrato, el abogado Montes nos lleva el caso, porque maltrataron a mi hermana y a todos los que se ponían por en medio. A mis familiares se los llevaron con lo puesto, no encontraron en casa absolutamente nada, cogieron el ordenador de mi sobrina y se llevaron a Nordine, mi sobrino. A nosotros nos tuvieron todo el día encerrados en casa. Conté veintisiete patrullas de policía, era una cosa increíble, parecía

que iban a coger a Bin Laden. Vinieron de madrugada y se quedaron hasta bien entrado el día. Estamos destrozados, esto es un sinvivir. A mi madre la han dejado hundida totalmente, hemos pasado ya por esto una vez y es un infierno.

—¿Tu hermano Marquitos no hacía reuniones con los demás detenidos ni planeaban viajes a Siria? —le pregunto a Turía.

—Mi hermano se reunía con sus amigos como cualquiera, y con sus familiares, y hablan de sus cosas, de religión, de lo que quisieran, pero de ahí a ser terroristas hay mucho camino. Si mi hermano ha hecho algo, que lo juzguen como a cualquier ciudadano y ya está.

—La policía dice que pocos días antes de ser detenido estuvo buscando en su ordenador billetes para viajar a Turquía, pero que no los llegó a comprar, ¿es eso cierto?

—Yo eso no lo sé, ¿pero mirar viajes ya es un delito? Lo que sí sé es que él estaba muy afectado por lo mal que lo estaban pasando los refugiados en Siria; tal vez eso era lo que quería hacer, ayudar a esos refugiados. Lo que tienen contra mi hermano es solo humo, como la vez anterior en que lo detuvieron por lo mismo. No tienen nada. Al marido de mi cuñada también lo detuvieron; trabajaba en la prisión y cobraba mil quinientos euros al mes... ¿tú te crees que tiene necesidad de ir a Siria? Yo no trabajaría si me fuera a ir a Siria, que me mandaran ellos el billete y punto, para eso no hace falta trabajar; y él tenía que trabajar cada semana de un turno. ¿Por qué no dejó el trabajo si tenía pensado marcharse? Además tenía una buena vida aquí, una bonita casa, un buen coche, no le hacía falta nada.

—¿Así que tu hermano no se encargaba de captar y de enviar a gente del barrio a luchar a Siria y a Irak?

—Eso no es verdad. De todas formas, si tienen algo contra él, que lo demuestren y ya está; yo acepto lo que diga la justicia, pero te digo que se han vuelto a equivocar con él, como ya hicieron la otra vez.

Los gemelos yihadistas

—¿Qué opinión tenéis de la gente que se ha ido a luchar con el

Estado Islámico?

—A la gente que se ha ido la conocemos del barrio de toda la vida. Eran chicos normales que no parecía que fueran a llegar a marcharse a la guerra, ni siquiera habían salido del barrio. La juventud que se ha ido estaba trabajando, los que se han ido y se han muerto estaban trabajando. Sus familiares no saben nada de sus hijos: por qué se han marchado y cómo lo han hecho... no lo saben. A una amiga mía se le han ido sus dos hijos gemelos, primero se fue el chico y luego la niña. La madre no sabe por qué sus hijos se marcharon. Su hijo la llamó un día y le dijo: «Nunca te perdonaría si denunciaras a alguien. A mí nadie me ha mandado, me he ido yo mismo».

Turía insiste en que no hay una red de captación en el barrio y en que su hermano no tiene nada que ver con la marcha de este joven.

—Además era un chico muy bobo, nadie jamás habría pensado que ese chico llegaría hasta Siria para luchar en una guerra.

—¿Quién es este chico?

—Se llama Younes Ahmed Mohamed, tenía unos veinte años cuando se marchó. No era un chico del que pudieras decir que era capaz de hacer algo; se marchó de repente y su hermana se fue detrás de él y está viviendo allí ahora.

—Su hermana es la que se ha casado con el que salió en las fotos con las cinco cabezas cortadas, con el Kokito —interviene Fátima para aclararme quiénes son los chicos de los que me habla.

Younes *El Esponja* murió poco tiempo después de llegar a Siria. No hay mucha información sobre cómo y cuándo murió. Asia es la mujer de Kokito, un yihadista marroquí de la ciudad fronteriza de Castillejos famoso por publicar fotos en las que aparece con las cabezas decapitadas de soldados sirios. Según cuenta la leyenda urbana, Kokito le regaló como dote a su mujer un chaleco explosivo que ella misma al parecer le pidió.

—Ella está muy feliz allí, ahora está embarazada. Llama a menudo a sus padres y parece que está contenta. Según las fotos que me han enseñado los familiares, están en alguna ciudad tranquila, no en un sitio conflictivo —me explica Fátima.

—¿Y qué opináis de las fotos en las que sale el marido, Kokito, rodeado de cabezas cortadas?

—Eso yo creo que es un montaje, que está hecho con Photoshop. No te puedes fiar de nadie hoy en día, ahora con tanta tecnología pueden hacer y manejar las caras de las personas mil veces —dice Turía, segura de esos argumentos que tratan de exculpar al yihadista.

—Y en el caso de que fuera realmente él, ¿qué opináis?

Turía se dispone a contestar y la detiene Fátima para responder ella, consciente de que la opinión de su amiga puede dejar claro su punto de vista radicalizado.

—Si son verdad las fotos, eso está muy mal. Estamos totalmente en contra —dice mientras Turía la mira y asiente con la cabeza entendiendo el mensaje.

—Habladme un poco sobre Asia y Younes. ¿Cómo eran estos chicos?

—Estos niños no tenían ninguna necesidad, vivían muy cómodamente, tenían medios. Aparte de eso, no sabían nada de la religión. La chica ni siquiera sabía ir al centro sola. Se criaron aquí, con la familia y con nosotros; los niños eran tan nobles y tan inocentes que podían parecer tontos. Aquí lo que pasa es que hay sectas que van a por la gente joven, porque los jóvenes son más fáciles de convencer y ven a chicos como estos, que son muy inocentes, y les meten esas ideas en la cabeza.

—Yo a Younes lo he criado en esta misma casa —me dice Fátima para mi sorpresa—. Ese niño se ha criado aquí con nosotros. Cuando mi hermano tuvo el accidente y mi marido se fue al hospital de Cádiz con él, Younes se quedaba aquí conmigo, porque a mí me daba miedo estar sola. Fíjate si era inocente y aniñado que yo estaba aquí mismo echada con mi hija y el chico aparecía haciendo ruidos como si fuera un fantasma para asustarnos. Así era Younes, como un niño grande. Tenía una pequeña deficiencia, como también la tiene su hermana, la que está en Siria.

—¿En algún momento viste un cambio en su actitud o notaste que se estaba radicalizando? —le pregunto a Fátima.

—Él me decía que lo que más quería era casarse y tener una mujer. Le había pedido permiso a su padre para ver si le dejaba construir en la parte de arriba de su casa para cuando se casase tener un lugar para vivir con su mujer; además tenía trabajo en el plan de empleo, en un taller. Younes tenía planes de futuro, se

había apuntado a una autoescuela porque quería comprarse un coche con sus ahorros. No entendemos por qué lo dejó todo y se marchó.

—¿Cómo fue su marcha? ¿Os disteis cuenta de algo?

—Fue todo de repente: un día se levantó como cualquier otro, desayunó con su familia y se fue al trabajo vestido con la ropa de faena. Se despidió de sus padres y no volvió. Ese día los padres empezaron a preocuparse cuando no volvió a casa por la tarde y porque no contestaba al móvil, pero pensaron que estaría en Marruecos. A la mañana siguiente llamaron del trabajo para preguntar por él y saber la razón por la que no había ido. Entonces ya se pusieron muy nerviosos. Esa misma tarde recibieron una llamada desde un número de teléfono muy largo y era Younes pidiéndoles perdón por haberse marchado y diciéndoles que se había ido a luchar a Siria. A los padres les dio un vuelco el corazón y tuvieron un disgusto enorme, pero lo peor llegó cuando recibieron otra llamada diciendo que su hijo había fallecido. Se quedaron destrozados, aunque la marcha de su otra hija los hundió del todo. La madre casi no sale de casa y el padre está con una depresión que no quiere saber ya nada del mundo.

—¿Cómo fue la marcha de Asia, la hermana de Younes? ¿Ya conocía a Kokito de Castillejos?

—Asia era igual de inocente que su hermano. Cada vez que tenía que hacer algo en el centro la acompañaba alguien de su familia porque ella era, cómo decirte, muy aniñada, tenía veintiuno o veintidós años pero parecía una chiquilla de doce. Cuando se marchó su hermano, yo creo que ella ya sabía algo, eran gemelos y se lo contaban todo. Al principio ella estaba bien, porque yo creo que pensaba que su hermano había hecho lo que quería hacer; pero cuando llamaron y les dijeron que había muerto, a ella se le vino el mundo encima. Los padres, temiendo que la niña siguiese los pasos de su hermano, le guardaron el pasaporte para que no pudiese viajar a Marruecos, pero ella, al darse cuenta, ni siquiera se lo pidió; se fue a una comisaría y denunció que lo había perdido para hacerse otro nuevo. Poco tiempo después hizo como su hermano: una mañana salió de casa y cruzó la frontera hacia Castillejos. Allí dicen que la esperaba otra chica, y las dos fueron a Casablanca para coger un vuelo a Turquía. Esto terminó de romper a la familia.

Aunque ella esté viva y ahora embarazada, saben que es muy difícil que vuelva a casa.

—¿Cuándo conoció a Kokito?

—Se conocieron a través de Younes. Kokito trabajaba en un taller aquí, en El Príncipe, y era conocido suyo. Ya sabes que aquí todo el mundo conoce a todo el mundo. Kokito se quedó enamorado de Asia y comenzaron a verse. A veces Younes los acompañaba, otras veces ella viajaba a Castillejos con alguna amiga para verle. Kokito quería casarse con ella, pero la familia de Asia no quería que se casase con él. Cuando Kokito se marchó a Siria, mantenían contacto por Skype o por Facebook. Nadie sabía que planeaba marcharse con él ni que estaban tan unidos. Lo de que le regaló un cinturón de explosivos como regalo de boda es una tontería que no sé de dónde ha salido. Si de algo puede pecar Asia, es de inocente y de seguir por amor a un chico hasta la guerra, pero de ahí a decir que la niña quería un cinturón explosivo..., eso es una chorrada que se han inventado. La chica era de lo más inocente del mundo, no sería capaz de matar ni a una mosca.

Lo que me cuentan estas dos mujeres me entristece mucho y me hace reflexionar sobre esa realidad que se vive en El Príncipe y en tantos otros barrios suburbiales. La gente que se dedica a captar a jóvenes para combatir y dejarse la vida en ataques suicidas se aprovecha de este tipo de personas fáciles de sugestionar. Perfiles como los de Asia y Younes abundan entre los jóvenes captados por los diferentes grupos terroristas, chicos ya no solo en situación de marginalidad o con problemas, sino con algún tipo de discapacidad intelectual o algún trastorno mental que son todavía más vulnerables a los reclutadores, que entonces tienen mayor facilidad para alterar su voluntad. En definitiva, gente perfecta para cometer una acción suicida.

El delegado del Gobierno en Ceuta confirmó tras la detención de Marquitos y del resto de la supuesta célula yihadista que tres personas de las captadas por esta red que fueron enviadas a Siria tenían alguna afectación mental, trastornos bipolares o algún tipo de deficiencia.

Un estudio reciente de la policía holandesa indicó que de los ciento cuarenta casos de yihadistas que han viajado a Siria y que han sido analizados, el 60 por ciento tenía problemas psíquicos. Un

dato a tener en cuenta. En poco tiempo en el barrio ya he escuchado muchos testimonios que confirman que muchos de los jóvenes captados tienen trastornos psíquicos. Los encargados de captar yihadistas son especialistas en detectar y aprovecharse de la vulnerabilidad, y no hay presa más fácil para ellos que una persona con algún tipo de discapacidad intelectual.

—Fátima, antes me has contado que los que se dedican a captar son como una secta, ¿qué quieres decir con eso? —le pregunto a la mujer, que me sorprende por su facilidad de palabra y por sus ganas de hablar.

—Son como una organización secreta, como sectas que se dedican a captar a gente joven del barrio; vienen de Marruecos pero también están aquí. Antes de detener al hermano de Turía venía uno a la mezquita Al Tauba, cerca del zoco, para dar unos sermones que metieron en la cabeza de mucha gente todas esas ideas radicales.

—¿Y cómo actúan?

—Esta gente actúa en la sombra. Ellos observan y hablan con la gente. Cuando ven a alguien que es fácil de captar, lo cogen y se lo llevan a un lugar privado, a una casa donde pueden hablar tranquilamente. También cruzan la frontera y se los llevan a Castillejos, así les empiezan a meter todas esas ideas en la cabeza, hasta que llega un punto en que tienen el cerebro totalmente lavado. Siempre van a por gente joven, de dieciocho o diecinueve años... ¿por qué no van a por mí, que tengo mis cuarenta años, o a por mi marido, que también es mayor? Pues porque los jóvenes son más fáciles de manipular, y con nosotros lo tendrían mucho más difícil.

»Me da mucha pena todo esto porque juegan con la inocencia de las niñas, les prometen que van a vivir muy bien, que tendrán todo tipo de lujos y que no les faltará de nada, que vivirán felices al lado de su joven marido... Pero van engañadas, van a vivir una vida de miseria y de guerra, y van a ser utilizadas por los hombres de allí. Me da mucha pena Asia y las que han ido, como Lubna Mohamed, una chica preciosa, muy moderna, muy estudiosa, con toda una vida por delante, que se ha ido a Siria engañada por estas personas.

—Esa muchacha tiene un chalet que si entras te quedas impresionado —dice Turía refiriéndose a Lubna Mohamed—. Sus

abuelos y sus tíos viven aquí y son vecinos nuestros, yo conozco muy bien a la madre.

—¿Y a esa chica cómo creéis que la captaron? —Lanzo la pregunta a las dos mujeres con ánimo de propiciar un cierto debate.

—Yo pienso que son una secta —insiste Fátima en ese argumento—. Van a por chicos y chicas jóvenes que son fáciles de influenciar, les prometen el paraíso, que van a encontrar un lugar donde van a ser felices. El problema es que la gente joven no tiene ninguna información sobre el islam, hay algunos que se han ido y que jamás en su vida han rezado, que no pisaban la mezquita..., a estos chicos es fácil engañarlos y meterles ideas radicales porque no tienen conocimiento alguno de la religión, y se creen todo lo que les dicen.

»Últimamente se dedican a reclutar mujeres, sobre todo chicas como Lubna, pero lo que no saben las pobres niñas es que las engañan, que van a Siria a trabajar de prostitutas, porque si tu marido sale ahora mismo al frente y lo matan, al día siguiente te casan con otro, y vas de un matrimonio a otro, de un hombre a otro. Y cuando ya están hartos de ellas y las han utilizado de todas las formas posibles, les ponen un cinturón explosivo y las mandan a cometer un atentado suicida. Para eso quieren ahora que vayan las mujeres, para utilizarlas como esclavas sexuales, para pasárselas de unos a otros como si fueran objetos. Y cuando están hartos de ellas se las quitan de en medio, porque ya vendrán otras niñas engañadas. —Fátima se ha ido viniendo arriba y está tremendamente indignada. Su mirada y sus gestos hablan por ella.

Aunque todo lo que me cuentan estas mujeres ya lo había oído antes o lo había leído en los muchos reportajes que aparecieron en los últimos meses, el hecho de hacerlo a través de un testimonio directo de las actividades de estas redes de captación hace que su impacto sea mayor. Me interesa mucho lo que me puedan contar estas madres, vecinas o amigas de los que se han marchado, así que insisto con preguntas que en otro momento ya he planteado a gente como Abdelkader o el profesor Rontomé. Diferentes visiones y opiniones para una misma realidad.

—¿Y qué opináis sobre que los yihadistas que van a Siria e Irak

maten musulmanes, luchen contra los chiíes?

—Aunque sean chiíes, son musulmanes; cada uno tiene su manera de ver la religión —dice Fátima en tono conciliador.

—Para mí el chiismo es lo peor, son la raza más mala que hay. —Las palabras de Turía muestran su odio hacia la vertiente chií del islam, su reflexión le ha salido de dentro espontáneamente, y refleja a la perfección lo que piensan los miles de yihadistas que han viajado hasta Siria buscando en primer lugar la destrucción de los Estados chiíes de la zona.

Los pensamientos de Turía muestran la influencia de su entorno radical y cuál es el principal objetivo de los yihadistas: acabar con los chiíes, con lo que ellos consideran malos musulmanes. Es un odio que viene de lejos, desde los orígenes del islam, un odio que durante mucho tiempo estuvo aletargado, pero el auge de las ideas radicales salafistas y su afán de regresar al inicio del islam traen consigo ese enfrentamiento salvaje.

—¿Sabes quiénes son los que forman parte de esos grupos de captación que operan en el barrio? —le pregunto directamente a Fátima.

Turía permanece callada, dejando hablar a su amiga y vecina, pendiente de su móvil, que cada poco tiempo suena. Fátima se queda en silencio, pensando cuál es la respuesta que me va a dar. Ella me ha demostrado que es una mujer inteligente, percibo que bajo esa apariencia de mujer frágil y castigada por los golpes que le ha dado la vida se esconde una persona empática que conoce a la gente y que sabe de qué pie cojea cada uno. Me parece una persona que sabe mucho más de lo que parece.

—Aquí claro que se sabe quiénes son los que hablan con los chicos, te vuelvo a decir que hay gente que viene de fuera y algunos que viven aquí. Mandan dinero para que se capte y se envíe a los chicos. Eso se sabe en el barrio. Yo no te voy a dar nombres porque aquí lo peor que puedes ser es un chivato, te buscas la ruina.

Entiendo perfectamente a Fátima, como entendí en su momento a Abdelkader y a su familia: el silencio aquí es ley y lo que pasa en El Príncipe se queda en El Príncipe; eso constituye una realidad que va a ser prácticamente imposible cambiar.

A veces, cuando me dicen que aquí la gente no denuncia por miedo, pienso que hacen mal, que así las cosas no van a cambiar

nunca y que los malos siempre van a acabar ganando y campando a sus anchas, haciendo del barrio su propio reino. Y entonces me hago una pregunta: ¿qué haría yo si viviera aquí y tuviera una familia que sacar adelante? ¿Me arriesgaría a denunciar a un delincuente, a un narcotraficante o a alguno de los que tratan de captar futuros yihadistas? La respuesta seguramente es no, porque si hablas más de la cuenta, lo más probable es que alguien se entere y te quemen el coche, la casa o que te peguen un tiro. Por eso entiendo la ley del silencio que impera en El Príncipe, la entiendo porque casi con certeza cualquier persona en la misma situación actuaría de ese modo.

Encuentro muchas similitudes entre la forma en la que operan las células de captación yihadistas y las sectas destructivas. En una conversación que tuve con el abogado del único yihadista español que había vuelto de la guerra en Siria, Abdeluahid Sadik Mohamed, me contaba que su defendido había sido manipulado por el grupo de captación. Según él, había sufrido persuasión coercitiva; el grupo que lo había captado le había lavado el cerebro y lo había convencido para ir a la yihad. Durante el tiempo que estuvo bajo el influjo de los reclutadores yihadistas, su personalidad cambió, pasó de ser un joven que apenas pisaba una mezquita a radicalizarse por completo y a asumir como propias ideas que nunca antes había tenido. Algo que, según me han contado Turía y Fátima, sucede habitualmente con los captados, chicos que nunca se han caracterizado por ser religiosos y que repentinamente se vuelven fanáticos.

Los yihadistas ceutíes

Hablar de terrorismo y de yihadismo es un tema tabú en El Príncipe. Aquellos con los que hablo minimizan su existencia, pero prácticamente todos en la barriada conocen a alguien detenido o que ha viajado a Siria. El tema se ha convertido en una verdad incómoda para la gente del barrio, tal vez por el miedo que tienen los vecinos de que se asocie a El Príncipe con el yihadismo. Por desgracia, los casos de jóvenes yihadistas que han salido de aquí hacen que esa asociación entre yihadismo y la barriada ya se haya

introducido en la memoria de muchas personas; si a ello añadimos la influencia de la famosa serie de televisión, esa idea queda entonces fijada con bastante claridad en la memoria colectiva.

Es cierto que el número de yihadistas que han salido de Ceuta es insignificante comparándolo con los miles que han surgido de los barrios marginales franceses, de las ciudades belgas y de otras zonas de Europa, pero también es cierto que ese número de yihadistas ceutíes se hace más significativo en una población que no llega a los 85.000 habitantes.

La inmensa mayoría de los vecinos de la barriada del Príncipe Alfonso están en contra de cualquier tipo de acto terrorista y repudian a los grupos que se han instalado en el barrio y han arrancado de sus familias a jóvenes que luego han fallecido cometiendo atentados suicidas en Siria o en Irak. Nadie quiere a estos grupos en el barrio, pero poco pueden hacer los vecinos para evitar que se instalen en El Príncipe, donde pueden campar libremente y reunirse bajo el amparo del secretismo y de la ley del silencio que impera en la sociedad.

Me contaba Fátima el caso de una familia que había recibido la noticia de que uno de sus miembros, un joven de apenas veinte años, había fallecido formando parte del Estado Islámico. Al escuchar la fatal noticia, uno de sus hermanos agarró una pistola que tenía en su casa y salió cegado por la ira y el dolor a buscar a alguno de los que habían convencido a su hermano para unirse a la yihad. El hombre llegó a la plazoleta del zoco y en medio de la multitud que se reunía en el lugar amenazó con matar a los que se habían llevado a su hermano si los volvía a ver por el barrio.

La yihad que promueven las ideas salafistas más radicales está destruyendo a muchas familias en El Príncipe, que no entienden por qué se han ido sus hijos, sus hermanos o sus maridos a luchar a una guerra que no tiene nada que ver con ellos. Decenas de familias rotas, esa es la huella que deja esa mal llamada yihad por las calles del barrio; vecinos obligados a vivir con los que se han llevado a sus hijos y que lo único que pueden hacer es intentar que los hijos que les quedan no sigan el camino de los que ya han fallecido en esa guerra ajena.

Durante el tiempo que llevo en el barrio he escuchado un montón de historias sobre los jóvenes que se han unido a los grupos

yihadistas, pero el caso que más ha llamado la atención de todo el mundo ha sido el de Rachid, el primer yihadista del barrio que falleció en Siria.

De taxista a terrorista suicida

Mi amigo Mohamed se ha convertido en una pieza clave en mi aventura en El Príncipe; gracias a él consigo acceso a gente con la que de otra forma sería casi imposible hablar. Nuestra rutina es básicamente la misma todos los días: desayunamos en el cafetín y luego recorremos el barrio; si quiero hablar con alguien, Mohamed lo localiza e intenta que pueda entrevistar a esa persona. En el lenguaje periodístico, la labor que desempeña es la de *fixer*, una persona local que conoce bien lo que pasa en su entorno y que se encarga de conseguir todo lo necesario para realizar un reportaje, desde entrevistas hasta desplazamientos. Es sin ninguna duda la pieza clave y el motor que mueve a cualquier periodista o escritor que quiera documentar algo que sucede lejos de su terreno; sin la labor del *fixer* sería prácticamente imposible sacar adelante un trabajo de esas características en lugares conflictivos o donde el hermetismo de la gente no permite llegar hasta el fondo.

—¿Qué plan tenemos hoy? —me pregunta Mohamed, sentado frente a mí en la cafetería de la plaza.

—Me gustaría hablar con la familia de Rachid, el taxista. ¿Lo conocías?

—Claro que lo conocía. Mi padre es amigo de su padre; de pequeños jugábamos juntos y teníamos amigos en común, aunque de mayores ya no éramos muy cercanos. Hablar con su familia no va a ser fácil; su mujer apareció en un programa de televisión y no quedaron muy contentos con lo que sacaron de ellos. La familia está muy fastidiada con lo que le pasó a Rachid. Viven cerca; si quieres nos acercamos e intento hablar con alguien de la familia.

—Me parece perfecto, Mohamed.

Acabamos nuestros tés y salimos a la calle bajo las miradas de los habituales del cafetín; creo que ya conozco a la mayoría y ellos también a mí, aunque todavía muchos de ellos me miran con desconfianza.

La historia de Rachid Wahbi me dejó impactado cuando la conocí en los medios de comunicación, en junio de 2012. Rachid murió en Siria empotrando el camión cargado de explosivos que conducía contra un acuartelamiento del ejército sirio en la localidad de Al Tarib, y dejando ciento treinta muertos y un vídeo grabado en el que se lo veía prepararse para cometer el atentado suicida y despedirse de los suyos. Su serenidad hablando a la cámara con absoluta normalidad y reconociendo lo que iba a hacer a continuación me dejó perplejo, aún más cuando supe que abandonó su acomodada vida como taxista en Ceuta y a su joven mujer con dos niños de corta edad.

—¿Cómo era Rachid? —pregunto mientras caminamos por las laberínticas calles de El Príncipe hacia la casa donde vivía el yihadista fallecido.

—Pues era un chico normal, muy callado y formal; no era de esos que llaman la atención y hablan en voz alta, era muy tranquilo. Nunca le oías hablar de política o de religión, era muy reservado. La gente cercana a él sabía de su visión sobre muchos temas y sobre cómo vivía él la religión, pero nunca se ponía a discutir ni hablar de esos temas en público.

—¿La gente de su entorno no se dio cuenta de que se había radicalizado?

—Yo noté un cambio desde hacía un tiempo, porque dejó de verse con sus amigos y se hizo mucho más creyente. Eso tampoco es malo, hay quien deja de juntarse con gente conflictiva, deja de salir, de fumar o de meterse en líos, y forman una familia; no tiene nada de extraño acercarse al islam y dejar de hacer otras cosas. Sin embargo, a veces es difícil darse cuenta de que alguien se ha radicalizado. Muchos familiares de chicos que se han ido a la guerra te dicen que no notaban nada extraño y que no se lo esperaban. Me imagino que son cosas que pasas por alto..., es como tener un hijo que se droga, muchos padres no tienen ni idea de lo que hacen los chicos cuando están lejos de casa, y con esto pasa lo mismo: cuando están fuera con los que piensan como ellos actúan de una manera y cuando están con sus familias lo hacen de otra distinta.

—¿Había estado relacionado Rachid con el mundo de la delincuencia?

—Rachid había comprado una licencia de taxi... ¿Sabes cuánto

cuesta una en Ceuta? Unos doscientos mil euros; aquí poca gente se puede permitir gastar ese dinero. Claro que estuvo en el mundo del narcotráfico, eso lo saben todos en el barrio, pero él dejó todo eso atrás cuando formó su familia.

Mohamed se detiene en medio de una callejuela; al fondo, una mujer completamente vestida de negro camina hacia nosotros con un niño de la mano.

—Esa es la mujer de Rachid —me dice mientras se coloca delante de mí, preparándose para el inminente contacto verbal con ella.

Los dos comienzan a hablar. Yo permanezco a una respetable distancia de ellos, sin intervenir en la conversación hasta que mi amigo me haga una señal de que es el momento oportuno. Cuando la hace, me acerco a ellos.

—*Salam aleikum* —saludo a la mujer respetuosamente y ella me contesta del mismo modo—. Me gustaría hablar contigo sobre lo que le pasó a Rachid —le digo a la joven viuda con todo el tacto del mundo.

—Estoy un poco cansada ya de hablar de esto, ha venido mucha gente sacando este tema y ya no puedo más. Han pasado casi tres años desde que se fue y toda la familia está muy mal. —La mujer agarra por los hombros a su pequeño y lo acerca a ella; el chiquillo nos mira sin entender de qué estamos hablando.

—Te comprendo perfectamente, y no quiero molestarte, solo quería llegar a entender por qué se fue Rachid.

—Ojalá pudiera entender por qué se fue, a día de hoy todavía no lo sé. Si me hubiera dicho algo o me hubiese dado cuenta de que se quería ir a la guerra, jamás se lo habría permitido. —Al recordarlo, la mujer parece entristecerse aún más; las ojeras que se marcan bajo sus grandes ojos negros son un reflejo de la tensión y el dolor que ha sufrido. Solo cabe dejar de preguntar y permitir a la joven viuda seguir su camino.

—No te quiero molestar más, perdona —le digo apartándome a un lado de la estrecha callejuela.

—Lo único que quiero es cuidar de mis pequeños y sacarlos adelante; ellos son lo único en lo que pienso ahora, no quiero pensar en lo que hizo mi marido ni en por qué se fue... Eso solo me causa dolor.

La joven se marcha con su hijo de la mano y yo me quedo con Mohamed en esa misma calle, convencido de que Rachid jamás le dijo una sola palabra a su mujer sobre cuáles eran sus intenciones. El dolor no miente, el rostro de la viuda refleja una insondable pena que es más sincera y más real que el propio aire que ahora mismo estoy respirando.

Seguimos caminando por el barrio. Mohamed de vez en cuando coge su teléfono y manda algunos mensajes intentando encontrar a alguien que quiera hablar conmigo sobre Rachid.

—Me ha contestado un primo de Rachid, ¿quieres hablar con él? —me pregunta mi enérgico amigo, al que le respondo con un rotundo sí—. Vamos a Las Caracolas, baja en cinco minutos.

Llegamos a la tranquila calle de la mezquita de Las Caracolas; como siempre que no hay rezo, por allí no pasa nadie. Esperamos bajo uno de los arcos de medio punto que conforman la fachada de la mezquita, que permanece cerrada hasta la hora de la siguiente oración. Un hombre joven se acerca por nuestra derecha, bajando la cuesta a paso acelerado casi como un marchador olímpico; enseguida llega hasta nosotros y nos saluda.

—Él es el primo de Rachid —me dice Mohamed.

Tras presentarme y saludarlo, le planteo la primera pregunta de las muchas que me surgen.

—Me gustaría saber cómo era Rachid, más allá de todo lo que ha aparecido en los medios.

—Era un buen chico; si alguien necesitaba ayuda, él siempre se ofrecía. Jamás hizo nada malo; en toda la barriada no encontrarás a nadie que diga algo malo sobre él.

—¿Te sorprendió que se marchase a la guerra de Siria?

—Claro que me sorprendió, a todos nos sorprendió. Nadie sabía que tenía la intención de irse a luchar en la guerra. Fue algo que no nos creímos hasta que nos dijo dónde estaba.

—¿Pero nunca visteis ningún comportamiento extraño en él, algo que pudiera indicar que se estaba radicalizando?

—Yo por lo menos no me di cuenta de nada, y su mujer, que es la que vivía con él, tampoco vio nada raro. Rachid hacía tiempo que se había vuelto más religioso, pero ya está.

—¿Qué opinaba él de la guerra en Siria o de los conflictos armados del mundo árabe? —le pregunto para conocer las

inquietudes políticas del joven taxista fallecido.

—Yo sé que él estaba muy afectado por lo que estaba pasando en Siria, veíamos en el telediario lo que Al Asad estaba haciendo con su pueblo y le sentaba muy mal, a todos nos disgustaba lo que estaba pasando allí. Es normal. Lo mismo sucede con Palestina, es una injusticia, igual que la invasión de Irak..., a Rachid le afectaba mucho lo que se veía en las noticias, pero aquí hay mucha gente que piensa igual. Yo creo que se fue porque quería luchar en favor de los civiles sirios que estaban siendo masacrados por el Gobierno, quería ayudarles, y por eso se unió a la resistencia

—Pero en el vídeo que grabó se ve que formaba parte de Al Qaeda en Siria, no del Ejército Libre de Siria —le digo al joven, ya que su argumento no me parece muy preciso.

—Al final todos luchan por lo mismo, por echar a Bashar Al Asad de Siria y liberar a su pueblo —me contesta con una evasiva el primo de Rachid.

—¿Te parece bien lo que hizo?

—Respeto su decisión de ir y de luchar por sus ideales, pero lo que me causa tristeza es que ha dejado a su familia rota de dolor; su mujer tiene que sacar adelante ella sola a sus hijos..., bueno, tiene a la familia cerca, pero es duro que se haya quedado sola con tantos problemas. Si me preguntas que si yo haría lo mismo, te diría que no, aunque intento respetar que decidiese marcharse, pese a que no lo comparta.

—¿Crees que alguien le metió esas ideas en la cabeza o él llegó a pensar así por sí mismo?

—Nadie le convenció para ir. Yo creo que él tenía intención de ir, lo que creo es que le ayudaron desde aquí o desde Castillejos a llegar hasta Siria. Además no se fue solo, El Piti y El Tafo se fueron con él. El Piti trabajaba en el taxi de Rachid, eran amigos íntimos, chicos muy formales y reservados; yo creo que llevaban tiempo pensando en irse; lo más seguro es que no se lo dijesen a nadie para que no les fastidiasen su plan.

—¿No crees que el grupo de Marquitos le ayudó a irse a Siria?

—No te puedo decir, conocerse se conocían, pero yo no sabría decirte si este o aquel le han ayudado a irse a Siria. Sí estoy seguro de que nadie le metió ideas en la cabeza. Rachid era muy inteligente, no creo que se dejara convencer por nadie; no creo que

le lavasen el cerebro o algo así; no era como otros que se han ido, que eran muy bobos. Rachid era muy culto, leía el Corán, conocía bien el árabe que se habla allí, no el *dariya*, sino el árabe clásico. Otros que se marcharon no sabían ni leer ni escribir en árabe, por eso te digo que no era como los demás.

—Siendo familiar suyo, insisto, ¿de verdad no te diste cuenta de algún detalle que te hiciera sospechar?

—Su vida era muy normal, trabajaba en su taxi y venía con su familia. A mí me parecía un comportamiento normal, me iba con él a comprar a Marruecos y hablábamos de todo; él siempre insistía en que tenía que rezar más y dejar de ver a mis amigos porque no quería que me metiese en líos.

—¿Se volvió más religioso o cambió de amistades?

—Iba más a la mezquita, sí, pero eso no tiene nada de malo. Yo también voy y no pienso marcharme a Siria. Él casi no salía, no se relacionaba demasiado con la gente, era muy suyo.

La vida de Rachid transcurría con una aparente normalidad, su trabajo como taxista le daba ingresos suficientes como para mantener a su mujer y a sus dos hijos. Nada hacía sospechar que en poco tiempo iba a marcharse a luchar a Siria contra el ejército de Bashar al Asad, y que no iba a ir solo: dos amigos y vecinos suyos también le acompañarían en el trágico destino final que le esperaba en el país árabe. Fue el primer ciudadano español fallecido en la guerra siria, y su caso, como el de los otros dos que viajaron con él, Tafo y Piti, suponen el inicio del fenómeno yihadista español, y sobre todo dieron la voz de alarma a los servicios de seguridad españoles sobre el auge del yihadismo salafista dentro del territorio nacional.

5

LA VISIÓN INSTITUCIONAL

El presidente de la Ciudad Autónoma

Después de muchos días sin pisar las calles del centro de la ciudad, vuelvo a ellas con una sensación todavía más grande de haber llegado de otro país, como cuando uno vuelve de un largo viaje a un lugar lejano y pisa de nuevo las calles de su ciudad. Es entonces cuando uno percibe realmente lo lejos que ha estado y lo diferente y cómoda que es la propia vida. Esa sensación es la que tengo ahora mismo mientras voy caminando por las calles del centro de Ceuta de camino al Ayuntamiento, donde me espera el presidente de la Ciudad Autónoma, Juan Jesús Vivas.

Son las diez y media de la mañana y todavía tengo una hora hasta mi cita, así que decido sentarme en una de las terrazas próximas al consistorio y tomar algo que no sea el desayuno que suelo comer desde que estoy aquí con mi guía y amigo Mohamed, compuesto por té y pan redondo con queso blanco y atún.

La clientela es toda de origen cristiano, lo mismo que los camareros e incluso la mayor parte de la gente que pasa por la calle. Apenas hay musulmanes. En estos momentos me siento en el centro de dos mundos que viven paralelamente pero que no se tocan; me siento igual de extrañamente cómodo desayunando en el cafetín de la plaza del Zoco con los vecinos de El Príncipe que sentado en esta elegante terraza de la calle Alcalde Sánchez Prado, junto a unos clientes que por su aspecto parecen ocupar altos puestos de la sociedad ceutí. Detengo a la camarera que pasa a mi lado pero que parece no haberme visto y le pido un café y una tostada con tomate y aceite; la mujer me mira sonriente y toma nota de mi pedido. Yo aprovecho la espera para sacar mi cuaderno y repasar un poco lo que quiero preguntarle al presidente Vivas.

Tras desayunar con calma, pago la cuenta y salgo del local.

El Ayuntamiento está justo al lado. Entro por una de las pesadas puertas de cristal que dan acceso al control de seguridad y me acerco a la garita para identificarme. Subo las escaleras siguiendo las indicaciones del policía del vestíbulo y llego a una puerta donde me espera un hombre que me acompaña hasta el despacho del presidente de la Ciudad Autónoma. El mandatario me recibe con una sonrisa.

—Gracias por recibirme, señor presidente. —Me parece extraño referirme de esa manera al que en otra parte de la península sería alcalde, pero he aquí otra de las peculiaridades que tiene la Ciudad Autónoma de Ceuta.

—De nada, Almanzor, me parece que un libro sobre El Príncipe se merece toda mi atención —me contesta con la misma amabilidad con la que me trató cuando le conocí por casualidad en el economato de El Príncipe—. ¿De qué quieres hablar? —me pregunta mientras nos sentamos.

Juan Jesús Vivas lleva presidiendo la ciudad desde el año 2003. Desde entonces ha ganado una y otra vez las elecciones en Ceuta con mayoría absoluta. Sin conocer la peculiar idiosincrasia de esta pequeña ciudad, es difícil entender cómo el Partido Popular puede llevarse tantos votos de la población musulmana, pero al conocer más de cerca la sociedad ceutí, uno se da cuenta de que la gente no vota a las siglas, vota a las personas, y Juan Jesús Vivas es un hombre que despierta simpatías en una gran parte de la población ceutí, ya sean cristianos, musulmanes o de cualquier etnia o grupo humano que haya en la ciudad.

—En primer lugar me gustaría hablarle de la sensación que me han transmitido las personas con las que he convivido en El Príncipe: se sienten abandonados, como si estuviesen excluidos del resto de la sociedad ceutí, como si no contaran. Cuando uno camina por las calles del barrio, tiene la sensación de que está en Marruecos, no en España —le digo al presidente, que escucha atentamente mi argumentación.

—La barriada está marcada por la permeabilidad transfronteriza, desde el punto de vista económico, desde el punto de vista demográfico y desde el punto de vista social, y eso es un hecho absolutamente cierto. Yo creo que influye su ubicación física y

geográfica, porque entre El Príncipe y la frontera hay muy poca distancia, y eso lógicamente impacta. Se sabe que hay gente que está viviendo en la barriada y que no consta en el censo municipal, y eso tiene un impacto cuando haces estadísticas y cuando pasa por allí el encuestador y pregunta por la tasa de paro, y a lo mejor se le pregunta a quien no está censado y no está oficialmente viviendo en El Príncipe... Toda esa realidad hay que regularizarla —me dice el presidente, convencido de lo que me está contando—. Aquí estamos embarcados en un objetivo que es la normalización de El Príncipe, y queremos combatir esa percepción que se pueda llegar a tener de que ese barrio de Ceuta es algo distinto, aislado, separado o excluido.

—¿Y qué se está haciendo exactamente para normalizar la situación del barrio? —le planteo al alcalde de la ciudad.

—En el proceso de normalización de El Príncipe hay tres elementos que influyen en la situación en la que está el barrio y sobre los que estamos trabajando: el elemento urbanístico, el elemento demográfico y el elemento social, por ser un poco esquemáticos a la hora de fijar los ámbitos de actuación. En el ámbito demográfico estamos procurando prevenir y corregir el empadronamiento ficticio y al mismo tiempo evitar la residencia irregular, porque tanto una cosa como la otra son negativas. En El Príncipe se daba la circunstancia de que había domicilios en los que figuraban inscritas como residentes entre veinticinco y treinta personas. Esto ya no se da, porque se está haciendo una labor de comprobación del censo. A mí me dicen que hay familias que tienen viviendo en sus casas a chicas de Marruecos que contribuyen a las labores domésticas, y estas chicas no figuran en ninguna parte. Para normalizar la situación, primero tenemos que hacer un censo real de El Príncipe, para luego dimensionar los servicios a esa realidad social. Es complicado, claro, porque con la frontera que tenemos, con las diferencias de renta y de protección social que hay a uno y otro lado, el efecto llamada es una realidad inevitable.

—¿Se puede cambiar esa permeabilidad que hay en la frontera? —le pregunto al presidente, consciente de la cantidad de problemas que generan los límites con Marruecos.

—Es complicado porque cambiarla significaría dificultar un contacto muy frecuente que se produce a menudo por razones

familiares; cambiar eso significaría intensificar el control para el paso fronterizo y eso tiene una deriva negativa... es complejo. La provincia de Tetuán es la que más ha crecido demográficamente en Marruecos durante los últimos años, y eso se debe fundamentalmente a la actividad que genera la frontera. De acuerdo con el tratado de Schengen, los residentes en la provincia de Tetuán pueden pasar a Ceuta sin necesidad de visado por parte del consulado español, y eso es así por razones humanitarias. Ceuta presta a los residentes en el país vecino una serie de servicios en el ámbito de la sanidad, de los servicios sociales y los educativos, y lo hacemos porque es beneficioso para el conjunto de España y para Europa, pero evidentemente supone un esfuerzo de solidaridad que realizan los ciudadanos de Ceuta.

»Sobre el elemento urbanístico, que es otro factor problemático en El Príncipe, hay que ejecutar el plan de ordenación del barrio. Por una parte, la mejora de los accesos..., no sabes cómo estaban los accesos a esa zona antes, eran prácticamente imposibles. Hay que controlar ese crecimiento totalmente desordenado y vertiginoso, igual que la presión demográfica, que se traduce en viviendas ilegales construidas sobre terrenos públicos.

—¿Por qué no se frenó en su momento ese crecimiento urbanístico? —le planteo.

—En su día, el planteamiento fundamental se centró en perimetrar El Príncipe para mejorar los accesos al mismo y establecer a través del perímetro las redes de alta de los suministros básicos, abastecimiento de agua, telefonía, saneamientos, alumbrado público y suministro eléctrico. El acceso permite la integración, permite la dotación de alta de los suministros básicos y permite contener el crecimiento desordenado. Tenemos ahora una dotación importante del Fondo Europeo de Desarrollo Regional, el FEDER, para el período 2014-2020; son subvenciones a fondo perdido de la Comisión Europea para fortalecer la cohesión económica y social en la Unión Europea a fin de corregir los desequilibrios entre regiones, y hay prevista una actuación específica para la rehabilitación y regeneración urbana de zonas degradadas. Todos esos recursos van a ir destinados a El Príncipe. Eso permitirá seguir avanzando en la línea de normalización de los suministros y servicios básicos.

—¿Qué se plantea hacer con el problema de las viviendas ilegales en El Príncipe?

—Nosotros calculamos que allí habrá unas mil quinientas viviendas, no todas afectadas por situación de infraviviendas o de irregularidad en el ámbito urbanístico..., digo irregularidad, pero también es una anomalía perturbadora del desarrollo del plan de urbanización, porque allí hay viviendas que son irregulares porque están en suelo público y hay viviendas que están ubicadas de tal manera que imposibilitan la implantación de los servicios básicos o la conexión interna dentro de la propia barriada. En lo que se refiere a viviendas susceptibles de ser regularizadas porque no impiden el desarrollo urbano, ahí lo que estamos haciendo es, en convenio con el Ministerio de Defensa, contemplar la cesión a la ciudad de ese suelo de Defensa donde están las viviendas y abrir un proceso de regularización. Todo es regularización, todo es normalización, de tal modo que esas personas puedan inscribir la vivienda a su propiedad; ya buscaremos la fórmula de si con derechos de superficie o vendiéndoles el suelo a un precio simbólico, lo que sea para que esa vivienda quede normalizada y regularizada. Lo que no se pueda regularizar porque sea urbanísticamente inviable, lo supliremos con las promociones de Loma Colmenar, en las inmediaciones de El Príncipe, donde se han construido setecientas viviendas en los últimos cinco años y queremos construir otras setecientas en los próximos cinco años, no solamente para El Príncipe sino también para atender otras necesidades de Ceuta.

—¿Y cómo pretenden atajar los problemas de exclusión social de la barriada?

—Desde el punto de vista social hay dos problemas principales..., bueno, hay muchos pero fundamentalmente son dos: el abandono prematuro de los estudios y el paro. En el abandono prematuro de los estudios influye una situación peculiar que debemos reconocer, que es el tema lingüístico. Se dan muchos casos, no sé exactamente en qué porcentaje, en que el padre se ha casado con una mujer de Marruecos, ella no sabe castellano, el niño va al colegio y en clase no se entiende con el maestro.

—Pero también hay muchos que hablan un perfecto castellano —le digo al presidente Vivas, recordando a la hija de Fátima y

Samir, y a los niños que veo jugar en las calles de El Príncipe.

—Magníficamente —reconoce—, y no solamente eso, en el colegio Reina Sofía y en el Príncipe Felipe están haciendo una labor magnífica y da gusto ver a los niños, tratar con ellos. Ese caudal es lo que tenemos que aprovechar. El esfuerzo que se realiza en los colegios de El Príncipe es importante. La ratio de educador por alumno en el barrio probablemente sea de las más altas de España; aparte de lo que pone el ministerio, nosotros tenemos un Plan de Empleo a través del que aportamos alrededor de seiscientos cincuenta profesionales, entre pedagogos, maestros y otros profesionales de refuerzo en los colegios; aparte tenemos un programa estable de refuerzo educativo con más de ochenta personas, y desde luego esos colegios se llevan la mayor parte.

—Pues yo conozco casos de familias de El Príncipe que se empadronan en el centro de Ceuta para poder llevar a sus hijos a colegios en los que creen que salen mejor preparados.

—Tenemos que elevar el nivel de éxito educativo en los colegios de El Príncipe para que esa tendencia no se produzca. ¿Por qué hay familias que se empadronan más cerca del centro? Porque consideran que el abandono prematuro de los estudios o el fracaso escolar es más alto en el barrio que en el resto de los colegios. Eso solo se puede corregir incrementando el esfuerzo en materia de profesorado, en instalaciones, y al mismo tiempo exigiendo una implicación de los padres, ya que sin esto no vamos a ninguna parte. Hay que incentivar a los padres para que nos ayuden a cambiar esa dinámica. Hemos tenido épocas mucho más difíciles que esta, épocas en las que las actividades delictivas vinculadas al narcotráfico estaban muy presentes, pero esto hoy día no tiene nada que ver con lo que fue. Hubo una época en la que ser delincuente era de una notoriedad social aplastante y los chicos dedicados a esta práctica vivían de una manera muy ostentosa. Eso lo combatimos afortunadamente para la salud del conjunto de la ciudadanía, pero hubo una época en que los niños de El Príncipe tenían como referentes a esos chicos. Eso ahora casi ha desaparecido, porque ha desaparecido el gremio..., bueno, decir que ha desaparecido es mucho, pero sí que se ha reducido notablemente, gracias a la labor de la policía y también del conjunto de la sociedad. Los padres de El Príncipe tienen que creer que la educación es el futuro, porque la

educación facilita tanto la inserción laboral como la integración social, y aleja a los jóvenes de los demás problemas que luego surgen, como caer en las redes del fanatismo y de la radicalización.

—Las tasas del desempleo en la barriada de El Príncipe son altísimas, en toda Ceuta llegan al 32 por ciento y en menores de veinticinco años llega al 71 por ciento de la población, según datos de 2015. ¿Qué se va a hacer desde las instituciones para solucionar este grave problema?

—El paro tiene componentes estructurales en Ceuta, esto es una realidad incontestable. Nosotros tenemos un tejido productivo con una capacidad de crear empleo limitada, y lo vas a entender. Relacionándolo con el tema de la población, para encontrar una situación satisfactoria en cuanto a la tasa de paro, tengo que combinar quién ofrece empleo y quién lo demanda; aquí la oferta de empleo está limitada porque somos una ciudad extrapeninsular, de reducido tamaño, sin ningún recurso natural, con una frontera con un país que no reconoce el carácter fronterizo aduanero, es decir, sí la frontera pero no la aduana, con lo cual la normalización de las relaciones es muy difícil. Y además tenemos que competir en cierta manera con los precios bajos y los bajos costes del país vecino, y tenemos que competir con un mercado peninsular que también está cerca y que ofrece de todo. Y para mayor inri, tenemos que competir con un paraíso fiscal a tiro de piedra que es Gibraltar. Generar empleo en esas condiciones no es fácil. Si analizas las altas de la Seguridad Social desde el inicio de la crisis, en 2008, tenemos el mismo número de cotizantes; aquí no se ha destruido empleo, pero la tasa de paro ha crecido porque ha crecido enormemente la población.

»Y es que tenemos una densidad de población que no existe en ninguna comunidad autónoma española: diecinueve kilómetros cuadrados y cerca de noventa mil habitantes; y no son diecinueve kilómetros cuadrados reales, porque tenemos la zona de reserva natural y la de Defensa, y entonces te queda un tercio. En poco más de seis kilómetros cuadrados, noventa mil personas; eso es complicado, ¿no?

»Hay otro componente estructural en el problema del empleo que hay que abordar, y es la escasa formación de los demandantes de empleo. Yo quiero ser sincero, Almanzor, aunque tampoco me

quiero echar tierra encima abordando lo que no es políticamente correcto, pero tú dices que hay 13.500 desempleados, pero ¿cuántas mujeres hay dadas de alta como demandantes de empleo por encima de cuarenta años sin ningún empleo anterior y sin formación? Verás que es un porcentaje muy elevado, y eso significa que esas personas no cumplen con las condiciones de empleabilidad objetiva para acceder a un puesto de trabajo. ¿Por qué están entonces inscritas? Porque si no estuvieran inscritas en el paro difícilmente tendrían acceso a las prestaciones sociales que la ciudad tiene establecidas. Hemos convertido la demanda de empleo en un título que habilita para ser beneficiario de las prestaciones sociales, sean becas, ayudas o renta mínima de inserción. Esto no es políticamente correcto pero es la verdad. No sería un análisis riguroso si no depuráramos el paro real del paro forzado o ficticio porque, más que para trabajar, muchos de los que se consideran población activa se inscriben para obtener una ayuda. Así es la realidad.

»Luego hay otra parte de la población activa que sí que quiere trabajar pero no puede, ni aquí ni fuera de aquí, porque no tiene ninguna formación. En gran medida es esa generación de chicos que iban al colegio pero cuyos referentes eran los narcotraficantes. Con estos chicos hay que hacer un enorme esfuerzo; se trata primero de que adquieran habilidades sociales para la inserción, y luego darles formación.

—¿Cómo influye la economía sumergida en el problema del desempleo en la ciudad?

—En Ceuta, la economía sumergida, la contratación irregular y la importación de mano de obra tienen un peso enorme. Aquí, un porcentaje notable de la población se va a la península y pasa allí el fin de semana, y luego hay otro porcentaje de la población, cristianos y musulmanes, que se van a Marruecos y compran allí hasta el butano, porque es más barato. Así se pierde todo ese consumo que se podría traducir en empleo. A mí me dicen que vienen seis mil personas a trabajar desde Marruecos a Ceuta cada día, y no me refiero a los porteadores, me refiero a los que vienen a trabajar en la construcción, en la hostelería, como empleadas del hogar. Si son seis mil personas y tenemos trece mil en el paro, y de los trece mil hay un porcentaje que son prestatarios de los servicios

sociales, aunque pusiéramos industrias siderúrgicas en la ciudad, esas personas no podrían trabajar. Entonces es realmente complicado.

—¿No se puede erradicar ese tipo de contratación que deja sin opciones de trabajo a tantas personas en Ceuta?

—Es difícil. La implicación y el compromiso respecto de la defensa del interés común, salvo en sociedades muy avanzadas a las que admiramos, quizá vosotros, la gente más joven, los podáis conseguir. A vosotros os queda el salto ético de decir: yo, si tengo que hacer un cuarto de baño en mi casa, en vez de que me lo haga de manera clandestina gente que viene de Marruecos, voy a procurar que sea una empresa radicada en Ceuta y que esté cotizando. O decir: en vez de irme a comprar a Marruecos, voy a procurar consumir aquí porque es un compromiso cívico. O decir: la empleada del hogar la contrato aquí, no me la traigo más barata de Marruecos. Yo he llegado a ir a un restaurante y cuando quise saludar al personal de la cocina, el dueño me ha impedido el paso —me comenta el presidente entre risas recordando esa anécdota tan significativa relacionada con el problema de la economía sumergida —. Y no todo puede resolverse con inspecciones de trabajo; hay que tener un compromiso ético y cívico que ahora mismo no se tiene.

—Hablando de fronteras y de economía sumergida, la situación de los porteadores de la frontera del Tarajal es lamentable y además daña la imagen de la ciudad. ¿Qué solución se le podría dar?

—Poco gana Ceuta con los porteadores. En Marruecos viven miles y miles de familias de ello. ¿Tú te imaginas lo que podría significar en el país vecino cortar eso? Sería crearle un problema a Marruecos. ¿Nos interesa eso? Yo creo que no, porque después de todo hoy Marruecos es la esperanza de un mundo árabe integrado en los valores occidentales... Mira lo que está pasando en Egipto, en Túnez, en Libia, en Siria. A España y al resto de Europa les resulta fundamental la estabilidad de Marruecos. Ahora estamos embarcados en un proyecto importante que es la remodelación de la frontera, a ver si eso nos permite hacer compartimentos separados para los porteadores y para el paso de turistas.

—Hay un tema que preocupa mucho a los vecinos de El Príncipe que es la inseguridad. ¿Por qué no hay una comisaría en el barrio? —Insisto por enésima vez en el tema, perplejo de que nadie parezca

haberlo considerado y consciente de que es un tema incómodo para las instituciones.

—Ahí no ha habido ninguna decisión política, fue una decisión técnica. Se debatió en su momento y todos los jefes de policía dijeron que no convenía, que el hecho de que hubiera una comisaría no garantizaba un mayor nivel de seguridad. Lo cierto es que últimamente ha habido un notable incremento de la presencia policial en el barrio, y llevamos unos meses sin tiroteos, algo que a la población le producía una sensación de inseguridad y de pánico.

—Pero poner una comisaría en el barrio mandaría un mensaje de normalidad a los vecinos. Les daría la sensación de formar parte de la ciudad y del propio Estado.

—Es verdad, es una cuestión sobre la que habrá que volver. Si no una comisaría como tal, sí una presencia permanente, porque es presencia del Estado. Pero los vecinos también tienen que darse cuenta de que hemos llevado nuestra presencia hasta allí, el hospital, la guardería de menores y el polifuncional, que se ha quedado pequeño..., hemos incorporado en el programa un centro más grande que potencie todo aquello, que sea un verdadero centro para la integración y la inserción. Nosotros ni podemos ni queremos vivir al margen del potencial de riesgo que El Príncipe significa, no quiero que pienses que aquí vivimos como si aquello no existiera, de ninguna manera. Somos conocedores de lo mucho que está en juego.

—¿Qué opina sobre los numerosos casos de yihadistas que han salido de El Príncipe? —le pregunto al señor Vivas.

—Hay que achacarlo, más que al panorama socioeconómico de El Príncipe, al ámbito transfronterizo. Yo no digo que la situación de precariedad social no sea un caldo de cultivo propicio para cualquier radicalización, eso es evidente. El primero, el taxista, digo por ponerte un ejemplo, era un hombre con su vida resuelta, y cuando me enseñaron el vídeo no me lo podía creer. Lo que pasa es que tienen mucho contacto con Tetuán y con Castillejos, lugares donde los radicales están muy establecidos.

—¿Cómo se puede combatir este fenómeno desde el Gobierno de Ceuta?

—Esto nos desborda, nos desborda competencialmente y en cuanto a margen y capacidad de maniobra. Intentamos que esta sea

la ciudad de la concordia y del encuentro, en vez de la ciudad de la confrontación por razones étnicas, culturales o religiosas. Ese es el esfuerzo diario que hacemos. Confiamos en que haya una estrategia común y eficaz del conjunto de países, incluidos los países musulmanes, para combatir este fenómeno, que es un fenómeno nuevo ante el que hay que oponer un planteamiento estratégico, como hizo el mundo en su momento con el nazismo, porque es un riesgo que puede quebrar la convivencia pacífica basada en el respeto de los derechos humanos y de las libertades. Esto es distinto a lo de Al Qaeda, porque ya tienen un territorio que sirve de referente y de atracción, ya hay un califato. Se retransmiten en televisión e internet las barbaridades que están haciendo allí, eso está creando una percepción de que lo que quieren crear es posible. Ofrecen a los jóvenes una vida de grandes realizaciones espirituales, igual que han hecho otras ideologías totalitarias que han atraído a gente a lo largo de los siglos. Fanatizar a un porcentaje determinado de la población es relativamente fácil.

—Ha habido visitas de profesores islámicos e imanes que predicaban en El Príncipe y el mensaje que dieron era bastante radical, el caso de Omar Hadouchi fue muy sonado. ¿Cómo valora esto?

—Es que tenemos algunas mezquitas que están bajo la corriente salafista. Y no digo que sean terroristas, lo que pasa es que tendremos que buscar las herramientas legales adecuadas para el fenómeno que estamos viviendo; esto es nuevo y hay que tener una respuesta eficaz y rápida. Nuestro Estado de derecho garantiza la libertad de expresión y la libertad de culto, pero evidentemente para proteger la libertad de expresión y la libertad de culto hay que establecer unos mecanismos de defensa necesarios, porque si no, se nos llevarán por adelante. Hay que secundar lo que está haciendo Marruecos, que quiere de alguna manera significarse como el centro de una interpretación moderada, centrada, permisiva y tolerante del islam, y considero que eso hay que protegerlo.

»Nosotros no hemos intervenido en la elección del representante de los musulmanes de Ceuta. Se resolvió democráticamente y salió Laarbi Maateis como presidente de la UCIDCE, la Unión de Comunidades Islámicas de Ceuta, sin que nosotros terciáramos en el asunto. Lo que sí hemos hecho es determinar que las ayudas de la

asamblea no sean en función de la mayor representatividad de quien lo pide sino por la naturaleza del proyecto, que debe estar en sintonía con lo que todos queremos, incluidos los musulmanes. Cuando hablamos de radicalidad y de corrientes rigoristas que puedan caer en el fanatismo estamos hablando de un porcentaje minoritario, porque si no, aquí no podríamos vivir; la inmensa mayoría de los musulmanes de Ceuta son personas de bien, que quieren paz y tranquilidad y no quieren líos. Es verdad que hay un porcentaje de riesgo ante el que tenemos que reaccionar, y no solo en Ceuta. Porque hay determinadas zonas de España, más pequeñas que Ceuta y con menos población musulmana, donde el índice de riesgo es mayor.

—El porcentaje de población musulmana ha crecido en Ceuta en los últimos años y se ha ido igualando con la población cristiana. ¿Ve este hecho la población cristiana con cierto recelo o con temor a perder su estatus?

—El grado de convivencia y de integración en Ceuta es espectacular. Es verdad que hay gente que no admite la integración, en cualquiera de las dos comunidades, aunque en general la población vive en armonía. Hay veces en que surgen ciertas fricciones, pero es perfectamente llevadero; se trata de no imponerle al otro nada, de que el imperio de la ley sea la única norma. Yo tengo entre mis mejores amigos a algunos musulmanes. Tenemos mucho más común que lo que nos pueda diferenciar.

El secretario del señor Vivas abre la puerta y le informa de que tiene una llamada que atender.

—Antes de acabar me gustaría conocer su opinión sobre la famosa serie de televisión *El Príncipe* —le pregunto con una media sonrisa.

—Ya quisiera yo ser Morey o Faruk —me dice el presidente Vivas entre risas—. Mira, la gente del barrio no se siente identificada con la serie, y con razón. A mí me convencieron, pero es que no tenía más remedio. Hablando con la productora que hace la serie, les decía que me daba miedo por la imagen que pudieran dar de Ceuta y del barrio, y ellos contestaban que no nos preocupáramos, que iba a ser una serie de ficción, y al final es eso, una exageración, una ficción como la serie *Corrupción en Miami*. Nada más.

Me despido del señor Vivas después de haber analizado con él buena parte de los problemas de la pequeña ciudad de Ceuta y de haber escuchado su punto de vista sobre ellos. No me gusta ser condescendiente, pero realmente considero que Ceuta es uno de los lugares más complejos y difíciles del territorio español y un auténtico reto para su gobernabilidad. Salgo del despacho con la esperanza de que su intención de normalizar la situación de los habitantes de la barriada no quede solo en vagas palabras. Reconozco que no es fácil dar solución a unos problemas tan enquistados, pero espero que lo consiga.

El presidente de las Comunidades Islámicas de Ceuta

Llevaba bastantes días intentando concertar una reunión con Laarbi Maateis para charlar sobre la situación de los musulmanes en Ceuta y sobre su punto de vista acerca de las cuestiones que afectan a los vecinos de El Príncipe. Por fin, tras explicarle con pelos y señales lo que quiero tratar con él y que casi me pidiera hasta mi currículo, me cita esta misma tarde en la sede de la UCIDCE. Laarbi Maateis es una persona importante para la Comunidad Islámica de Ceuta, y él lo sabe. Las personas que me conocen ya me han puesto sobre aviso de su carácter fuerte, a veces incluso impetuoso, del que a veces hace gala.

La sede de la UCIDCE se encuentra cerca de la barriada del Príncipe, entre el centro penitenciario de Ceuta y el cuartel de los Regulares, en una pequeña calle que da a la del Capitán Claudio Vázquez. Como de costumbre, llego un poco antes de mi cita. Aun así, decido llamar a la puerta. Me abre un joven vestido al modo tradicional musulmán, con una *taqiyah* en la cabeza. Cuando le digo que me espera el señor Maateis, me hace pasar y me dice que espere al lado mismo de la puerta de entrada, donde hay una silla libre a modo de sala de espera. Parece que es hora punta en la asociación, porque por la puerta no para de entrar gente; en el despacho del señor Maateis hay por lo menos cuatro personas hablando y debatiendo sobre algo que no logro entender, como si de un grupo de trabajo se tratara.

El presidente de las Comunidades Islámicas llega al cabo de diez

minutos, a la hora pactada, y me hace pasar a su despacho; la puerta queda entreabierta, por lo que se pueden oír las conversaciones y el tumulto del exterior, en un entorno un tanto incómodo para charlar de un modo tranquilo. Después de una segunda serie de preguntas sobre las intenciones de mi entrevista, nos ponemos en marcha. Soy consciente de que Laarbi Maateis es un hombre muy expuesto en los medios de comunicación y que ha salido en infinidad de programas de televisión nacionales, hablando sobre todo del fenómeno yihadista en Ceuta, y también sé que el último programa en el que salió, un programa de Antena 3, dio una imagen excesivamente amarillista del problema, algo que no gustó a nadie en Ceuta.

—¿Cuál es la función de la Unión de Comunidades Islámicas de Ceuta? —le pregunto a Maateis en primer lugar.

—La Unión de Comunidades Islámicas de Ceuta nació en 2006 y agrupa a la mayoría aplastante de las mezquitas de Ceuta: de las cincuenta y siete mezquitas inscritas, cincuenta y cinco pertenecen a la UCIDCE y dos a la FEER, la Federación Española de Entidades Religiosas Islámicas. Nuestra función desde el principio fue legalizar la situación de las mezquitas y templos, donde se ejercía sin ningún tipo de permiso ni de reconocimiento institucional. Reformamos y reacondicionamos las mezquitas porque nos las encontramos en un estado de deterioro lamentable. También regularizamos a los imanes que venían de Marruecos a predicar a las mezquitas de Ceuta, porque tan solo cuatro de los ciento treinta imanes que teníamos poseían documentación. Hoy por hoy hay cuarenta y seis imanes que ya están regularizados y ejercen legalmente el culto islámico en Ceuta. A los que no poseen todavía la residencia les hemos conseguido un permiso para que circulen libremente por ambos lados de la frontera.

—¿Existe algún control institucional sobre la Unión de Comunidades Islámicas de Ceuta?

—Somos totalmente libres, federados y registrados legalmente. No existe control sobre nuestras actividades o sobre nuestra financiación por parte de la Ciudad Autónoma o de la Delegación del Gobierno. Lo que sí ha habido es colaboración con la Ciudad Autónoma, algunos convenios, unos para las reformas de las mezquitas y otros para actividades; eso fue del 2008 al 2013; a

partir de ahí, la ciudad dejó de firmar con nosotros los convenios, porque cuando a las instituciones no les cae bien determinada comunidad o federación, suelen elegir a otra que les interese más. Antes pasó en Melilla y ahora pasa en Ceuta.

Al parecer, el Gobierno ceutí retiró a la UCIDCE la mayor parte de las subvenciones que hasta entonces les otorgaba, algo que ha creado malestar y tensión entre ambos organismos.

—¿Cómo definiría el movimiento Tabligh?

—Yo soy el responsable de Yammat Tabligh en Ceuta, y cuando lo digo se sorprenden, porque no se suele hablar con la prensa ni se conceden entrevistas, pero yo tengo permiso para ello del consejo Tabligh de Europa. Nosotros recuperamos a aquellos musulmanes que se encuentran descarriados de su religión y desviados del camino para que vuelvan al culto islámico, a rezar, a ayunar, para que traten bien a sus padres y a sus esposas, para que respeten las leyes y el Estado de derecho. Esa es nuestra función dentro del grupo. Nosotros no captamos a la gente, nosotros damos un mensaje de paz, de convivencia, de amor y de fraternidad, ese es el trabajo de la Yammat.

—¿Entonces por qué hay expertos del Instituto Elcano y muchos otros que piensan que el Tabligh es la puerta a la radicalización yihadista?

—Los del Instituto Elcano son expertos de cortar y pegar, no son expertos de verdad. El Instituto Elcano no tiene ni puta idea de qué es la comunidad Tabligh, solo copian los informes de algunos que dicen ser expertos, que están en internet colgados y que son de los años 2005 a 2007. Piensan así de nosotros por el miedo que le tienen al islam. Nos temen por la pronta expansión que ha tenido en todas las barriadas, tras ver que mucha gente se ha normalizado, gente que vendía droga y que trapicheaba, y que hoy quieren ser buenos musulmanes. También les molesta ver que haya más mujeres que lleven velo, cosa que antes no existía.

—¿Cómo ve a la sociedad ceutí?

—De alguna manera se ven como invadidos por los musulmanes, esa es la realidad que ellos viven, pero nosotros no tenemos la sensación de haber invadido a nadie, ni de que el islam esté por encima de las demás religiones. Sin embargo, ellos piensan que hay que acabar con los musulmanes cortándoles el grifo de los

presupuestos y las subvenciones, y manchar su imagen todo lo posible. Quieren que seamos musulmanes pero no pasa nada para ellos si tomamos alcohol, no pasa nada si vamos a la playa, quieren que seas musulmán solo de nombre, pero no existe un islam a su gusto. El islam es el islam.

—¿Ha habido una islamización de la población más joven?

—El diario *El País* publicó el año pasado que Ceuta es el lugar donde más población joven practica el islam. Ceuta es el lugar de España que por metro cuadrado tiene más mezquitas, es cierto, y aquí los cristianos lo ven como una amenaza, pero no debería ser así. Nosotros queremos transmitir que es al contrario: cuando la población ha vuelto al islam es cuando se han producido menos delitos; los delitos han bajado; las estadísticas están ahí. Las estadísticas de ahora dan mucha alegría y felicidad; ahora hay menos robos, menos delincuencia.

—¿Qué opinión tiene sobre el futuro de Ceuta y la demanda de Marruecos?

—Hay mucha gente cristiana que me tantea y me pregunta qué garantías podemos tener para el futuro. Yo siempre les digo que garantía ninguna, que el futuro no sabemos cuándo puede ser, dentro de diez años o dentro de quinientos, pero Marruecos está ahí reivindicando este trozo de tierra.

—¿Se siente la población de El Príncipe segregada del resto de Ceuta?

—Al Gobierno le interesa tener a los musulmanes cobijados todos en El Príncipe, hasta las viviendas de protección oficial que se van adjudicando a los cristianos se las dan en el centro y a los musulmanes les dan las que están cerca del hospital, cerca de El Príncipe. Se está estudiando a largo plazo que el puente que existe hoy, el Cristo de Ceuta, sea una separación de musulmanes en un lado y cristianos en otro.

—Vaya, nadie dentro del barrio me había comentado eso... es una perspectiva nueva, desde luego. Tengo otra pregunta: ¿por qué hay tanto fracaso escolar entre la población musulmana?

—El Estado tiene premeditado que los alumnos musulmanes fracasen en los estudios, que no superen la educación primaria ni la secundaria, esto dicho por inspectores de enseñanza amigos míos que no son musulmanes. En las oposiciones sucede lo mismo;

apenas tenemos funcionarios públicos, y no es que los nuestros no se preparen, es que no los quieren. Los peores trabajos siempre son para los musulmanes y los mejores siempre para ellos.

El tono del dirigente parece que va calentándose, su vehemencia asoma, así que voy a volver a centrarme en El Príncipe.

—¿Es la barriada del Príncipe tan peligrosa como la pintan en la serie de televisión?

—Ha mejorado mucho con el paso del tiempo. Hay todavía un par de grupos criminales, familias mafiosas que van pasando de padres a hijos, es una cadena. Pero esas mafias poco a poco se están desmantelando, desvinculándose una de otra, y a raíz de las buenas actuaciones de las fuerzas de seguridad, parte de ellas se encuentran hoy en la cárcel. Los chicos, cuando se alejan de ese mundo, empiezan a trabajar en los planes de empleo, en la frontera, y se salen de la mafia. Antes en cada puerta de cada casa había cuatro o cinco personas liando porros, vendiendo droga y todos armados. Eso ya no ocurre ahora. Ahora se puede caminar tranquilamente por el barrio y no pasa nada.

—Y si voy yo por la noche, ¿puedo tener problemas?

—Si tienes problemas será porque eres desconocido para ellos, pero si eres uno de allí no te va a pasar nada, salvo que tengas una cuenta pendiente con alguien. Yo frecuento El Príncipe de madrugada y no me pasa nada.

—Porque usted es una persona conocida para ellos; estoy seguro de que si yo voy de noche puedo tener algún problema.

Lo que no le digo es que tengo la fortuna de conocer cómo es la realidad del barrio porque convivo con una familia de allí y hablo con los vecinos de todos los temas que les preocupan. Camino por las callejuelas del barrio de día y de noche, no salgo de madrugada solo porque los que conozco me aseguran que puede resultar peligroso. A las once y a las doce de la noche puedo ir perfectamente a la plazoleta y a las tiendas de alimentación que hay en la calle del zoco, es cierto que se respira cierta tranquilidad, pero como saben todos los que viven aquí, en cualquier momento se puede romper esa calma y pueden empezar a llover los tiros.

—¿Por qué cree que han salido yihadistas del barrio del Príncipe?

—Salieron porque entendían que tenían que hacer algo por el

islam, no porque nadie les haya lavado el cerebro ni nada de eso; de hecho, muchos de los que se fueron no frecuentaban ninguna mezquita en concreto, ni tampoco tenían a ningún imán como guía. Hay gente que tenía su vida hecha, como los primeros que fallecieron; es el caso de Rachid, el taxista, de otro que tenía una tienda en el zoco de Castillejos, el de un auxiliar de policía local..., también había gente en paro y alguno que salió de la cárcel. No hay un perfil definido. Sencillamente, se enganchan a las redes sociales y ven cómo sus hermanos musulmanes son masacrados, las mujeres violadas delante de los ojos de sus familiares. Son captaciones en redes sociales. Los propios de Castillejos también son captados en las redes sociales.

—¿Está completamente seguro de que no hay ninguna red de captación en la zona de Castillejos y de Ceuta?

—En Ceuta seguro que no, son captaciones de redes sociales. Conocemos a las familias de la mayoría de los que se fueron de Castillejos y nos dicen que estaban todo el día enganchados al ordenador.

—¿Tampoco hay nadie que les facilite el viaje o les dé instrucciones para llegar a Siria?

—No me digas que es complicado coger un vuelo de Casablanca a Estambul, para luego ir en autobús hasta la frontera..., ¿lo hacían cuando iban a Afganistán y no lo van a hacer ahora que es más fácil? Antes lo hacían los marroquíes, argelinos y tunecinos cuando no existían redes sociales y necesitaban visados; ahora ni siquiera se necesita un visado para ir a Turquía. Además, los que han ido hasta allí no son tontos, son gente que ha viajado.

—El caso de Younes Ahmed Mohamed no sostiene esa teoría, apenas tenía dieciséis años cuando se fue a Siria y había abandonado los estudios muy pronto. ¿Cómo se puede explicar su caso?

—Ese chico se fue porque hay que tener en cuenta que su padre fue detenido en la operación Duna. Ese chaval vivió el calvario de ver cómo la policía entraba en su casa para llevarse a su padre con ametralladoras y apuntando con las armas a las cabezas de la madre, de su hermana y de todo el mundo. Eso a mí me lo comentaron aquí los padres; el chaval vio con sus propios ojos cómo se llevaban a su padre sin comerlo ni beberlo; esas no eran maneras.

Yo estoy de acuerdo con el fondo, no con las formas. Esas formas solo consiguen alterar más la situación y que la gente sea más violenta, que sienta más odio. Este chico se radicalizó por las torturas sufridas por su padre y el que te diga otra cosa te está engañando. Además, el padre salió absuelto de la operación Duna, todos fueron absueltos después de dos años en prisión. ¿Qué clase de justicia es esta? Aunque repito: yo respeto las actuaciones policiales, acato las decisiones judiciales, pero a menudo son gravísimos errores, porque esto hace que un chaval de dieciséis años sea testigo de este tipo de injusticias y se marche a luchar a Siria.

—¿Y otros casos en los que no hubo ningún tipo de antecedente familiar, como el caso de Rachid, el taxista?

—El taxista fue por lo que dije antes, por las redes sociales. Él tenía su vida hecha, no le faltaba de nada, tenía una buena casa, una licencia de taxi que le costó muchísimo dinero.

Sonrío al escuchar el tema del dinero de la licencia porque todas las personas con las que he podido hablar sobre Rachid me confirman que en el pasado se dedicaba al narcotráfico y que compró la licencia con el dinero que amasó durante ese tiempo. Le recuerdo a Laarbi el origen de su dinero.

—Antes hacía sus cosas —me dice sin reconocer implícitamente el origen ilegal del dinero—. Pero cuando se casó, cambió la forma de vida, y no tenía grupos organizados ni tampoco frecuentaba a según qué gente. Todo eso lo dejó atrás.

—Rachid viajó a Siria con dos amigos muy cercanos que además eran vecinos suyos. ¿No se organizaron para ir?

—Rachid lo tenía organizado con sus compañeros, porque uno de los que se fue era su chófer en el taxi, trabajaba para él; estos dos sí lo tenían organizado. Yo tuve a sus viudas aquí y no notaron nada extraño en sus maridos. Ellos no informaron a sus familias; creo que tenían miedo de que no les dejasen ir, no por otra cosa. Cuando vinieron aquí a verme sus mujeres me decían que se encontraban derrotadas, que por qué las dejaron así, sin saber nada; la de Rachid no paraba de decir que no sabía qué iba a hacer con la licencia de taxi y que se sentían engañadas por sus maridos.

—Imagino que pensaron que todo era válido por la yihad...

—Esa yihad no tiene base jurídica en el islam, y si la tuviera,

tendrían que haber pedido permiso a los padres y a sus mujeres para poder marcharse, y también dejar un escrito que dijera quién se iba a responsabilizar de sus hijos. Es la falta de conocimiento de la religión lo que les lleva allí, cada cual interpreta lo que le apetece, y cuando quieren informarse, consultan en internet a los imanes de esos propios grupos radicales. Y, claro, si le pides a Al Qaeda o al Estado Islámico asesoramiento sobre la yihad, pues ya te puedes imaginar. Esa gente defiende unos ideales que, equivocados o no, son sus ideales. ¿Por qué hay ocho españoles luchando con los kurdos contra el Estado Islámico? Pues lo mismo, defienden sus ideales.

»De todas formas, los Estados tienen parte de culpa. Por ejemplo, Francia se mete en Libia, bombardea todo el país, los aviones franceses desde el cielo y los yihadistas desde abajo, ¿quién abría el camino? Lo abría el Estado francés sin ninguna resolución ni nada: queremos derrocar a Gadafi, lo quitamos de en medio y apoyamos a los yihadistas; los llaman rebeldes u oposición y cuando ya no les interesan, los llaman terroristas. En Siria ha pasado lo mismo, ahora llaman terroristas a los que antes eran rebeldes. Por eso te digo que más terroristas son los que gobiernan que aquellas personas que pueden ir de cada país; el terrorista verdadero es el que llega al Gobierno y manda matar desde el aire a quien sea, da igual lo que haya abajo, mujeres, niños, civiles inocentes, lo que sea.

»Lo de Siria no se puede considerar yihad, es una guerra para derrocar a un régimen, por culpa del petróleo, y también la aprovecharon Estados Unidos y Europa para vender armamento. Nosotros hacemos un llamamiento a los jóvenes que quieran ser asesorados en cualquier materia de jurisprudencia islámica para que no se dirijan a internet, sino que si quieren saber, acercarse al islam, lo hagan en condiciones a través del ulema y no se dejen llevar por cualquier *fatwā* que encuentren por la red.

Cuando habla de *fatwās,* de los pronunciamientos legales en el islam emitidos por una autoridad religiosa, no puedo evitar acordarme del muy radical Omar Hadouchi, condenado a treinta años de cárcel en Marruecos por alentar al terrorismo y expulsado de Túnez por poner en peligro la seguridad nacional, un hombre considerado por las autoridades marroquíes como uno de los tres

ideólogos de los atentados de Casablanca del año 2003.

—¿Qué me puede decir de la visita del imán radical Omar Hadouchi a la mezquita Darkawia de El Príncipe?

—Para mí, los responsables de esa mezquita fueron utilizados para atacar y derrocar a la UCIDCE. Se lo mandó expresamente a esa mezquita, que fue la implicada en la operación Duna y está marcada como radical y fanática, cuando allí rezan todo tipo de personas. De todos modos, es la comunidad local la que pone en el púlpito al imán, no la UCIDCE. Por lo visto Hadouchi tiene contacto directo con algunas personas de esa comunidad. En cualquier caso hay que recordar que es libre, que ha sido absuelto. Desde la UCIDCE intentamos hacer llegar a los jóvenes el mensaje del islam de paz, no queremos que los chavales se radicalicen y se fanaticen, no queremos más familias rotas.

Laarbi Maateis insiste en que he agotado mi tiempo y que tiene una reunión importante. El hombre, ahora mucho más cercano y relajado que al principio de la reunión, se despide de mí mientras me acompaña hasta la salida de la asociación entre el bullicio de una sala de espera atestada de gente.

En la calle ya es de noche. Subo por una cuesta hasta la calle principal, una de las muchísimas calles de la ciudad que llevan el nombre de un militar y que recuerdan el origen castrense de Ceuta. Miro a los lados buscando un taxi que me lleve a El Príncipe y no veo ninguno. Decido ir en dirección al centro y justo delante del cuartel de Regulares veo una parada.

—Hola, buenas noches. ¿Me llevas al barrio del Príncipe? —le pregunto al conductor, recordando lo que he leído tantas veces de que los taxistas no suben de noche.

—Claro, hombre, ¿a qué parte te llevo? —me dice el taxista con total normalidad.

—A la plazoleta, donde la cafetería. Oye, había oído que los taxis no suben a El Príncipe cuando se hace de noche, ¿qué me dices? —le comento al taxista para que me dé su opinión.

—Eso era antes, ahora la cosa está más tranquila. A ver, a las tres de la madrugada como que me lo pienso, pero ahora no pasa nada —me responde el taxista desmitificando, con algunos matices, la peligrosidad de la barriada.

—¿Eres cristiano o musulmán?

—Cristiano.

—¿Y qué opinas de lo que se dice en la tele sobre el barrio, de que es un lugar peligroso y un nido de yihadistas? —le pregunto al taxista, aprovechando el corto viaje para conocer una opinión neutra de la situación del barrio.

—Es todo una exageración; el barrio es mucho más tranquilo de lo que era la década pasada; hay delincuencia, pero no tanta como antes. Sobre el yihadismo te digo que los que piensan así son muy poquitos en el barrio, la mayor parte son gente buena que no quiere problemas. Yo tengo a un musulmán trabajando en mi taxi y es de las mejores personas que conozco, un hombre honrado y muy trabajador. Los que se han ido a Siria son muy pocos y no representan a la mayoría.

Escucho al taxista con atención mientras nos vamos acercando cada vez más a la barriada.

—¿Y qué opinas sobre la famosa serie de televisión?

—Aparte de que es una exageración, ¿qué quieres que te diga? Pienso que está dando una imagen muy mala de la ciudad. La gente es boba y se cree todo lo que ponen en la tele. Van a pensar que estamos siempre a tiros por aquí y que está lleno de terroristas peligrosos. Aquí hay problemas, pero no tantos como la gente cree.

El taxi se detiene junto a la puerta del cafetín. Me despido del amable taxista y salgo del automóvil para caminar directamente hacia la casa de Fátima.

6

LA INFLUENCIA YIHADISTA DE MARRUECOS

He encontrado bajo el humilde pero acogedor techo de la casa donde vive Fátima un lugar perfecto donde aislarme y concentrarme en este proyecto narrativo que tanto me motiva. Desde el salón dormitorio que se ha convertido en mi refugio dentro de El Príncipe, no oigo ningún ruido. A veces, para darme cuenta de que estoy en el barrio, abro la pequeña ventana enrejada que hay sobre la colchoneta en la que duermo y me asomo por ella; al ver al fondo el mar y las características casas de colores que hay en la ladera del monte donde se asienta la barriada, vuelvo a ser consciente de que me encuentro en medio de El Príncipe.

Con el tiempo, Fátima y Samir ya no me ven como un invitado al que hay que agasajar; ahora soy como ese familiar que lleva ya mucho tiempo de visita en tu casa y a quien ya dejas a su aire esperando que regrese de una vez a la suya. Enseguida se han acostumbrado a mi presencia, a mis continuas preguntas y a mis idas y venidas por el barrio.

Como de costumbre, voy a desayunar al cafetín de la plaza, aunque ya estoy algo cansado del bocadillo de atún que ponen. Hace unos días Fátima me dijo que muy cerca de allí, en la calle San Daniel, hay una pastelería muy buena. Decido ir allí a ver si son tan buenos los dulces que preparan.

La tienda es pequeña. Al entrar, un golpe de calor y un agradable olor a crema, horno y pan me dan la bienvenida. El mostrador de los pasteles es un verdadero ejemplo de convivencia entre culturas: están los típicos buñuelos de nata y demás pastelitos que se encuentran en cualquier pastelería española junto a pasteles clásicos de la gastronomía marroquí, como la *chebakia* o las *briwat* de almendras. Le pido al hombre que hay detrás del mostrador que me dé unos pastelitos marroquíes y me los pone en una caja.

Vuelvo al cercano cafetín, donde me espera Mohamed guardándome un sitio como de costumbre; le muestro la caja de pasteles que he traído para desayunar y él me lo agradece con una sonrisa. El camarero limpia la mesa. Entonces le pedimos dos tés de menta y le muestro la caja pidiéndole permiso para comerlos dentro de su establecimiento; a él parece no molestarle, así que le ofrezco la cajita y él coge uno de los pasteles de nata.

—He hablado con el chico de Castillejos, ¿te acuerdas que te hablé de él? —me dice Mohamed intentando no hablar más de la cuenta por si alguien nos está escuchando.

—Claro que me acuerdo, ¿y qué te ha dicho?

—Que no le importa que vayamos a verle. —Escucho lo que me dice mi joven amigo con satisfacción; me quedan pocos días en el barrio y necesito conocer lo que sucede al otro lado de la frontera, en Castillejos—. Podemos ir hoy a verle si quieres.

—Por mí perfecto, ¿cuándo quieres que vayamos? —le pregunto, sorprendido por la rapidez con la que ha surgido la idea.

—Ahora le llamaré y que él me diga. La frontera se cruza enseguida, podemos ir en cualquier momento.

Desayunamos sin prisa, degustando los dulces y bebiendo el té a sorbos cortos. Si hay una sensación que he percibido enseguida cuando pasas tiempo en el barrio es la tranquilidad y parsimonia con la que suceden las cosas. A veces me resulta difícil identificar en qué día de la semana estoy porque aquí todos los días parecen ser el mismo, y eso me hace sentir que el tiempo no pasa. Esa sensación anecdótica que tengo yo puede resultar traumática para algunos de los clientes de este mismo bar; estoy seguro de que a muchos les gustaría escapar de esta rutina, pero no pueden porque no tienen trabajo ni expectativas de encontrarlo.

Salimos a la calle. Mohamed me acompaña hasta la casa de Fátima y se marcha. Entro para recoger mi pasaporte y la bolsa donde guardo mis cuadernos de notas, saludo a la mujer, que está en el cuarto de su hermano aseándolo. Le digo que no me esperen para comer y salgo a la puerta a esperar a que vuelva Mohamed. Al cabo de unos quince minutos aparece el joven.

—Ya está todo arreglado, nos espera en Castillejos —me dice orgulloso Mohamed por haber conseguido la cita con el takfirí.

La frontera sigue igual de caótica que la última vez que estuve

en ella. Los porteadores siguen en su eterna lucha con la Guardia Civil y con los gendarmes marroquíes por pasar sus fardos a Marruecos una y otra vez, en un eterno bucle que parece que se va a prolongar hasta el fin de los tiempos. Mohamed y yo pasamos el puesto fronterizo español y caminamos hacia el lado marroquí por el largo y estrecho pasillo que cruza la aduana hasta el punto donde se encuentra la ventanilla donde tenemos que sellar el pasaporte. No debe de haber más de diez personas esperando a entregar la hoja de entrada al país junto con el pasaporte, pero el caos para entregar la documentación es exagerado; parece que nadie es capaz de esperar su turno. Una señora marroquí trata con un descaro asombroso de colarse delante de mí; yo le sonrío y le digo educadamente que estoy yo delante. Ella obedece a regañadientes y se pone al final de la cola. El proceso de sellar el pasaporte nos lleva unos escasos minutos, por lo que no entiendo las prisas ni la tensión que se ha llegado a formar en un momento.

Atravesamos la frontera, y para mi sorpresa, no nos lleva demasiado tiempo; los últimos recuerdos que tenía eran peores, pero ha pasado mucho tiempo desde entonces y las cosas están mejor. Sigo a Mohamed, que va directo hacia una gran parada de taxis que ocupa una explanada junto a la carretera que va a Castillejos. Mi amigo habla con un hombre que anuncia los destinos de los taxis y va hacia el conductor del primer coche de la fila. Entramos en la parte trasera del viejo taxi Mercedes de los años setenta ocupando entre los dos lo que sería solamente una plaza y dejando el otro asiento libre para que entren otras dos personas. La vieja costumbre de llevar en los taxis grandes a seis pasajeros todavía sigue vigente, pero según me cuenta Mohamed, probablemente le queda poco porque dentro de no mucho tiempo los taxis tendrán que ser nuevos.

Una vez lleno el taxi, el conductor emprende la marcha, no sin antes advertir al pasaje que no toque ni las ventanillas ni los embellecedores de las puertas porque se pueden caer. Vamos realmente incómodos, no me quiero ni imaginar cómo debe de ser un desplazamiento largo en pleno verano, sin poder bajar las ventanillas y sin aire acondicionado. Un auténtico tormento.

Llegamos a Castillejos y el coche no se detiene. Miro a Mohamed extrañado y le pregunto que por qué no nos bajamos allí.

—El chico nos espera en el siguiente pueblo, en Rincón. Está cerca, son veinte kilómetros más o menos.

Hacía por lo menos una década que no viajaba por esa zona de Marruecos y en nada se parece a lo que recuerdo. Me sorprenden gratamente todas las mejoras que veo por la ventanilla: las carretera de doble carril y perfectamente asfaltada, con un enorme carril bici separado del resto por pequeños badenes luminosos; la limpieza de las aceras; las innumerables residencias de lujo y hoteles que recuerdan a las mejores zonas de Marbella; un enorme puerto deportivo... Mientras observo el paisaje, recuerdo la primera sensación que tuve al pisar El Príncipe. Entonces pensé «esto no me parece España», y ahora tengo una sensación similar, pero esta vez más grata: siento que este Marruecos es mejor que el que yo conocí.

El taxi se detiene en el paseo marítimo de M'diq, nombre árabe de Rincón, un antiguo pueblo de pescadores que ha crecido para convertirse en una de las zonas de veraneo más cotizadas por los marroquíes, tras ponerse de moda por ser el lugar elegido por el rey de Marruecos, Mohamed VI, para tener su residencia de verano y pasar temporadas en la zona.

Salimos del taxi y acompaño a Mohamed por las calles del interior del pueblo, que para ser un lugar de veraneo está bastante lleno de gente a estas alturas del año, todavía lejos del período estival. Nos detenemos en una cafetería y nos sentamos; según mi amigo, pasarán a recogernos. Pedimos unos cafés y esperamos. Mohamed aprovecha para cambiar la tarjeta a su móvil y poner una de una compañía marroquí.

El tiempo va pasando y mi nerviosismo aumenta por momentos. Observo a Mohamed totalmente tranquilo, ensimismado con su teléfono y ajeno a las preocupaciones que me plantea la reunión con un desconocido que, por su nivel de radicalismo, no dudaría en cortarme la cabeza si estuviéramos en Siria. Pero mi amigo permanece al margen de cualquier preocupación o dilema moral. La normalidad con la que trata estos temas y la cantidad de gente que conoce vinculada al fenómeno yihadista salafista me hacen preguntarme cuánto conozco en realidad a Mohamed y si él no será uno de ellos.

Una pequeña furgoneta blanca para frente a nosotros y hace sonar el claxon varias veces; Mohamed, al percatarse, se levanta de la silla y cruza la calle para hablar con el conductor; al cabo de unos minutos de charla vuelve a donde estoy yo.

—Si quieres que vayamos a hablar con ellos, me han dicho que tienes que cumplir unas normas. —Mi nerviosismo va en aumento, la tensión que siento ahora mismo hace que mis manos tiemblen. Mohamed ha dicho *ellos*, y se supone que solo íbamos a hablar con una persona.

—¿Ellos? ¿Es que son varios? —le pregunto al chico.

—Sí, son parte de una familia. —Este breve viaje a Marruecos está resultando lleno de sorpresas.

—¿Qué normas hay que cumplir?

—Tienes que quitar la tarjeta a tu teléfono y dárselo a ellos hasta que termines. La reunión es en una casa. No quieren que sepas dónde está y por eso quieren taparte los ojos. Una vez lleguemos allí, registrarán tus cosas. Si aceptas, vamos. Si no quieres, volvemos por donde hemos venido.

Me quedo pensando durante unos instantes. Si voy, quedo totalmente en manos de Mohamed y de esas personas que no conozco pero que son extremadamente radicales. Recuerdo una anécdota que me viene a la memoria en estos momentos. Me ocurrió en Kenia, cubriendo la hambruna de 2011 en los campos de refugiados somalíes de Dadaab. Habíamos planeado ir hasta la frontera con Somalia, y para llegar allí teníamos que ir escoltados de militares a los que había que pagar por sus servicios. La frontera era muchísimo más permeable que la de Ceuta; continuamente entraba la milicia radical somalí de Al Shabab y cometía algún ataque; el camino hacia la frontera era realmente peligroso. Habíamos cerrado el trato con el comandante del puesto militar, pero la mañana en la que íbamos a viajar no apareció ningún soldado; me imagino que alguien pagó más por sus servicios. Mi conductor y yo nos quedamos durante un rato pensando qué hacer. Musa, que así se llamaba el buen hombre, era de religión musulmana y me dijo: «Si quieres ir, vamos; estamos en manos de Dios». Yo, al ver la tranquilidad con la que asumía el destino Musa,

le dije que adelante. Llegamos sin problema a la frontera y pudimos incluso adentrarnos en Somalia, tuvimos suerte. Un par de semanas después, Al Shabab secuestró a dos cooperantes españolas que trabajaban para Médicos Sin Fronteras cerca de los campos de refugiados; las pobres estuvieron dos años retenidas en Somalia. Uno nunca sabe lo que le espera cuando toma la decisión de adentrarse en un terreno desconocido. Si eres creyente, rezas lo que sepas esperando tener suerte, pero asumes que lo que te pueda pasar ya no está en tus manos.

—Me parecen bien las condiciones —le digo a Mohamed.

—Pues *yallah* entonces, vamos.

Cruzamos la calle hacia donde se encuentra estacionada la furgoneta. Mohamed abre la puerta corredera y me siento en el asiento trasero. Saludo al conductor, un hombre joven que lleva una gorra y va vestido con vaqueros y camiseta. Él me devuelve el saludo y me da en árabe las directrices que tengo que cumplir.

—Cuando salgamos del centro, te vendaremos los ojos y te tumbarás en el asiento trasero con la cabeza mirando al suelo. Cuando entremos en el garaje de la casa te quitaré el pañuelo de los ojos.

Me quedo en silencio, intentando estar todo lo tranquilo que la situación me permite. El coche se adentra cada vez más en el interior del pueblo; las calles por esa zona están desiertas, nada que ver con el bullicio que hemos dejado en el centro. Al llegar a una calle por la que no pasa nadie, el conductor detiene el automóvil, baja de él y me pide que salga. Coge mi mochila y vacía el contenido sobre el asiento. Solo tengo dos cuadernos, un par de bolis, una funda con mis gafas y poco más. El hombre comprueba minuciosamente mis pertenencias y luego me pide que vacíe el contenido de mis bolsillos. Dejo en el asiento mi cartera, mi reloj, unas cuantas monedas y el pasaporte. Acto seguido me cachea, hasta comprobar que no guardo nada. El tipo mete todas mis pertenencias en una bolsa de plástico y las deja en el asiento delantero. Mohamed me mira y sonríe, para que de alguna manera me quede tranquilo. El hombre me tapa los ojos con un pañuelo largo y me vuelvo a meter en la parte trasera del coche.

—Ahora échate en el asiento —me ordena el hombre en *dariya*, sin darme opción—, y no levantes la cabeza.

El coche retoma la marcha. Yo procuro permanecer alerta afinando el oído, intentando escuchar cualquier señal acústica que me pueda indicar por dónde estoy, intentando recordar los giros a derecha y a izquierda que hace el automóvil, pero me resulta imposible ubicarme. Por lo menos así estoy entretenido y dejo de pensar que puede que me esté metiendo en la boca del lobo.

Después de un tiempo indeterminado, tal vez algo más de diez minutos, el coche se detiene. Mohamed, desde el asiento delantero, me dice que ya hemos llegado pero que debo permanecer así todavía un poco más. Puedo oír el ruido de una puerta metálica abriéndose; a continuación el coche se vuelve a mover y la puerta se cierra. Hemos debido de entrar en un garaje. El coche se detiene definitivamente y se abren las puertas, y el conductor me dice que me incorpore para quitarme el pañuelo que tapa mis ojos.

Puedo comprobar lo que suponía: me encuentro dentro del garaje de una casa; está casi en penumbra, únicamente iluminado por una bombilla. Mis dos acompañantes se dirigen hacia una habitación anexa. El conductor de la furgoneta enciende la luz y nos dice que pasemos. El cuarto es un salón árabe con las colchonetas directamente sobre el alfombrado suelo; las paredes son blancas pintadas con cal, con numerosos cuadros religiosos colgados a diferentes alturas. No hay ninguna ventana. La habitación tiene muy pocos muebles, solo hay una balda en la pared a modo de librería con varios ejemplares del Corán y una pequeña mesa redonda muy baja colocada en el centro de la sala. Tampoco hay tele ni ningún dispositivo electrónico. La sobriedad del cuarto me recuerda a las celdas de los monjes de clausura. El lugar me parece destinado a las reuniones secretas que realiza el grupo de takfiríes.

Dejamos los zapatos a la entrada de la sala y me siento en una de las colchonetas, prácticamente es como si estuviese sentado en el suelo. Mohamed se sienta a mi lado. El conductor que nos ha traído hasta allí nos deja en la habitación, nos dice que vuelve enseguida y cierra la puerta tras él.

—No te preocupes, estate tranquilo que no te van a hacer nada —me dice Mohamed sonriendo con la despreocupación que le caracteriza.

—Estoy tranquilo, Mohamed —susurro intentando no mostrar ni un ápice de nerviosismo.

La puerta del salón se abre. Entran el conductor, ya sin gorra, y un hombre de unos cincuenta años, con una barba larga pero sin bigote y vestido con una chilaba gris. Al entrar nos saludan y nos dan la mano. Nos sentamos unos frente a los otros y el hombre más mayor toma la iniciativa en la conversación.

—¿Qué quiere saber de nosotros? —me pregunta.

—¿Son ustedes takfiríes?

—Sí, lo somos —me responde tajantemente.

El hombre habla en árabe. Desgraciadamente, mi árabe no es tan bueno como para hablar con él con fluidez, por lo que utilizo a Mohamed como traductor.

—¿En qué se basa la ideología takfirí?

El hombre me mira con extrema seriedad, casi con condescendencia.

—El objetivo principal de nuestra lucha es liberar las tierras musulmanas de los colonizadores y de los sirvientes de Occidente, y establecer en ellas la ley de Dios todopoderoso, la ley de la sharía. Cualquiera que piense así es nuestro hermano, pero el que no crea en ello es un infiel y un apóstata; por tanto, es nuestro enemigo y lo eliminaremos. Para lograr nuestro objetivo utilizamos la yihad, por eso somos yihadistas salafistas.

—¿Todo el que no piense como ustedes es un infiel?

—Absolutamente todos, cristianos, judíos y de cualquier otra religión; cualquier ideología, ya sea de izquierdas o de derechas. Los chiíes son también infieles y los primeros a los que queremos destruir. Los suníes que apoyen, participen o voten a gobiernos que no se basen en la sharía también son para nosotros apóstatas.

—Entonces de los mil quinientos millones de musulmanes que hay en el mundo, solo los salafistas yihadistas son los verdaderos musulmanes, según su ideología.

—Eso será hasta que triunfe el Califato y el resto de los musulmanes se den cuenta de que el nuestro es el camino verdadero y puro. Entonces se unirán a nosotros por millones.

—¿Ha captado usted a gente de Castillejos para ir a luchar con el Estado Islámico a Siria o a Irak? —le pregunto.

—He ayudado a gente a desear construir un Estado Islámico donde podamos ser completamente libres y vivir de acuerdo a la sharía. Claro que he ayudado a quien ha querido abrir los ojos... Mi

propio hijo se fue a luchar por el Califato, y ahora es un mártir.

—¿Han enviado a jóvenes de Ceuta a luchar en la yihad salafista?

—Los hermanos de Ceuta que creen en nuestra misión de crear el Califato son bienvenidos y tratados como iguales. Si necesitan nuestra ayuda, con gusto se la proporcionamos, porque compartimos el mismo objetivo.

El que parece ser el jefe del grupo takfirí reconoce lo que sostienen todos los servicios de seguridad: la cercanía real entre los grupos de captación que se han instalado en Ceuta y los grupos takfiríes del norte de Marruecos.

—¿De dónde consiguen el dinero para enviar a los jóvenes? ¿Se lo mandan desde allí?

—Nosotros costeamos los viajes; nadie nos manda dinero de ningún sitio.

—¿Y de dónde sacan ustedes el dinero?

Al escuchar la traducción de mi pregunta, el hombre se queda unos segundos en silencio.

—Tenemos nuestros propios medios; entre nosotros nos facilitamos el dinero.

El tema de la financiación es algo de lo que el tipo no quiere tratar, y decido no insistir.

—La secta takfirí se mantiene como una sociedad secreta. ¿Es verdad que sus miembros pueden saltarse preceptos del islam como beber alcohol, no rezar, delinquir, etc.?

—Los jóvenes tienen justificado saltarse nuestros preceptos si están en un país occidental, con el fin de pasar inadvertidos para los servicios de inteligencia y de seguridad. Pero una vez que consigamos imponer el Califato en el mundo, tendrán que volver a comportarse como verdaderos musulmanes.

—¿Cómo captan a nuevos adeptos para el grupo?

—Nosotros sabemos bien cómo acercarnos a la gente. Mis hijos tienen amigos, entre ellos hablan, vemos quiénes son cercanos a nosotros y luego nos reunimos con ellos. Así es como la gente se une a nosotros, ese es el poder de la verdad y de la palabra.

—¿No le causa tristeza que tantos jóvenes marroquíes hayan muerto en Siria, inmolados o luchando, y que usted o su grupo los hayan enviado?

—Claro que me entristece. Mi propio hijo murió en Siria, y a nadie le gusta perder a un ser querido o enterarse de la fatal noticia de la muerte de un joven que tenía toda la vida por delante. Lo que me reconforta y debe reconfortar a los familiares de nuestros mártires es que se han ido al paraíso luchando por un objetivo mayor que ellos mismos y mayor que nuestras propias vidas, el objetivo de formar un Estado Islámico donde los musulmanes puedan ser por fin libres.

El hombre mayor le dice al joven que vaya a la cocina para ver si el té está preparado; este obedece al que parece ser su padre y sale de la habitación.

—¿Hay algún grupo takfirí ahora mismo en Ceuta? —le pregunto al jefe.

—Estar en Ceuta es lo mismo que estar en Castillejos, la frontera no separa nuestra ideología, ninguna frontera podrá detenernos, y menos la de Ceuta. Allí hay jóvenes que se han unido a nosotros y otros también lo harán, porque hay gente que piensa como nosotros pensamos.

—¿Cómo es su organización? ¿Está conectada con el Estado Islámico allí en Siria o es independiente?

—Todos los que piensan como nosotros son nuestros hermanos; todos los que crean en la construcción del Califato y la destrucción de los gobiernos apóstatas que hay en los países musulmanes son nuestros hermanos. Nuestros lazos son fuertes e inquebrantables, todos luchamos por el mismo fin y si Dios quiere, lo conseguiremos.

—Así que tienen contacto con los grupos yihadistas de Siria...

—Claro que estamos en contacto con nuestros hermanos del Sham, no podría ser de otra forma. Ahora, con tanta tecnología, es fácil comunicarse con ellos, con un ordenador o con un teléfono móvil ya estamos en contacto. Por ahí es por donde podemos propagar con más fuerza nuestro mensaje.

—¿Utilizan internet para captar a nuevos adeptos? —le pregunto al yihadista.

—Es la manera más rápida y la mejor que tenemos ahora para compartir nuestro mensaje. Hay muchos chicos y chicas que están perdidos, y que buscan encontrarse a sí mismos. Ellos llegan a nosotros, y nosotros les enseñamos el camino y les abrimos los brazos.

La puerta de la habitación se abre y entra el joven con la bandeja de té, que deja sobre la mesita de madera. El hombre mayor coge la tetera y sirve cuatro vasos. Me ofrece uno.

Estar sentados alrededor de la mesa tomando té crea una extraña sensación de normalidad en un ambiente que era tan tenso que se podía hasta cortar. Ahora parece todo más extrañamente normal, como si de repente ya no me sintiese tan incómodo ni tan mal visto, como si de repente me hubiera dado cuenta de que ya no me ven como a un espía, como a un enemigo o como a un *kafir*, un infiel.

—¿Creen que se conseguirá mantener el Estado Islámico como califato y que llegará a triunfar? Hay facciones yihadistas como el Frente Al Nusra, la filial de Al Qaeda en Siria, que dicen que ha sido pronto para instaurar un califato que pueda perdurar, que se han precipitado proclamándolo.

—El Califato está triunfando, se extiende por Irak y ya controla media Siria. Las victorias nos acompañan una y otra vez, y más y más hermanos musulmanes se unen a nuestra causa. Los que piensan que no perduraremos se equivocan, y lo verán con sus propios ojos. Será lo último que vean.

—Si consigue el Estado Islámico vencer al ejército de Al Asad, a las milicias chiíes y a los kurdos, ¿no cree que luego una coalición internacional irá a por el EI para destruirlo?

—Venceremos a todos los que se interpongan entre nosotros y nuestro destino. Los americanos jamás se atreverán a poner un pie sobre el terreno, tienen miedo de que los derroten como pasó en Afganistán y en Irak. Los cobardes americanos y su séquito de perros infieles jamás podrán detener al Califato.

—Hay gente que piensa que les están haciendo el trabajo sucio a Norteamérica, a Israel y a Arabia Saudí quitando a los chiíes de en medio, que incluso les han armado y apoyado, y que cuando terminen el trabajo los eliminarán..., ¿qué piensa sobre esta afirmación?

—Mi respuesta es la de antes: el Califato triunfará y quien se interponga será destruido, nadie puede impedirnos conseguir nuestro objetivo. Y todos esos países serán derrotados con la ayuda de Dios —responde con impetuosidad el hombre.

—¿Qué le parecieron los atentados contra *Charlie Hebdo*? ¿Y los

de París?

—Para mí fue poco, yo hubiera acabado con gusto con todos ellos y luego habría ido a por sus familias. Tenemos que acabar con todos estos apóstatas y borrarlos de la tierra. Vendrán más ataques como los de París porque ellos cada día bombardean al Estado Islámico. Los soldados del Estado Islámico están entre ellos y los atacarán en sus propias ciudades, llevarán a sus calles el terror que durante tanto tiempo han infligido a los países musulmanes.

—¿Habrá ataques yihadistas en España? —le pregunto tragando saliva y temiendo oír su respuesta.

—Cuando el Estado Islámico venza en el Sham, llevaremos la yihad por todos los países musulmanes hasta recuperar Al Ándalus, como hicieron nuestros ancestros. Estamos siguiendo los pasos de los primeros califas y llegaremos a recuperar el Califato que un día tuvimos. En España habrá ataques del Estado Islámico, como en cualquier parte de Europa; los países que derramaron sangre musulmana en Siria, en Irak y en otras guerras contra países musulmanes, derramarán la sangre de los suyos en sus propios países.

Quiero pensar que el hombre con el que estoy hablando es un loco radical y que sus amenazas no son más que invenciones de una persona que no está en sus cabales. Desgraciadamente, la amenaza hay que tomársela en serio, porque hay otras personas que piensan de la misma forma que este siniestro hombre. Aun siendo una insignificante minoría de musulmanes los que piensan como él y no representando a la inmensa mayoría de los que profesan la religión islámica en paz, esta gente hace tanto ruido y causa tanta violencia que la sangre de sus acciones mancha a los verdaderos musulmanes, que lo único que quieren es vivir en paz.

Nunca antes me había sentido tan incómodo en una entrevista, ni siquiera el día en que entrevistamos en Kabul al exministro de Asuntos Exteriores talibán Wakil Ahmed Mutawakil. Puedo decir que, comparado con el hombre que tengo enfrente, era una hermanita de la caridad.

Doy por finalizada la entrevista y espero ansioso a que nos terminemos el té para poder irme de allí cuanto antes.

Camino con Mohamed por el paseo marítimo de M'diq respirando la fresca brisa del mar y esperando que ese frescor enfríe mis ideas y me permita asimilar lo que acabo de vivir.

—Conozco a un hombre en Castillejos que te puede interesar —me dice Mohamed, como siempre con un tono jovial y despreocupado, como si todo fuera parte de un juego.

—¿Por qué me puede interesar? —le pregunto.

—Su hijo huyó del Dáesh en Siria y el padre le ayudó a escapar, ¿te parece interesante? —me comenta sonriendo.

—Claro que me lo parece, ¿vamos a verlo? —le contesto, entusiasmado por conocer su historia.

—Voy a ver si lo localizo, no cantemos victoria —dice el chico sacando su teléfono del bolsillo y buscando un número en la agenda.

Durante el viaje de vuelta a Castillejos le pido a Mohamed que lo hagamos en un taxi solo para nosotros, sin compartirlo con nadie; el precio no es exagerado y el trayecto puede resultar muchísimo más cómodo. El joven se alegra ante mi idea, parece que a él tampoco le hacía mucha gracia viajar embutido en la parte de atrás de un viejo Mercedes con cuatro tíos más.

Llegamos a la fronteriza ciudad de Castillejos, Fnideq en árabe. La ciudad ha sufrido en los últimos años un vertiginoso aumento de su población, que ha pasado en poco tiempo de los cuarenta mil a los ochenta y cinco mil habitantes. Aproximadamente la mitad de ellos cruza a diario la frontera con Ceuta. Castillejos, como el resto del norte de Marruecos, ha sufrido un cambio a mejor en lo que a infraestructuras se refiere. Ya no queda nada del gris, polvoriento y sucio pueblo que era en los años noventa. Ahora sus calles están limpias, sus casas pintadas con un blanco impoluto, hay nuevas urbanizaciones por todos lados y se nota en las calles arregladas y recién asfaltadas la inversión pública del Gobierno de Marruecos.

Castillejos, aparte de ser conocida por el continuo tránsito de sus habitantes hacia Ceuta y por vivir del comercio con la Ciudad Autónoma, en los últimos años lo es porque se ha convertido en un foco de yihadistas y el lugar desde donde han salido cientos de combatientes a integrarse en el Estado Islámico, como el famoso

Kokito. Igual que él, muchísimos jóvenes de la zona han tomado el camino de la yihad, creando un efecto contagio en la vecina barriada del Príncipe, que queda a poco más de un kilómetro de Castillejos. Solo de Castillejos han salido cuatrocientos de los algo más de mil yihadistas marroquíes que se han incorporado a las filas del Estado Islámico.

Los jóvenes de Castillejos, como lo hizo en su día Kokito, ven en el Dáesh una oportunidad para comenzar una nueva vida en la que pueden convertirse en héroes de la yihad, en la que pueden vivir como príncipes árabes, sobrados de dinero, en mansiones ocupadas por los yihadistas iguales a las que solo han visto en las películas. Una nueva vida en la que podrán disponer del dinero suficiente como para casarse y formar una familia. Para un chico pobre y sin estudios del norte de Marruecos que solo puede aspirar a trabajar como porteador en la frontera o como vendedor ambulante, todo esto es un incentivo difícil de igualar. Esto lo saben los captadores, conocen su miseria y saben ganarse la confianza de esos chicos que jamás han tenido contacto con el islam ni han tenido ideas salafistas hasta que los ojeadores que pululan por la zona norte de Marruecos han puesto sus ojos en ellos y les han lavado el cerebro.

La historia de Ahmed es la misma que la de cientos de jóvenes de Castillejos que emprendieron el camino sin retorno a la yihad. Pero él, como otros chicos que han ido a luchar a Siria, decidió escapar del Estado Islámico y de su horror. Mohamed me lleva hasta la casa del padre de este yihadista arrepentido, que también se llama Mohamed, como la mayor parte de los primogénitos en Marruecos, lo que explica por qué hay tantas personas con ese nombre. El hombre debe de tener unos cincuenta años, aunque su rostro muy moreno y arrugado hace que parezca mayor de lo que es; su apariencia es humilde. Su tono de voz, muy bajo, como apagado, casi imperceptible, denota el cansancio y la apatía moral de una persona que ha sufrido mucho en los últimos tiempos.

—Tu hijo quiso escapar del Estado Islámico y tú le ayudaste a salir, ¿no es así? —le pregunto al hombre.

—Mi hijo nos llamó desde Siria y me pidió que le ayudara a salir de allí, me dijo que lo estaba pasando muy mal y que no soportaba más lo que estaba viviendo. Él solo tiene veinte años, todavía es muy joven. Fue engañado y cuando vio lo que había allí, quiso

volver.

—¿Cuánto tiempo estuvo en las filas del Dáesh?

—Estuvo algo más de un año, aunque llevaba ya un tiempo queriendo salir; nos decía que se sentía decepcionado con lo que veía allí. No nos hablaba de lo que hacía con ellos ni de la guerra ni nada de todo eso, parecía como que quería ocultarnos todas las cosas malas y violentas que estaba viviendo. Siempre recordaré cuando me llamó llorando pidiéndome ayuda para salir de allí. Como padre, es muy duro vivir eso; lo único en lo que pensaba desde entonces era en sacarlo de allí, y mi familia y yo no paramos hasta conseguirlo. —Veo una enorme emoción en el rostro del hombre al recordar la llamada desesperada de su hijo.

—¿Cómo fue el rescate de tu hijo?

—En primer lugar tuvimos que reunir una cantidad importante de dinero para pagar los viajes a Turquía y los vuelos de vuelta. Utilizamos los ahorros que teníamos en casa, todo lo que tenía ahorrado del taxi y vendimos los brazaletes y pulseras de oro de mi mujer. Con ese dinero costeamos el viaje a Turquía de mi hermano y de un amigo de la familia, que fueron los encargados de buscar a mi hijo. A él le avisamos que estarían esperándole en Estambul.

—¿Y cómo fue exactamente la huida de tu hijo? —le pregunto al taxista de Castillejos.

—Él, junto con otros chicos, cogieron un todoterreno y escaparon del campamento en el que estaban; al ver que huían, los del Dáesh abrieron fuego sobre ellos. A mi hijo le dieron en el hombro. Aun así, con él herido, consiguieron llegar a la frontera con Turquía y salir con vida de allí. Fue un milagro que lo consiguiera. Cuando llegó a Estambul se reunió con nuestra familia y fueron todos a la embajada de Marruecos, y allí se entregó a las autoridades. Desde allí lo trajeron aquí y ahora está en la cárcel preso.

—¿De qué lo acusan?

El hombre no puede evitar tener los ojos humedecidos por la emoción.

—De pertenecer al grupo terrorista, pertenencia al Dáesh. La policía piensa que mi hijo era un cabecilla del grupo, un líder o algo así; yo le conozco bien y no creo que lo fuese. Le han condenado a cinco años de prisión —responde con tristeza.

—¿Hay muchos jóvenes yihadistas que quieran volver y que se arrepientan de haber ido a luchar a Siria?

—Sí, los hay. Mi hijo me decía que hay muchos chicos que querían volver a sus casas, que había muchos que se sentían engañados porque les habían prometido una vida que no se parecía en nada a la que estaban viviendo. Les prometían una vida de lujo, tener dinero y vivir aventuras, y lo que se encontraban era miseria, violencia y dolor. La mayor parte de los amigos de mi hijo murieron en atentados suicidas. Para eso quieren a nuestros hijos, para que se hagan inmolar con un cinturón explosivo o con un coche bomba. Muchas familias de aquí, de Castillejos, me piden ayuda porque ellos también quieren sacar a sus hijos de allí, y yo les digo que tengan cuidado, que es difícil y muy peligroso. A mí incluso los del Dáesh me propusieron captar a jóvenes de aquí, me ofrecieron mucho dinero por proporcionarles chicos, y yo ya soy mayor y a mí no me pueden convencer, pero los chicos del barrio son otra cosa. Esa gentuza se aprovecha de la inocencia de la juventud y lo único que quieren de ellos es utilizarlos para cometer atentados.

—¿Te ha comentado algo tu hijo sobre cómo era su vida en el campamento yihadista y sobre cómo era la guerra en la que estaba participando?

—Él ha vuelto de la guerra muy cambiado; lo que ha visto allí le ha dejado muy traumatizado; es como si durante el tiempo que ha estado con el Dáesh hubiera estado borracho, y ahora se está despertando de esa borrachera y se está dando cuenta de lo que ha pasado. Él no quiere hablar sobre lo que ha visto allí, en su cara veo que está arrepentido de haberse marchado con ellos, pero no llega a reconocerlo. A mi hijo le han lavado el cerebro con todas esas ideas radicales, como han hecho los takfiríes y los yihadistas con muchos jóvenes de Castillejos. Cuando pase más tiempo, se dará cuenta del error que ha cometido y volverá a ser el chico que era antes de marcharse. Gracias a Dios lo puede contar.

—¿Tu hijo había sufrido algún cambio en su comportamiento o en sus costumbres antes de marcharse?

—Yo sabía que había empezado a ir a la mezquita, cuando antes nunca iba a rezar, y sabía que ya no se juntaba con algunos chicos con los que se juntaba; tenía amigos que fumaban y trapicheaban, pero dejó de ir con ellos. Yo me alegré de que fuera más creyente y

de que ya no saliera con esos amigos suyos con los que antes salía; lo que no sabía ni me podía imaginar es que la gente con la que se estaba juntando lo estaba radicalizando y era muchísimo más peligrosa que los chicos del barrio.

—En Castillejos hay muchos chicos que se han unido a los yihadistas, ¿cuál crees que es la causa? —le pregunto al padre del yihadista arrepentido.

—Lo que ha pasado aquí ha sido como una plaga de langostas que arrasan con una cosecha; eso han hecho los radicales con nuestros hijos. En la época en que se fue mi hijo, todo el mundo lo hacía, se había convertido en algo normal, no había una casa donde no hubiera un familiar que se había ido a Siria; cuando un joven no sabía qué hacer, se iba a Siria. Era fácil contactar con las redes de captación, cualquiera podía llegar a hablar con ellos. La policía ya los ha detenido a casi todos, ahora lo tienen más difícil para reclutar a los chicos. Esa gente utilizaba la desesperación de los jóvenes que no tienen futuro aquí y les prometían una buena vida en Siria. La mayor parte de los chicos dejan la escuela muy pronto y no tienen estudios, sus cabezas están vacías; los reclutadores saben cómo llenárselas de ideas salafistas y radicales, y los jóvenes caen en estas redes como moscas.

Mohamed ha tenido suerte, ha podido recuperar a su hijo de las garras del Estado Islámico, pero muchas familias en Castillejos y al otro lado de la frontera, en El Príncipe, no han tenido la misma suerte.

Dejamos al entrañable taxista en su casa y mi inseparable Mohamed y yo nos dirigimos de nuevo a la frontera.

—Castillejos está lleno de historias de yihadistas, aquí tienes muchos libros que escribir —me dice el joven en el tono jocoso que le caracteriza. Tiene muchísima razón en sus palabras.

En las calles de Castillejos se han extendido con más fuerza y mayor rapidez las ideas salafistas yihadistas. La pobreza y la desesperanza de los jóvenes actúan como un combustible que prende de ira y de odio las mentes de cientos de chicos que se ven sin futuro. El Príncipe se ha visto salpicado por este fenómeno. El canto de la yihad radical no ha calado con tanta fuerza como en el vecino Castillejos, pero aun así se ha llevado por delante la vida de decenas de sus vecinos.

Las autoridades de ambos lados se han dado cuenta de la magnitud del problema que tienen delante y han puesto todos sus recursos en la lucha contra ese enemigo que parece invisible, pero que de vez en cuando golpea y nos hace darnos cuenta a todos de que la amenaza yihadista es real y puede matar en cualquier momento y en cualquier lugar.

Me contaron hace un tiempo una historia sobre una mujer ceutí que había ido hasta Siria para traer de vuelta a su marido marroquí; creo recordar que vivían en Castillejos. Le pregunto a Mohamed por este caso y él hace un ejercicio de memoria y me responde que sabe dónde vive la familia y que ha oído su historia.

Mohamed coge su teléfono e intenta localizar a algún conocido suyo que sea pariente o vecino de la familia de esta mujer. Después de varios intentos, consigue contactar con un amigo suyo que vive junto a la casa de la familia que estamos buscando. Le dice su amigo que se pondrá en contacto con ellos e intentará convencerles para que yo pueda tener una conversación con la mujer del yihadista.

El viaje de Fátima al corazón del Estado Islámico

La casa en la que vive Fátima es la típica edificación de las familias marroquíes de clase media. Normalmente viven en un edificio de tres o cuatro plantas que pertenece exclusivamente al mismo grupo familiar. Cuando los hijos se casan suelen trasladarse a vivir a una planta de la edificación, así pueden mantener indefinidamente el contacto con sus padres.

Subimos a uno de los salones de la casa; está decorado al estilo árabe como es habitual en la zona —pocos se decantan por un estilo más occidental—. Al entrar uno se da cuenta de que han invertido mucho dinero en decorar y ambientar la enorme estancia. El lugar parece sacado de un cuento de *Las mil y una noches*, con arcos árabes que dividen los diferentes salones, capiteles y pomposas lámparas de estilo clásico que cuelgan de techos ornamentados y confieren al lugar un aspecto palaciego.

No sé mucho de la familia, pero la suntuosidad de esta casa me sugiere que los dueños disponen de abundantes recursos

económicos. Mohamed y yo permanecemos sentados en silencio, mirando como turistas los detalles de los arcos de herradura y las figuras geométricas de las molduras de los techos, diciéndonos que ya nos gustaría tener una casa así. Una mujer joven que viste un chador negro que le cubre por completo el cuerpo, al estilo de las mujeres de Irán, entra en el salón y camina hacia nosotros. Mohamed y yo nos levantamos para presentarnos; ella no se acerca y se sienta justo enfrente de nosotros.

—Soy Fátima, me han dicho que queríais hablar conmigo —nos dice la joven con cierta apatía en la voz que demuestra las pocas ganas que tiene de charlar con nosotros. Nos mira con extrema frialdad; las ojeras en torno a sus grandes ojos negros le imprimen un aspecto todavía más distante. Apenas debe de tener veintidós o veintitrés años y se nota que ha vivido cosas que personas que le doblan la edad no han vivido.

—Gracias por atendernos. Quería que me contaras la aventura que has vivido últimamente —le digo intentando mostrar admiración—. Fuiste hasta Siria para traer a tu marido, que se había ido a hacer la yihad.

—Así es —me responde escuetamente.

—¿Cómo fue la marcha de tu marido?

—Fue hace dos años. Un día salió y desapareció. Fuimos enseguida a poner una denuncia por su desaparición porque no teníamos ni idea de dónde podía estar. Al cabo de unas semanas me llamaron desde un número privado y era él, estaba en Turquía de camino a la frontera para ir a Siria. Una vez que llegó allí nos llamó, pero solo teníamos contacto telefónico cada quince días, no hablábamos más.

—¿No observaste ningún cambio en su comportamiento antes de irse? —le pregunto a la mujer, como ya he ido haciendo todos estos días con los familiares y amigos de los reclutados.

—No noté nada, no sabía que se quería ir; fue algo repentino, de la noche a la mañana había desaparecido. Él no era muy religioso, no solía ir mucho a la mezquita. Lo que creo es que había cambiado de amistades.

Todas las familias de los yihadistas que se han alistado en las filas del Estado Islámico concuerdan en lo mismo: nadie notaba nada raro, nadie sospechaba de las intenciones de su familiar y

todos se fueron sin avisar. No deja de parecerme extraño que a una persona que quiere hacer algo de esa envergadura no se le escape algún comentario en un momento de confianza. Al parecer los yihadistas mantienen un férreo secretismo sobre sus intenciones, un oscurantismo que me recuerda a la doble vida que llevan los espías en las películas y que parece que es la política de las células de captación.

—¿Cuándo decidiste ir a buscarle?

—Al poco de irse. Era la única manera de que volviese a casa; tenía que ir a convencerle en persona. Él se fue en marzo, yo fui hacia allí en septiembre y me llevé a mi pequeño conmigo.

—¿Fuiste con tu bebé? —le pregunto sorprendido.

—Mi marido quería que estuviéramos la familia junta.

—¿Cómo conseguiste llegar hasta allí?

—Mi marido y los del grupo donde está nos ayudaron a llegar. Fui con otra mujer que quería recuperar a su marido y traérselo también de vuelta. El viaje es bastante sencillo: de Castillejos fuimos a Casablanca, desde Casablanca a Estambul en avión y luego otro avión hasta Antakya, Antioquía. Allí nos recogió un hombre y fuimos a Siria por carretera. Nos llevaron directamente a donde estaban nuestros maridos en Alepo.

—¿Qué te decía tu marido de lo que estaba haciendo allí?

—Me decía que estaba ayudando a la gente de Siria, decía que hacía labores humanitarias. Yo no le vi con armas ni nada de eso, y el tiempo que estuvimos allí casi siempre estaba con nosotros en la casa.

—¿Cómo era la vida en Alepo en medio de una guerra?

—Donde estábamos no había guerra. Vivíamos en un barrio en las afueras de la ciudad, bastante lejos del centro. Me extrañó mucho que en un país en guerra no viera nada ni oyera disparos, nada. Yo iba a hacer la compra al mercado como si estuviera aquí; no me parecía que hubiera una guerra como escuchaba en las noticias del telediario. Eso me sorprendió mucho. Tampoco nos faltaba de nada, no había escasez de comida, había muchas tiendas abiertas donde comprar. Estaba todo muy tranquilo.

A mí no me sorprendieron demasiado las palabras de la mujer. Algo que llama la atención cuando viajas a un país en guerra es que lo que te encuentras allí no tiene mucho que ver con lo que te

imaginas a priori. Cuando se trata de una guerra, uno tiende a pensar que todo el país está destruido y en llamas, pero las cosas son diferentes. Dentro de un país en guerra normalmente los frentes están muy definidos, la zona donde hay combates está clara; tras esa línea está la retaguardia y cuanto más te alejas, más tranquilo está todo. Por eso la mujer del yihadista no vio ni oyó nada de guerra durante el tiempo que pasó en Siria. Puede parecer poco creíble, pero una vez que viajas a un conflicto, lo entiendes bien. Incluso en una ciudad en guerra hay barrios que no se ven afectados y en los que la gente vive con aparente normalidad. Me imagino que eso también es lo que sucede en Siria.

—¿Cuándo empezaste a convencer a tu marido para volver?

—Al poco de llegar a Alepo. Mi marido pasaba mucho tiempo en casa conmigo y con el niño, y yo empecé entonces a decirle que quería volver a casa, que nuestro sitio estaba aquí, no en Siria. Aunque no sentía la guerra cerca ni corríamos peligro, me daba miedo que en algún momento nos tocase. Fui convenciéndolo poco a poco hasta que un día dijo que le parecía bien, que quería volver a casa.

Me llama la atención la entereza de la mujer que tengo frente a mí. El coraje que ha mostrado para sacar a su marido del infierno de la guerra me parece digno de elogio. No conozco personas de esa edad que tengan la cabeza tan serena.

—¿Cómo fue escapar del Estado Islámico? —le pregunto a la joven, que parece estar un poco cansada de contar esa historia.

—Tuvimos que huir sin decir nada a nadie, no por miedo a que nos matasen ni nada de eso, sino porque seguramente no nos hubieran dejado marchar fácilmente. Yo conservaba mi pasaporte, pero a mi marido se lo quitaron al llegar a Siria y tuvo que recuperarlo. Lo más difícil fue cruzar la frontera con Turquía; es un lugar complicado, hay mucha gente huyendo y mucho caos, y encima la caminata era muy larga, aunque conseguimos cruzar y salir de allí.

—¿Conocisteis a más gente que quisiese dejar el Estado Islámico?

—Hay gente que quiere volver. De hecho, muchos marroquíes han vuelto; de Ceuta creo que no han vuelto. Seguramente venga más gente de allí.

—¿Tu marido está en la cárcel?

—Sí, está cumpliendo condena en la cárcel de Fez. Él está muy arrepentido de haberse ido; si pudiera volver atrás en el tiempo, decidiría no irse. Su deseo es encontrar un trabajo cuando salga y empezar una nueva vida. Quiere dejar todo esto atrás. Nosotros también queremos olvidar todo esto.

Fátima nos dice que ya no quiere hablar más, ha dado ya muchas entrevistas y está cansada de recordar y de contar la historia una y otra vez. Me despido de ella agradeciéndole que nos haya dedicado ese rato en el que he podido conocer el otro lado de los yihadistas: el de las personas que quieren abandonar el Califato arrepentidas o decepcionadas por lo que han vivido allí.

Está anocheciendo y estamos agotados; el día ha sido largo pero fructífero. Nos miramos y sin decir una palabra decidimos ir caminando a la frontera del Tarajal, que queda a poco más de un kilómetro de donde nos encontramos. La temperatura es agradable, y la brisa del mar, con su suave murmullo, hace que el camino sea de lo más relajante y regenerador.

La entrada a Ceuta, como de costumbre haya mucha o poca gente, está atascada. Los gendarmes marroquíes, como los guardias civiles en el otro lado, están cansados de los porteadores y el trato que les dan es bastante brusco, incluso violento a veces. Después de un buen rato conseguimos sellar el pasaporte y dirigirnos por fin al lado español.

Vamos dejando la frontera atrás y el volumen del tumulto va disminuyendo a medida que nos alejamos. Nos dirigimos a El Príncipe recorriendo el camino inverso que hacen los trabajadores marroquíes que a esta hora emprenden el regreso a sus casas en el vecino Marruecos. Ha sido un día que tardaré en olvidar. Lo que he visto al otro lado de la frontera y los testimonios que he conocido me han hecho darme cuenta de lo expuesto que está El Príncipe a la influencia yihadista del norte de Marruecos, y más en concreto, de la ciudad fronteriza de Castillejos. Ceuta ha sufrido un contagio del fenómeno yihadista, que tuvo hace dos años su momento álgido, un tiempo en el que casi estaba de moda entre los jóvenes del otro lado de la frontera marcharse a la yihad salafista.

Los servicios de seguridad marroquíes han reaccionado con fuerza para erradicar las células de captación yihadista que se han

hecho fuertes en la zona norte de Marruecos. Esa lucha antiterrorista, muy elogiada por los países occidentales, ha dado sus frutos, con numerosas detenciones y desarticulaciones de grupos yihadistas. Pero la amenaza radical, aun golpeada y perseguida por las autoridades marroquíes, sobrevive escondida, como si no existiera, y sigue creando y alimentando el odio entre los jóvenes más vulnerables de la región, ofreciéndoles algo por lo que luchar, un objetivo más importante que ellos mismos. Un objetivo por el que dar sus vidas y por el que inmolarse.

7

DESMITIFICANDO EL BARRIO

Durante los cuarenta días que he estado en Ceuta trabajando en este proyecto he intentado sumergirme todo lo que he podido en la realidad social ceutí para comprender la complejidad del barrio del Príncipe. Un barrio marginal y conflictivo que en apariencia es tranquilo, en el que nadie sabe nada ni quiere hablar de los temas más peliagudos por miedo a las represalias. Bajo esa realidad se esconde otra bastante más ingrata, otra realidad que puede aparecer en cualquier momento en forma de ajustes de cuentas, tiroteos, incendios intencionados y operaciones antiterroristas. En esa realidad también viven los vecinos de la barriada, y les parece hasta normal.

Me decía Fátima durante el tiempo que he estado conviviendo con su familia que el descampado que hay bajo su casa lo utilizan habitualmente los chicos que están metidos en las bandas del barrio para probar las armas que tienen. La mujer reconocía con absoluta normalidad que bajo su casa había un campo de tiro y que lo que ella hacía como medida de seguridad era no asomarse ni acercarse a las ventanas ni a la puerta. Esa aceptación y normalización de la violencia es de las cosas que más me han llamado la atención. La manera que han encontrado los vecinos para vivir en una atmósfera de violencia es relativizarla y quitarle importancia, mirar para otro lado, como si no existiese. Han amoldado sus costumbres a dicha violencia, y lo han hecho así porque no han tenido más remedio. Las autoridades los han dejado a su suerte. Afortunadamente para ellos, los tiempos están cambiando, y ahora parece que las instituciones se han tomado más en serio sus problemas.

Encontrar las similitudes y las diferencias entre la exitosa serie *El Príncipe* y la realidad del barrio es un divertido ejercicio que he practicado con la gente con la que he tenido la oportunidad de

charlar. Me ha servido para comprobar que muchas veces la realidad supera a la ficción. El veterano policía con el que hablé en la pequeña cafetería Vicentino, en el centro de la ciudad, no se parecía en nada al joven y apuesto agente del CNI, Morey; quizá se parecía más a José Coronado. Y con respecto a la corrupción que aparece en la pantalla, como me dijo cuando nos vimos, esta existe en todas las profesiones y en prácticamente todos los aspectos de la vida; claro que hay polis corruptos, pero en la policía de Ceuta, si hay, hay pocos. ¿Qué otra cosa me iba a decir?

Algo que marca una gran distancia entre la ficción y la realidad es la dichosa comisaría de policía del barrio, esa que queda muy bien en la serie pero que en realidad no existe. Una comisaría que a la mayoría de la gente de bien de El Príncipe le gustaría que existiese y que llevan tanto tiempo reclamando, para sentirse protegidos y parte del Estado, pero que las instituciones oficiales les niegan porque conocen las dificultades técnicas y humanas que conlleva instalarla en el barrio, y se escudan en que las tasas de delincuencia han bajado. Sin embargo, esa comisaria haría mucho bien a la barriada, sería la mejor forma de conseguir la ansiada normalidad que llevan buscando con empeño el presidente de la ciudad, Juan Jesús Vivas, y su equipo de Gobierno, de llevar la presencia del Estado al barrio. Como me dijo el sociólogo Carlos Rontomé en la charla que tuve con él: el Estado debe tener el monopolio de la fuerza; si el Estado no la ejerce, otros lo hacen. Y así ha sido durante mucho tiempo: el monopolio de la fuerza en el barrio lo han tenido las bandas de narcotráfico locales, que han convertido las calles de El Príncipe en un coto privado donde hacer y deshacer a su aire, implantando una ley del silencio que perdura actualmente. Y eso sucedió porque no había autoridad en el barrio para impedirlo.

Es cierto que durante los últimos años la policía ha golpeado una y otra vez a las bandas de narcotráfico, dejándolas en su mínima expresión, y que la presencia policial en el barrio es ahora, con el nuevo comisario, más constante, pero el golpe sobre la mesa para acabar con la sensación de impunidad que todavía hay sería instalar una comisaría permanente.

Volviendo a la serie, cuando he preguntado en El Príncipe sobre la posible relación amorosa entre una mujer musulmana y un

hombre cristiano, y además policía, tanto las mujeres como los hombres del barrio se han llevado las manos a la cabeza. Pocos son los que permitirían en la reducida sociedad de El Príncipe que una chica iniciase una relación con un cristiano, porque está socialmente mal visto; la familia de la chica, si es medianamente creyente y practicante, no lo vería con buenos ojos. Es así, es una manera retrógrada de pensar, ciertamente, pero una musulmana tiene que casarse con un musulmán. Esto va más allá del ámbito religioso, y no por pensar así uno es extremista: es la fuerza de la costumbre, de la tradición, y está muy mal visto romperla.

En la ficción, el agente secreto Morey tiene una relación con la hermana del mafioso local, Faruk, algo que resulta pura ficción para los musulmanes del barrio. Como me dijo mi amigo y guía local Mohamed, si Tafa Sodia, el jefe mafioso local en el que se basa la serie para el papel de Faruk, se hubiera enterado de que su hermana estaba liada con un policía, le habría cortado el cuello en medio de la plaza del Zoco; con esta brutal frase me salió el chico cuando le pregunté si tendría cabida aquí una relación de ese tipo.

La afirmación que he leído y escuchado tantas veces de que El Príncipe es el barrio más peligroso de España es, después de mi experiencia aquí, una verdadera exageración. Lo fue hace años, y aún ahora sigue siendo conflictivo, pero ya no es tan peligroso como lo fue antes.

Había escuchado muchas veces que El Príncipe era un lugar al que no suben los taxistas ni las ambulancias ni los policías, ni siquiera los repartidores de pizza, pero eso es absolutamente falso. Es cierto que cuando cae la noche el barrio se vuelve más peligroso y hay que tener cuidado, sobre todo si no eres de allí y no conoces a nadie, pero a la luz del día no hay ningún tipo de peligro. He paseado por sus callejuelas con más calma y tranquilidad que en el mismísimo centro de Madrid.

En el tiempo que llevo viviendo dentro de El Príncipe he visto a la Policía Nacional subir sin ser apedreada, e incluso a un veterano policía nacional vigilar apostado en plena plaza donde está el zoco, eso sí, con cara de no gustarle nada que le hayan dejado solo y con las miradas intimidatorias de los vecinos puestas en él. También suben sin problemas los taxis; de hecho, suelo ir habitualmente en ellos al barrio y todavía ninguno se ha negado a llevarme. Con las

ambulancias sucede lo mismo: pueden subir perfectamente, lo único es que, debido a la compleja urbanización de la barriada, no pueden acceder a la mayoría de las calles. Lo del repartidor de pizza además de cómico tiene una fácil explicación: la pizzería más cercana queda muy lejos de la barriada y no reparten a tanta distancia.

El Príncipe es un pequeño universo con muchos mundos en su interior. En él todo es blanco y a la vez es negro. Hay tranquilidad, pero en cualquier momento puede saltar una chispa e incendiarlo todo. Recuerdo ir en coche de noche con Samir, el marido de Fátima, el matrimonio que me acogió en su casa. Íbamos dando una vuelta por el barrio, sin dirección, solo porque quería conocerlo de noche; yo, como siempre, le preguntaba por la situación real del barrio y en ese momento sobre la inseguridad. Al llegar junto al cafetín de la plaza, antes de girar a la izquierda para subir hacia la iglesia, hice el gesto de señalar con el índice preguntando sobre la casa de un conocido delincuente; al ver que señalaba, Samir se inquietó y me dijo que no lo volviera a hacer, que la gente del barrio, cuando ve a alguien que no conoce, sospecha enseguida, y más si señala hacia alguien; se pueden poner nerviosos y sacar las armas. «Por la noche hay gente peligrosa hasta arriba de hachís y de drogas, se pueden imaginar cosas y hacer locuras. Hay que tener cuidado, están locos», me dijo el hombre.

Con esa espontánea llamada de atención me hizo darme cuenta de que, aunque durante el día el barrio pueda parecer un plácido pueblecito colorido, con niños jugando en las callejuelas y puestos variados por doquier, por la noche se convierte en otra cosa, algo así como el doctor Jekyll y Mr. Hyde en versión barrio. Así que, por desgracia para la mayoría de los habitantes de El Príncipe, que no se meten con nadie y que solamente quieren vivir tranquilos, el barrio todavía está lejos de ser el lugar donde puedes dejar a tus hijos jugando en la calle y estar despreocupado.

Por mucho que se esfuercen las instituciones y por muchas inversiones que se hagan en el barrio, todavía tendrán que pasar muchos años para que El Príncipe sea un barrio igual al resto de los barrios de Ceuta. Los pesimistas dicen que los problemas jamás se solucionarán, que habría que tirar abajo el barrio entero y construir uno nuevo, que solo de esa manera se acabaría con los desastres

provocados por el urbanismo ilegal, la falta de infraestructuras, la superpoblación, etc. Esa opción ni se la plantea el Gobierno de Ceuta, ya que sería tremendamente conflictivo echar a los vecinos de sus casas para derribarlas. Los que creen que el barrio puede salir adelante, lo que piden es más inversión y mejorar las deficientes infraestructuras. Hay muchas zonas en las que, debido a la falta de inversiones por parte de las instituciones locales, los propios vecinos se ven obligados a unirse y arreglar entre ellos las calles en las que viven, y eso manda un peligroso mensaje a los ciudadanos de la barriada de que están solos, de que viven al margen del resto de la sociedad.

El Príncipe poco a poco va mejorando, no tiene nada que ver con la realidad de los años ochenta y noventa. Ha habido inversiones y mejoras, hay un nuevo hospital, dos colegios, un centro de salud, una guardería, un centro polifuncional, instalaciones que hace años no existían. El problema con que se enfrenta el Gobierno de la ciudad es que hay tanto por hacer que cualquier mejora les parece poco a los vecinos del barrio, unos vecinos que tienen tantas necesidades por cubrir que siempre piden más.

El Príncipe es como un quiste que se ha estado obviando durante muchos años. Demasiados gobiernos han mirado para otro lado y han dejado crecer el problema hasta que se ha hecho tan sumamente grande que se tardarán muchos años y se necesitará una cantidad ingente de dinero y de recursos públicos hasta que se pueda decir que en el barrio se vive con una cierta normalidad.

El mayor lastre, y sin ninguna duda el problema que más preocupa a los vecinos del barrio, es el del desempleo: la tasa de paro juvenil en Ceuta supera el 71 por ciento, solo tres de cada diez jóvenes ceutíes menores de veinticinco años que quieren trabajar lo consiguen, y la cifra de paro juvenil seguramente sea mayor en El Príncipe. Esto, además de ser dramático, es muy preocupante. Los jóvenes de la ciudad ven el futuro con desesperanza y frustración. En El Príncipe, el desempleo es un arma que carga el diablo. Los que no tienen trabajo ni posibilidad de conseguirlo pueden caer en la desesperación, y en una barriada conflictiva eso significa meterse en líos. La delincuencia se alimenta de estos chicos y les ofrece una salida rápida y directa para conseguir dinero fácil; lo difícil es

alejarse de ese mundo y luchar. Muchos chicos del barrio lo han logrado, pero muchos otros han arrojado la toalla. El radicalismo y el yihadismo salafista pescan también entre estos chicos, como lo hacen en el vecino Castillejos. Los jóvenes enfadados con la sociedad, que tienen demasiado tiempo libre y pocas esperanzas de futuro, son presa fácil para estos grupos que ven en El Príncipe un lugar propicio donde propagar su ideología radical.

Un tema caliente es el de los yihadistas que han salido de El Príncipe y de Ceuta. Hay que decir que la serie de televisión, aunque se base en una realidad que existe, ha exagerado bastante. En El Príncipe hay yihadistas y gente que defiende y apoya la ideología salafista, pero son una minoría. La inmensa mayoría de los vecinos están en contra de las ideas radicales que promueve el Estado Islámico. Es cierto que ha habido una islamización dentro de la población musulmana durante la última década, pero asociar esta islamización con los casos de yihadismo que ha habido en la ciudad puede llegar a ser peligroso: no se puede culpar a todos por los pecados de unos pocos.

En los últimos años, buscando una explicación al fenómeno yihadista en Europa, las autoridades han hecho una asociación según la cual existe una relación entre el rigorismo islámico y el radicalismo, pudiendo ser el rigorismo la antesala del yihadismo salafista. Esto hace que el movimiento religioso Tabligh sea visto como una amenaza para Marruecos y para los gobiernos europeos.

Desde el año 2013, el Gobierno de Ceuta ha cerrado el grifo de las subvenciones a la Unión de Comunidades Islámicas de Ceuta, cuyo presidente, Laarbi Maateis, es un líder del movimiento Tabligh. Él me ha dado su punto de vista sobre este y otros asuntos, e hizo evidente la brecha que existe en el ámbito religioso en Ceuta. El modo de actuar, tanto en Ceuta como en el resto de España, es sencillo: promover y subvencionar el islam moderado e intentar aislar y controlar a los movimientos más rigoristas con el fin de que en las mezquitas el discurso sea más al gusto de las autoridades.

En la serie de televisión da la sensación de que los yihadistas han tomado las calles de El Príncipe, de que abundan las reuniones secretas y los planes para cometer atentados están a la orden del día en la agenda de los terroristas. Afortunadamente, la realidad no llega tan lejos. Las células yihadistas desarticuladas tenían como

primera opción la de captar y adoctrinar a jóvenes del barrio para su posterior envío a la guerra de Siria, pero todavía no ha quedado clara ni demostrada la intención de estos grupos de cometer ataques en territorio español.

Recuerdo la llamada de Mohamed, mi guía local, advirtiéndome de la operación antiyihadista que se estaba realizando en la barriada; en ella se llevaron detenidos a dos parejas de hermanos que, según las palabras del ministro del Interior, Jorge Fernández Díaz, tenían la fuerte determinación de atentar. Si quedase comprobada la afirmación del ministro, estaríamos ante un panorama aterrador: ya no se van a hacer su yihad salafista a Siria: se quedan en España con la intención de atentar.

El inicio del fenómeno yihadista pilló a todo el mundo por sorpresa; nadie entendía la razón por la cual cientos de jóvenes europeos se iban a combatir a Siria. En un principio, todo el mundo creía que iban a liberar al pueblo sirio del régimen de Bashar Al Asad, que era algo parecido a lo que ocurrió en Libia, cuando también una horda de milicianos extranjeros luchó para derrocar a Muamar El Gadafi con la inestimable ayuda de la aviación de la OTAN. Lo que todos tardaron en percibir fue que tanto en Libia como posteriormente en Siria se estaban colando miles de yihadistas salafistas que habían sido ayudados y protegidos por los mismos países que intentaban derrocar a los dictadores regionales.

Lo que resulta incomprensible es que ningún servicio de seguridad viera lo que se estaba cociendo en Siria, algo que iba más allá de una guerra civil: se estaba creando la fuerza terrorista yihadista más grande y potente jamás vista, y todo eso estaba pasando en una de las zonas más controladas por los servicios de espionaje de los poderosos países occidentales. El monstruo se dejó crecer y se ha hecho incontrolable, y ahora la mayor preocupación de los gobiernos europeos es detectar grupos yihadistas en sus países de origen, imposibilitar su viaje para unirse al Califato y vigilar a los que regresan a Europa, los famosos *retornados*. Porque ante la imposibilidad de llegar a unirse al Califato instaurado en Siria y en Irak por el Estado Islámico, los nuevos yihadistas, que en su mayor parte son captados por internet, por las redes sociales y por pequeños grupos, podrían ser convencidos para cometer atentados a pequeña y mediana escala en sus países de origen.

Londres, París y Bruselas, por ejemplo, confirman esa realidad salvaje.

Ese es el peor panorama posible y el mayor temor de los servicios de seguridad de los países occidentales: los actos terroristas de los lobos solitarios, personas fáciles de influenciar y que se radicalizan rápidamente, que buscan crear la psicosis e implantar el miedo cometiendo atentados con los medios que tienen a su alcance.

El barrio del Príncipe de Ceuta, debido a los motivos que he ido detallando en estas páginas, la especial vulnerabilidad de los jóvenes en estado de exclusión, su cercanía al foco yihadista de Castillejos y una búsqueda de su identidad en el salafismo yihadista, propicia que haya más posibilidades y mayor predisposición de los jóvenes a caer en estas redes terroristas yihadistas, jóvenes que luego pueden dar el paso para convertirse en los temidos lobos solitarios. No obstante, y para ser justos con la realidad, hay que reconocer que El Príncipe no es el único lugar de España donde pueden surgir estos nuevos terroristas. Ha habido importantes operaciones en los dos últimos años contra el terrorismo yihadista en diversas ciudades de nuestro país, sobre todo en Cataluña, lo que demuestra que Ceuta y Melilla no son los únicos centros neurálgicos de este problema.

Me marcho de El Príncipe con la agradable sensación que deja haber conocido y aprendido algo nuevo, más allá de los tópicos. Agradezco a todos los que durante este tiempo me han dado la oportunidad de sumergirme en una realidad que no conocía y que me han dedicado su tiempo para saber un poco más acerca de la realidad de Ceuta y de El Príncipe. Recojo mi maleta y la mochila con el ordenador y la cámara fotográfica. Ordeno el salón dormitorio que ha sido para mí el campamento base de esta gran escalada, cierro la puerta con llave y bajo las escaleras. En el salón están Fátima, su marido y la pequeña Noor. En la mesa han preparado una bandeja con té y unas pastas. Me siento con ellos por última vez en este viaje.

—Esperamos que tengas un buen viaje de vuelta, Almanzor, y que te salga muy bien el libro —me dice Fátima con su habitual

tono de voz bajo.

—Gracias a vosotros por abrirme la puerta de vuestra casa, por ayudarme y por enseñarme el barrio —les digo con afecto mientras compartimos el té hirviendo.

Fátima y su marido siempre han compartido lo poco que tienen conmigo, nunca han escatimado nada, ofreciéndome lo mejor que tenían en casa para agasajar a su invitado. La familia come gracias a la ayuda que les proporciona el economato de la Cruz Blanca; sin esa ayuda tendrían dificultades para poner un plato de comida en la mesa. No me quiero ni imaginar qué será de ellos cuando pasen los seis meses que dura la ayuda y se vean sin dinero para comer. No me quiero ni imaginar a la pequeña e inquieta hija del matrimonio yéndose a dormir con el estómago vacío, ni a Harafa, el pobre hombre que malvive en la habitación de al lado. Ojalá la suerte les cambie y por fin les sonría. Desearía recibir la llamada de Fátima diciéndome que por fin han encontrado ella y su marido un trabajo, que su hermano recibe alguna ayuda para su cuidado y que les han dado una vivienda de protección oficial o un alquiler social. Sería una buena noticia, de las pocas noticias buenas que podría dar el barrio.

Me despido de la amable familia y voy hacia la plazoleta. Allí me espera Mohamed, que ha pedido un coche a un amigo para llevarme al puerto. Está de pie junto a los bancos de la plaza, rodeado de chicos de su edad; al verme se acerca a mí y me saluda dándome un fuerte abrazo.

—Te podías quedar más tiempo por aquí, amigo.

—Ya me gustaría quedarme más tiempo, pero no puedo —le digo mientras pienso que ya he agotado el presupuesto que tenía para el viaje y no lo puedo estirar más.

Mohamed coge mi maleta y juntos vamos a una de las callecillas que rodean la plaza, una de esas que terminan bruscamente en la puerta de una casa. El joven abre con la llave a distancia un flamante BMW 320 *coupé* que no debe de tener más de cinco o seis años. Al verlo sonrío pensando que hay muchas cosas en la vida de Mohamed que no me ha querido contar.

—Buen coche tiene tu amigo —le digo sonriendo mientras entro y me acomodo en el asiento de cuero.

—No tiene mal coche, no —responde riéndose a carcajada

limpia, sabiendo que sé que me oculta cosas.

—Algún día me tienes que decir lo que haces aquí. Me da la sensación de que hay muchas cosas que no me has contado —le comento un poco más en serio mientras el chico conduce por las laberínticas calles del barrio y a la vez saca un estuche de cedés que hay en la guantera.

—Hay cosas que es mejor no decir. Como el dicho que me suelta mi padre siempre: que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha. Yo te he podido hablar de cómo es el barrio y de cómo es el día a día aquí, pero lo que yo hago o dejo de hacer eso solo lo sé yo —me dice Mohamed en un tono un poco más grave.

—Quiero preguntarte algo: ¿tienes relación con los grupos yihadistas de aquí o de Marruecos?

El joven, al oír lo que le acabo de preguntar, se queda durante un rato en silencio. Nos detenemos en uno de los numerosos semáforos que hay en la larguísima avenida de Martínez Catena y me mira con un gesto serio como nunca antes había visto en su rostro.

—En el mundo en el que yo vivo debes tener amigos hasta en el infierno —me responde Mohamed, con esa intrigante frase que deja a mi libre interpretación.

El joven reconoció cuando lo conocí que se dedicaba al menudeo de droga, pero todo lo que he visto después me hace pensar que no es un mero traficante de poca monta. Desde el momento en que conocí a Mohamed me pareció un chico listo, de esos que sabes que van a destacar, esas personas que nacen para liderar y a las que todo el mundo escucha. Pero mucho me temo que ha orientado su talento hacia el mundo del narcotráfico.

Me despido de Mohamed como si de un amigo de toda la vida se tratara, dándole un abrazo y pidiéndole que no se meta en líos. El aprecio que nos tenemos es mutuo, espero que la vida no le trate mal, y no sé por qué, me da la sensación de que oiré hablar de él en un futuro.

El *ferry* se aleja de Ceuta balanceándose de lado a lado por el fuerte oleaje que hay en el Estrecho durante estos días. Yo me quedo en mi incómoda butaca mirando a través de la ventanilla cómo las olas

la salpican una y otra vez, y aprovecho el hipnótico vaivén para relajarme e intentar dormir. Mientras me alejo de Ceuta pienso en todo lo que he visto y en las ganas que tengo de empezar a contar esta historia. La historia que yo he vivido, que yo he conocido de primera mano. Una verdad sin filtros, sin intermediación, que ha buscado acercar la realidad del barrio del Príncipe sin prejuicios ni ideas preconcebidas. Y que me gustaría que se convirtiera en una suerte de reivindicación de un trocito de nuestro país que se siente abandonado, un abandono que puede propiciar la actividad de auténticos caballos de Troya en nuestro territorio. Esas quince mil almas necesitan un futuro mejor. ¿Se lo vamos a dar nosotros o esperaremos a que los vendedores de humo y odio de la yihad y los narcotraficantes lo hagan por nosotros?

El Príncipe
Almanzor Amrani

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Bernardo Pérez / Ediciones El País, S.L., 2014

© Almanzor Amrani, 2016

© de esta edición: Grup Editorial, 62, S.L.U., 2016
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2016

ISBN: 978-84-9942-542-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona - Víctor Igual, S.L.
www.victorigual.com